



R. ORTEGA Y FRIAS



LAS JUSTICIAS DE FELIPE II



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 315

TOMO CUARTO
35 CÉNTIMOS =

1-11 30M/10

Ramón Ortega y Frías



651/12

Las justicias de Felipe II

TOMO CUARTO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Meñstófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La Peña del muerto, por Q. Couch.
- 67 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 74.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte, Ruy Blas, Hernani, Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerrail.

- 77.—La herencia de los doce millones.—78.—El tonel del muerto.—79.—El club de los Veinticuatro.—80.—La rival de Baccarat.—81.—La estocada de los cien luises.—82.—El juramento de la gitana.—83.—Las dos condesas.—84.—El triunfo del mal.—85.—Rocambole tiene miedo.—86.—El espectro de la guillotina.—87.—Los caballeros del Claro de Luna.—88.—La sombra de Diana.—89.—El pacto de

las tres mujeres.—90.—El hombre de las gafas azules.—94.—El número ciento diez y siete.—95.—La cárcel de mujeres.—96.—Los lobos de la nieve.—97.—El telegrama falso.—98.—Las garras de color de rosa.—99.—La taberna de la muerte.—100.—El fantasma de las cadenas.—101.—Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103.—La viuda de los tres maridos.—104.—Las fieras de la selva.—105.—El barril de pólvora.—106.—Los tres verdugos.—107.—El molino sin agua.—108.—El plan del hombre gris.—109.—El cementerio de los ajusticiados.—110.—Una cita de amor.—111.—Los dos detectives.—112.—El reo de muerte.—113.—La cuerda del ahorcado.—114.—La niña muda.—115.—El secreto de la cartera.—116.—La casa de las rosas.—117.—Los papeles del asesino.—118.—El rapto de una muerta.—119.—El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 a 53.—Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59.—El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63.—El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65.—Ascanio; 2 tomos.—66 a 68.—Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70.—El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71.—El Horóscopo.—72 y 73.—La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76.—La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93.—Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125.—Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129.—El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150.—Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158.—La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166.—El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180.—Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196.—Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199.—Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2.—Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos. 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos. 308 a 311.—El peluquero del Rey. 312 a 317.—Las justicias de Felipe II.

Mayne Reid

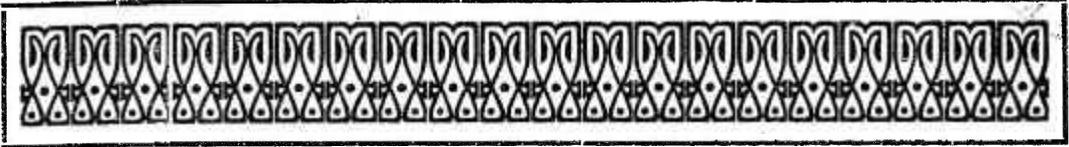
159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negro. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrécia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo. 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras. 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes. 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa. 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado. 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 254.—Romancero del Cid. 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra. 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



Las justicias de Felipe II

CAPITULO VIII

OTRA VEZ TRABAJA EL TRAIADOR

(*Conclusión.*)

Al amanecer del día siguiente volvió á montar á caballo y se encaminó á Madrid, donde llegó á las diez de la mañana.

Apenas cambió de ropa y tomó algún alimento, fué á la morada real.

El monarca lo recibió inmediatamente, y le preguntó:

—¿Habéis hecho con felicidad vuestro viaje?

—Señor, ninguna desgracia me ha sucedido; pero no he sido tan afortunado como deseaba.

—Es decir, que nada más habéis averiguado.

—Algo más; pero estoy confuso como nunca.

—Explicaos.

—Las dos mujeres han desaparecido.

—¿Que han desaparecido! —exclamó el monarca con el mismo tono de sorpresa que si no supiese que la viuda y su hija se encontraban en Madrid.

—De nadie se han despedido, á nadie han dicho una palabra sobre su extraña determinación.

—¿Y qué opinan sus vecinos?

—Que algún pariente bien acomodado ó algún amigo les ha ofrecido protección, amparándolas al saber que se encontraban en la miseria de resultas del incendio.

—Todo eso puede ser verdad; pero no se concibe tanta reserva.

—En fuerza de preguntar he conseguido saber que pocos días antes las visitó un caballero que al Escorial llegó en un coche.

—¿Y ese caballero?...

—Jóven, como de treinta años, y vestido de negro. No han sabido darme más señas.

—¿Y no sospecháis quién pueda ser?

—He pensado en ese hidalgo de conducta misteriosa.

—No lo olvidáis, según veo.

—Ha conseguido llamar la atención...

—Y yo soy la causa, porque interesándome por su vida, dispuse que lo visitase Olivares. Y como no había esperanza de salvación y se ha salvado, y como nadie lo había conocido, y tampoco ha sido posible descubrir al autor del crimen, nada de particular tiene que la atención se haya fijado en él. Además debeis tener en cuenta sus circunstancias, porque es muy rico y vive sin ninguna ostentación; dicen que es muy valeroso, y Dios lo ha dotado de gran inteligencia. Vino á darme las gracias hace pocos días, y pude apreciar lo mucho que vale. Os recomiendo que seais su amigo.

—Si se me presenta la ocasión...

—Y convendría para nuestro asunto.

—Un hombre de esas condiciones...

—Tiene siempre la cualidad de ser muy reservado, ya lo sé; pero contra la reserva está la astucia y el ingenio.

—Por de pronto sabemos una cosa de mucho interés.

—Sí, que el papel firmado por don Pedro y por el conde de Noringens se encuentra en poder de la viuda; pero ¿y ésta?

—Señor...

—Averiguad, don Juan, dad otra prueba de lo mucho que valeis para esta clase de asuntos, y cuando me digáis dónde se encontrará la viuda de Vargas, yo haré lo demás; y si el documento tienen, vendrá á mis manos.

—Creo que esas infelices están en Madrid.

—Yo también.

—Y en una población como ésta...

—Es difícil encontrar á una persona, pero no imposible.

—No habrá nada que yo no haga para servir á vuestra majestad.

Muy poco más hablaron.

Don Juan de Guevara salió.

Pocos minutos después entraba en la cámara real el célebre médico.

El rey le dijo:

—Mi querido Olivares, me parece que tenemos ya cuanto deseábamos.

—He visto salir á Guevara.

—Bien sorprendido, porque esas infelices mujeres desaparecieron del Escorial.

—No debe haber conseguido hacer otras averiguaciones.

—Que pocos días antes de su partida, las visitó un caballero que llegó en un coche.

—El señor Antonio —murmuró Olivares.

—Sí, Quirós debió ser.

—Señor, de acuerdo estamos en que no era verdad lo que ellas me dijeron de la protección de unos parientes.

—Las ampara el hidalgo, esto es indudable.

—Y debe visitarlas, y sin embargo, aunque lo he seguido día y noche sin perderlo un instante de vista, no he visto que haga otra cosa que pasearse ó ir de noche á ver á doña Luz de Guzmán.

—Guevara ofrece averiguar dónde se encuentran esas infelices.

—Y no dudo que lo consiga, porque es un zorro muy astuto y le interesa demasiado inutilizar completamente á don Pedro.

—A pesar de toda su astucia...

—¡Oh! —murmuró el médico.—No ha conocido á Felipe II.

—No, mi querido Olivares, no me ha conocido.

—Peor para él —repuso el médico, encogiéndose de hombros.

—Y mejor para la justicia.

—Pues salvo lo que vuestra majestad tenga á bien disponer, me parece que debo olvidarme por ahora del señor Antonio de Quirós.

—Sí, ocupaos por ahora solamente de vuestros enfermos, porque Guevara averiguará lo que nos conviene.

—Y tendrá el premio merecido.

—¿Quién lo duda?... Si bien me sirve, lo recompensaré, lo cual no es inconveniente para que sufra el castigo que también merece por sus crímenes; pero es preciso esperar la ocasión.

—Sí, esa pobre niña aparada por el soldado Antó Cañamero...

—Hay que favorecerla.

—Veremos le que consigue el hidalgo.

—Mucho vale, señor.

—Lo reconozco, y por eso he preferido comprometerlo para que no trabaje en favor de los herejes, en vez de castigarlo. Un hombre como Quirós puede ser siempre útil.

—Admiro la previsión y tino de vuestra majestad.

—No hago más que lo que exige la razón de Estado.

En esto no mentía Felipe II, pues á la razón de Estado lo sacrificó todo, hasta la vida de su hijo.

Ya vamos viendo el por qué esperaba el monarca para castigar a don Pedro y al señor de Guevara.

En el grave asunto de la conspiración, en aquel negocio de Estado, en que representaba uno de los principales papeles el príncipe heredero del trono, influta la infeliz Consuelo.

¿Cómo había de sospechar la pobre niña que su suerte estaba relacionada con asuntos de tal naturaleza?

Y quizás la suerte de doña Luz dependía también de aquel negocio.

El monarca y Olivares hablaron algunos minutos más.

Se habían entendido perfectamente, como siempre sucedía.

La cabeza de don Pedro de Carvajal estaba otra vez en peligro.

¿Conseguiría don Juan de Guevara averiguar dónde se encontraban las infelices mujeres?

Muy astuto era el criminal, y de su astucia hemos de tener pronto las pruebas.

Cuando del alcázar real salió, retiróse á su morada para meditar.

Dos horas después relumbraron sus pequeños ojos, y exclamó:

—¡Ah!...

Había encontrado el medio que buscaba, un medio de seguro resultado.

—Manos á la obra —dijo.

Y salió de su casa.

CAPITULO IX

GOLPE EN FALSO

El plan del señor de Guevara era tan sencillo como ingenioso.

Cuando se quiere averiguar dónde se encuentra oculto un tesoro no debe perderse el tiempo en hacer excavaciones, fiando en una casualidad protectora, pues lo que conviene es espiar al avaro que el tesoro guardó, seguirlo y él nos llevará al sitio que nos conviene.

Este razonamiento había hecho don Juan de Guevara.

María era el tesoro oculto, y su dueño, el que cuidadosamente lo guardaba, era don Felipe de Maldonado.

Sabemos ya, porque nos parece que así lo hemos dicho, que el joven que amaba á María, cuando estuvo en disposición de ocuparse de sus negocios, debía volver con su padre á Valdemorillo para emprender muy pronto su viaje á la corte, donde tenían su casa y habitaban la mayor parte del año.

Faltábale á don Juan que el enamorado manco estuviese ya en Madrid, y para averiguarlo salió de su casa.

Encaminóse á las gradas de San Felipe el Real, sitio célebre que se llamó el mentidero porque allí se reunían todos los desocupados y hablaban de cuanto sucedía en la corte, haciendo comentarios y pretendiendo así matar el tiempo, como suele decirse, sin pensar que el tiempo es el que nos mata.

Don Juan tenía muchos amigos en todas las clases de la sociedad, y por consiguiente á muchas personas encontró á quienes pudo preguntar si conocían al señor Maldonado, bien fuese al padre ó al hijo.

No tardó en encontrar quien le diese razón de éstos y le dijese dónde vivían.

—Me protege la fortuna—pensó don Juan.

Y sin detenerse encaminóse á la calle de Segovia, deteniéndose frente á una pequeña casa de dos pisos.

Allí habitaban el amante de María y su padre.

Tenían una criada vieja que hacía muchos años los servía, porque otras comodidades no podían permitirse.

En aquella casa no había portero á quien interrogar, y al traidor no le convenía llamar y

preguntar por sus dueños, porque si alguno de éstos se le presentaba no le sería posible justificar su visita.

Miró á todos lados.

En la puerta de una casa de enfrente, casi miserable, hecha á la malicia, había una mujer vieja y haraposa que se ocupaba en limpiar unas lentes.

Se le acercó el caballero y le dijo:

—Que Dios os guarde y nos proteja á todos, buena mujer.

Suspendió ésta su trabajo, que no dejaba de ser interesante, levantó la cabeza, miró al caballero y, muy sorprendida, exclamó:

—¡Jesús!... Que la Virgen nos acompañe... Perdone vuestra merced, porque no le había visto.

—Nada tengo que perdonar, sino que os agradeceré mucho que me contestéis á lo que he de preguntaros.

—Lo haré como es mi obligación, pues á Dios gracias, aunque vuestra merced me ve tan pobre, mis padres no eran ningunos descamisados y me educaron bien, y me enseñaron á tratar como corresponde á las personas de calidad.

—Ya se os conoce.

—Como que eso no pueae estar oculto.

—Para un negocio que me interesa deseo saber dónde habitan por aquí dos buenos hidalgos, un padre y su hijo...

—¿El señor Maldonado?

—El mismo.

—Lo acerté.

—Pruebas dais de perspicacia, buena mujer.

—Pues ahí habitan, en esa casa frontera, que no han tenido necesidad de alquilar porque es suya. Yo quisiera que fuese mía también la casa que habito, y no me vería, como me veo, muy apurada para pagar los cinco ducados que cada año me pide el dueño. Pero no importa, porque los que en este mundo somos pobres, hemos de ser ricos en el reino de los cielos.

—Ciertamente.

—No quiere esto decir que rico sea el señor Maldonado; pero tiene con qué vivir, y Dios le ha conservado su hijo. Yo también tenía una hija; pero...

—Dios se la llevó, ¿no es verdad?

—¡Ay!—suspiró la vieja.—Si Dios se la hubiese llevado, menos mal, y yo sería más feliz.

—Si vive...

—Se la llevó el diablo... ¡Jesús!... Ahora anda

por esos mundos muy bien vestida, y tiene algunas joyas y...

—Entiendo.

—En fin, como esto no interesa á vuestra merced...

—Es una gran desgracia.

—Pues, como os decía...

—Sí, el señor Maldonado...

—Es un buen hombre, y lo mismo su hijo.

—Pero es el caso que, según me han informado, no siempre están en Madrid.

—En cuanto llega el verano se van á Valdemorillo, donde tienen algunas tierras; pero vuelven en cuanto acaban de recoger lo que han sembrado.

—Pues eso precisamente es lo que necesito saber.

—Y mucho más puedo decir á vuestra merced, porque este año ha sido de desgracia para esos buenos hidalgos. Al hijo, según dicen...

—Lo hirieron muy gravemente.

—Y cuentan unas cosas...

—Sí; todo eso lo sé.

—Pues entonces...

—Pero ignoro si han vuelto á Madrid.

—Ayer, caballero; ayer mismo, á la caída de la tarde. El hijo estaba pálido y ojoso, y bien se le conocía que se había encontrado á las puertas de la muerte; pero se repondrá pronto, porque como es joven y robusto...

—Os agradezco la noticia—interrumpió el criminal.

Ya sabía lo que le interesaba, pues lo demás que la vieja dijese no tenía para él ningún valor.

No escuchó más porque perdía un tiempo precioso, y, además, se exponía á que el señor Felipe, al salir ó entrar, lo viese allí, fijando la atención en él.

Tomó don Juan calle arriba.

Cuando llegó á Puerta Cerrada se detuvo.

—Me parece—dijo—qué hacia este lado vendrá el mancebo cuando salga de su casa, pues hacia el otro no es probable que habiten las dos mujeres. De todas maneras, observaré, situándome más cerca de la casa, si es que aquí nada consigo.

Fué de un lado para otro.

Su mirada escudriñadora fijábase en todos los transeuntes.

Una hora pasó.

El criminal estaba dotado de paciencia inago-

table, la paciencia del tigre cuando acecha.

Sin embargo, comprendió que no podía permanecer en aquel sitio sin llamar la atención.

—¿Dónde me ocultaré?—dijo.

Y á los pocos momentos exclamó:

—¡Ah!...

Acababa de brotar en su mente una idea feliz; lo protegía una nueva coincidencia.

Debe recordar el lector que cuando el señor de Guevara vino á Madrid con el único objeto de asesinar al noble hidalgo, se instaló en una posada de la calle de Segovia.

La posada estaba casi enfrente de la morada de Maldonado, y desde allí podía observarse muy bien.

No tenía razón para pedir más á la fortuna.

A la calle de Segovia volvió, entró en la posada y se detuvo frente al huésped, que, sorprendido, exclamó:

—¡Ah!... Señor caballero...

—Aquí me tenéis.

—¡Otra vez honrais mi casa!

—¿Y por qué no, si quedé muy contento?

—Me felicito.

—¿Está desocupada la habitación que tuve?

—Lo mismo que la dejásteis.

—Pues dadme la llave y consideradla mía.

—¿Y vuestro caballo?

—No lo he traído.

—Supongo que desearéis comer...

—Tened preparada la comida, aunque es probable que me sea preciso salir antes de satisfacer la necesidad de mi estómago.

—Como bien os parezca.

—Mientras yo no os llame...

—Descuidad, que nadie entrará en vuestro aposento.

—Así me complaceréis.

El posadero dió una llave á don Juan, y éste subió, abriendo y entrando en una habitación donde había una cama y algunos otros muebles.

A medio cerrar colocó las hojas de la ventana, y cerca de allí se sentó.

Vea perfectamente la casa de Maldonado, y no era posible que el señor Felipe saliese ó entrase pasando desapercibido.

—Esto es otra cosa—dijo don Juan—; por lo menos aquí no llamaré la atención de nadie, y aguardaré más cómodamente.

Quedó inmóvil y silencioso.

Transcurrieron otras dos horas, que debieron parecerle dos siglos.

Por fin se abrió la puerta de la modesta casa de los hidalgos.

El señor Felipe salió.

Bien se le conocía en el rostro lo que había sufrido.

Se envolvió en su capa y tomó calle arriba.

—Esta es la ocasión—dijo don Juan.

Y sin cuidarse de la comida que le esperaba, púsose también su sombrero, bajó y salió de la posada.

—¿Tardaréis mucho?—le preguntó el huésped.

No respondió el criminal.

Calle arriba iba el hidalgo, y calle arriba tomó el señor de Guevara.

No podía el primero sospechar que lo espíasen.

Descuidadamente siguió avanzando.

Pensaba en María.

No la había visto desde que se separaron en el Escorial.

Para el señor Felipe no era un secreto la protección del señor Antonio, y sabía perfectamente dónde se encontraba la mujer á quien amaba con delirio, y cuya belleza era una desgracia.

A verla iba, y violentamente palpitaba el corazón del mancebo.

Llegó a Puerta Cerrada.

Tomó por la calle de Latoneros, salió á la de Toledo; subió, y bien pronto encontráse en la plaza del Arrabal, que así se llamaba entonces la Plaza Mayor.

Allí se detuvo, sin que él mismo supiese por qué. Miró á su alrededor distraidamente.

También el criminal se paró, observando con atención profunda al amante de María.

Pocos minutos después éste volvió á la derecha y se puso otra vez en movimiento.

Por la calle de Atocha entró.

Dejó atrás el espacio que hoy se llama Plazuela de Santa Cruz, y se detuvo á poca distancia del convento de Santo Tomás.

Frente á éste levantábanse algunas casas que ya no existen, y á una de ellas, bastante grande, miró el señor Felipe.

—¿Es posible que ahí habiten las dos mujeres?—se preguntó don Juan.

Y se ocultó tras la esquina del convento, observando desde allí con atención profunda.

Pronto vió que Maldonado entraba en aquella casa, cuya apariencia tenía algo de misteriosa.

Detúvose el joven en el portal, hablando con el portero.

Luego subió por la espaciosa escalera.

—Pues no hay duda—dijo para sí el criminal—, porque es imposible que su primera visita no sea para la mujer á quien ama.

Esperó.

Pasó una hora.

Convencióse más y más de que allí habitaba María.

Otra hora transcurrió.

Como don Juan no había comido, empezó á sentir el malestar que produce el hambre.

Sin embargo, se dominó y siguió esperando.

Otra hora pasó.

Acercábase el sol á su ocaso.

Ya empezaba á ocultarse cuando el señor Felipe salió de la casa.

Hacia la plaza del Arrabal tomó.

—Quiero convencerme—murmuró don Juan.

Y siguió al joven.

Nada interesante había de ver.

Maldonado llegó á la calle de Segovia y entró en su vivienda.

—¡Vive el cielo!—exclamó Guevara—; apenas puedo sostenerme; pero en cambio he conseguido cuanto deseaba.

Seguro ya de saber dónde habitaban las dos mujeres, el criminal entró en la posada y pidió la comida.

Cuando hubo satisfecho su apetito, volvió á salir.

Tenía necesidad de que ninguna duda le quedase, porque no podía ir á ver al rey para darle noticias que no fuesen positivas.

A la calle de Atocha fué, llegando á la casa donde antes había estado el señor Felipe.

El portero se disponía á cerrar; pero don Juan le dijo:

—Perdonadme.

—¿Qué queréis, caballero?

—Busco á una persona que por aquí vive.

—Si yo puedo daros razón...

—Os lo agradeceré mucho.

—Pues decidme de quién se trata.

—De un caballero que se llama don Andrés de Mendoza y Ladrón de Guevara.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Pues me habían asegurado que habitaba aquí, frente al convento.

—Quizás en otra casa...

—Las demás son muy humildes para personas de tanta calidad.

—Pues entonces...

—Si sabéis positivamente que en esta casa no es...

—Bien comprendéis que debo saber á quién sirvo.

—¿Y no es el nombre de vuestro amo como el que acabo de decir?

—Ni se le parece.

—Cuando lo aseguráis...

—Os han engañado.

Por más que hacía el caballero, no consiguió que el portero dijese quién habitaba allí.

Preguntarlo directamente, era infundir sospechas; pero decidió hacerlo así el criminal, y dijo:

—Pues hacedme otro favor.

—¿En qué puedo servirlos?

—Para que no me quede duda, decidme el nombre de vuestro señor.

—¿Y qué os importa?—replicó bruscamente el portero.

—Me importa, porque...

—Que Dios os guarde.

Y sin miramiento alguno, el cancerbero, que debía ser incorruptible, cerró la puerta y echó la llave.

—¡Por el infierno!—exclamó don Juan.—Ha de pagarme este villano su grosería.

Cerradas estaban ya todas las puertas de aquellas casas.

No tenía el traidor á quién preguntar.

Preciso le fué resignarse.

De muy mal humor volvió á su posada.

A la mañana siguiente, muy temprano, se levantó, almorzó y se colocó junto á la ventana.

Las diez serían cuando vió salir al señor Felipe.

Lo siguió.

Diez minutos después el enamorado joven entraba en la casa frontera á Santo Tomás.

Miró á todos lados el señor de Guevara y vió á una pobre mujer que á la puerta estaba de otra casita de aspecto miserable.

—Probaré fortuna—dijo el criminal.

Y se acercó á la mujer, saludándola respetuosamente y preguntándole:

—¿Me diréis quién habita en esa casa?... Porque busco á una persona...

—Lo ignoro.

—Pues debe ser persona conocida.

—Pocos días hace que esa casa se ocupó, y aún no hemos visto á la persona que la habita.

—Cosa extraña.

—Y el portero se pone como una furia cuando le preguntan quién es su señor, y lo mismo sucede con los demás criados. No os molestéis en hacer averiguaciones por aquí, porque nadie sabe más que yo.

A pesar de esto, don Juan preguntó á otros vecinos, y todos le contestaron con negativas.

¿No era esto una prueba más de que allí habitaban las dos mujeres?

Creyó el hidalgo que sí.

Sin embargo, quiso convencerse más.

A la posada volvió, cuando una hora después volvió también á su casa el señor Felipe.

Por la tarde hizo una segunda visita á los misteriosos habitantes de la casa frontera á Santo Tomás, saliendo cuando anocheció para volver á la suya.

¿A quién había de visitar con tanta frecuencia el señor Felipe, como no fuese á la mujer á quien amaba?

—Ya no dudo—dijo don Juan.

Y á palacio se encaminó, siendo recibido por el monarca apenas llegó.

—¿Qué habéis conseguido?—le preguntó Felipe II.

—Me parece que todo lo que deseábamos.

—Si no os equivocáis, habéis hecho mucho en poco tiempo.

—No cometí la torpeza de andar por esas calles en busca de dos mujeres á quien nadie conoce.

—¿A qué medios acudisteis?

Pensé que el señor Felipe de Maldonado me llevaría donde yo quería ir.

—Sois ingenioso.

—Si está enamorado, ¿á quién ha de visitar sino al objeto de su amor?

—Discurrís con mucho acierto, don Juan.

—Hace tres días llegaron á Madrid el señor Felipe y su padre, y anteayer seguí al hijo y vi que entraba en una casa bastante grande que hay frente á Santo Tomás.

—Es decir, que esas pobres mujeres...

—Han cometido la torpeza de vivir con cierta ostentación cuando quieren ocultarse.

—Proseguid.

—Ayer por mañana y tarde fué á la misma casa el hidalgo. Pregunté al portero, que á spera me respondió para decirme que no me importaba el nombre de la persona que allí habita.

—¿Qué prueba eso en vuestra opinión?

—Que las personas que allí viven tienen interés en ocultarse, y á sus criados les dan las instrucciones convenientes.

—Tal creo.

—He preguntado á los vecinos, y dicen que hace pocos días que la casa se ocupó.

—Deben haber visto salir ó entrar á la persona que tanto empeño muestra en ocultar su nombre.

—A nadie han visto, señor; y eso prueba más y más que son mujeres las que allí habitan.

El monarca desquegló una leve sonrisa que á don Juan le pareció que significaba aprobación de su astuto proceder.

—Cuando todos están conformes —añadió el criminal—, me parece que no hay duda.

—Eso parece.

—A la casa en cuestión va dos veces al día el señor Felipe, y sus visitas son largas, de dos horas lo menos, y cuando sale, vuelve á su casa y no hace otra cosa; nadie ha visto á los habitantes de la casa; sus criados responden con vaguedad ó negativas, y por consiguiente...

Ya lo habéis dicho; de todo eso se deduce que allí viven la viuda y la hija de Alonso de Vargas.

—Es mi opinión.

—¿Y no teméis equivocaros?

—Tal vez; pero...

—Tened en cuenta que las apariencias son engañosas.

—No lo olvido, señor.

—Es posible que en vez de aprovechar el tiempo, lo hayáis perdido lastimosamente.

El señor de Guevara no acertó á responder.

Felipe II volvió á sonreír, y dijo:

—Vuestro plan estaba bien combinado.

—Cree que nadie mejor que el señor Felipe me llevaría al lugar donde se encuentra el objeto de su amor.

—Ciertamente.

La huérfana está en Madrid.

—Y su amante debe saber dónde.

—Eso es indudable.

—¿Y si lo ignora lo mismo que vos?

—Imposible.

—El tiempo lo dirá.

—Señor, traigo las noticias que he podido adquirir, y como no me está permitido penetrar en esa casa, ni tengo autoridad bastante para exigir que el portero diga el nombre de su señor...

—No necesitáis auxilio, el auxilio de persona caracterizada con cierta autoridad.

—Eso es.

—Yo puedo mandar que un alcalde se presente en la casa de la calle de Atocha y haga las averiguaciones convenientes.

—Eso es fácil.

—Pues bien, os concedo el auxilio que me pedís.

—Gracias, señor.

—Pero no necesito dar ningunas órdenes, porque sé quién habita en la casa donde entra el señor Felipe Maldonado.

—¡Ahl...!

—Allí, para cuanto se os ofrezca, vive el señor Antonio de Quirós.

Sintióse anonadado el criminal.

Quedaba en una situación difícil.

Se había envanecido con su astucia y su habilidad, y acababan de probarle que había sido torpe hasta el último grado de la torpeza.

Algunos minutos pasaron sin que acertase á pronunciar una palabra.

Sentíase atormentado, y con su tormento gozaba Felipe II.

—Señor—dijo al fin el traidor—, bien puede ser que allí habite Quirós; pero no es imposible que en su compañía se encuentren las dos mujeres.

—Es posible; pero no es.

—Si vuestra majestad lo sabe positivamente...

—Está probado.

—Entonces...

—Hebéis perdido el tiempo, don Juan.

—Ya lo veo.

—Tenéis que volver á principiar, trazando plan distinto.

—¿Es posible que el hidalgo viva tranquilamente sin ver á la mujer á quien ama?

—Misterios son esos que difícilmente pondríamos en claro.

—De lo que nunca me convenceré es de que Quirós no es el protector de las dos mujeres.

—Soy de vuestra opinión.

—Pues si el señor Felipe no me lleva donde ellas están...

—Puede llevaros el señor Antonio.

—Sí.

—Seguidlo; pero mucho cuidado, don Juan, mucho cuidado, porque Quirós es más temible en todos sentidos que Maldonado.

—No lo ignoro.

—Ya sabéis lo que ignorábais, es decir, que ese hombre no habita en la hostería donde todos lo han conocido, porque ha puesto casa en Madrid.

—Comprendo.

—Trabajad, pues, y que Dios os proteja.

Don Juan de Guevara saludó y salió.

Nerviosa palidez cubría su rostro.

Estaba profundamente agitado.

Desagradábale mucho tener que espiar al señor Antonio, porque éste le infundía terror.

Muy preocupado salió del alcázar el criminal.

A su casa se fué para meditar nuevamente.

Después de una hora creyó haber encontrado lo que buscaba, y dijo:

—No es de absoluta necesidad que yo espíe á ese hombre á quien odio, porque bien puede haberlo otra persona pagada por mí.

Tampoco por este medio había de conseguir nada el miserable; pero por difícil que fuese la realización de su empresa, ya no podía retroceder, porque se había comprometido demasiado.

Necesitaba un hombre que le fuese fiel y que al mismo tiempo estuviese dotado de astucia.

¿Dónde le encontraría?

Volvió á pensar en los criminales que se reunían en la taberna de la plaza del Arrabal; pero le desagradaba mucho tener que entenderse con aquella gente.

—Buscaré en otra parte—dijo—, y encontraré, porque en Madrid sobran hombres dispuestos á servir al primero que les paga. No tengo necesidad de un asesino, y por consiguiente me será mucho más fácil encontrar lo que me conviene.

Pocos minutos después don Juan salía y se en camino á la calle de Sagovia.

CAPITULO X

DONDE SE VERÁ QUE MÁS CONSIGUE EL QUE
MENOS HACE

Cuando en la posada estuvo don Juan, llamó al posadero, y le dijo:

—Supongo que no os parecerá cosa extraña que los hombres se enamoren de las mujeres, y las mujeres de los hombres, y haya dudas y sospechas, y celos y otras cosas por el estilo.

El huésped desplegó una sonrisa maliciosa, y respondió:

—Pues si no fuese por eso, el mundo parecería una balsa de aceite.

—Viendo estais la vida que hago.

—Un poco desordenada, sí.

—Pues lá causa no es otra sino que una mujer me tiene trastornada la cabeza, y es lo peor del caso que la amo más á medida que tengo de nosotros seguridad de su amor. Así no puedo estar mucho tiempo, porque no hay cuerpo que resista semejante agitación á todas horas, ¡y necesito convencerme de si esa mujer tiene las condiciones que yo deseo de fidelidad, pues una vez convencido con pruebas que no den lugar á duda, adoptaré una resolución, y si no consigo otra cosa, siquiera mi espíritu tendrá calma.

—Entiendo muy bien, señor caballero.

—Yo no quiero violentar á nadie, no quiero un amor forzado, y si es verdad que esa mujer ama á otro, que sean felices, y yo me las arreglaré como me convenga. Siempre he creído que es una estupidez la de matarse dos hombres por una mujer. Si al que triunfa no le ama ella, ¿qué consigue con haber quitado del mundo á su rival? Yo miro las cosas bajo distinto punto de vista, porque la experiencia me ha enseñado mucho.

—Habláis muy cuerdamente.

—Para salir de dudas, necesito una cosa que no tengo, y para encontrar eso que necesito, me veo muy apurado, porque en la corte no tengo amigos ni apenas conozco á nadie.

—¿Y puedo serviros?

—Me parece que sí.

—Pues bien sabéis que estoy á vuestra disposición, primeramente porque serviros es mi deber, y además porque sois un caballero muy respetable, á quien todo el mundo está obligado á guardar consideraciones.

Os agradezco vuestra buena voluntad, y vuestros servicios no quedarán sin la recompensa que merecéis.

—Decidme qué tengo que hacer.

Hay muchos hombres ingeniosos y astutos que no tienen recursos para vivir y que siempre están dispuestos á servir á quien les paga, metiéndose en todas clases de intrigas con tal que no quiera obligarseles á cometer un crimen que ofrezca ciertos peligros, ó que los comprometa gravemente.

—Sobran hombres de esa clase.

—Pues uno de esos necesito para que en esta ocasión me ayude, pues hay cosas que yo no puedo hacer, porque soy conocido de ciertas personas.

—Si me dijérais con alguna claridad lo que ha de hacerse...

—Os lo diré.

—Porque unos hombres sirven para una cosa y otros para otra, y según sea el asunto, así conviene recomendarlo á tal ó cual persona.

—Se trata únicamente de seguir á todas horas y como la sombra sigue al cuerpo, á un hombre, averiguando así cuándo sale de su casa, cuándo entra, á dónde va y con quién habla.

—¿Nada más que eso?

—Es cuanto necesito, porque si ese hombre visita á la mujer á quien amo, sabré á qué atenerme.

—¿Y no tendrá el espía que hacer nunca uso de la espada?

—En ningún caso.

—Porque hay hombres que son muy listos, pero muy cobardes, y por consiguiente...

—Repito que no se trata de cometer un crimen, porque no quiero echar cimientos de sangre al edificio de mi dicha.

—Sois honrado.

—Averiguar, no más que averiguar, porque si ese hombre es correspondido, ¿para qué he de molestarme en solicitar la que no han de concederme?

—Y como hay muchas mujeres bonitas...

—Otra encontraré.

—Estoy enterado, señor caballero.

—¿Y podréis sacarme del apuro?

—Esperad.

El posadero cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y permaneció silencioso algunos minutos.

—Me parece—dijo al fin—que quedaréis complacido.

—Sin perjuicio de recompensar al que me sirva, vos tendréis también...

—Ya sé que sois generoso.

—Si alguno conocéis de las condiciones necesarias...

—Casi de misericordia tengo en mi posada á un mozo muy listo que á todas horas está dispuesto á servir á quien le pague. Si se trata de arriesgar la vida, no hay que contar con él, porque es de los que opinan que el medio más seguro para defenderse es huir.

—Comprendo.

—Es astuto, ingenioso, tanto, que con su ingenio vive. Verdad es que no le luce mucho, y que la mitad del año tiene la bolsa vacía; pero

hay que considerar que no siempre el hombre encuentra lo que busca.

—¿Y es discreto?

—De eso respondo.

—Pues no hay más que hablar.

—Me debe algunos ducados, y hoy pensaba darle de comer como quien hace una obra de caridad; pero si habeis de ocuparlo, cambiará su situación, podremos arreglar nuestras cuentas, y el pobre vivirá una temporada, y mientras encuentra otro recurso.

—¿Qué clase de persona es?

—Lo veréis, y si os parece bien...

Llamadlo.

—Ah momento.

—Y después me traeréis la comida y os pagaré este servicio si es que me arreglo con vuestro hombre.

—Creo que sí, porque es astuto como una zorra, ligero como una ardilla, y callado como una piedra.

—Lo aguardo.

El posadero salió.

A los pocos minutos sonaron algunos golpes dados en la puerta del aposento.

—Adelante—dijo don Juan.

La puerta se abrió y haciendo profundas reverencias entró un hombre de pequeña estatura, flaco, amarillento, con labios delgados, ojos pequeños, hundidos y relucientes, y vestido miserablemente, aunque con pretensiones de cierta distinción.

—Caballero—dijo con voz muy dulce y mientras sonaba—; yo soy Antolín Castillejo, hidalgo de buena cuna, natural de la ilustre ciudad de Toro; pero sin un maravedí, porque mis honrados padres no me dejaron más herencia que el recuerdo de su ternura, y la fortuna caprichosa no ha querido favorecerme. El posadero me ha dicho que tenéis necesidad de un hombre fiel para qué os sirva en cierto negocio, y aquí me tenéis á vuestra disposición en cuerpo y en alma, porque yo no hago las cosas á medias.

—Está bien, señor Antolín—respondió don Juan—; quedo enterado de cuanto me habeis dicho, y puesto que á servirme estais decidido, porque no se trata de cometer ningún crimen, ni mucho menos de arriesgar la vida, sentaos y escuchadme.

El señor Antolín hizo una nueva reverencia, y se sentó diciendo:

—Os escucho con el respeto debido á persona tan distinguida.

—Por razones que me parece que no os importan...

—Lo que deseo es que me deis órdenes, pues como no soy curioso, no quiero conocer antecedentes, si no es cuanto sea preciso para desempeñar con acierto mi comisión.

—Lo que ante todo me interesa es espiar á un hombre y saber cada día los pasos que ha dado, lo que ha hecho, y si ocasión se presenta, escuchar sus conversaciones cuando en la calle ó en otro sitio público hable con algún amigo.

—Entiendo.

—Ese hombre es muy astuto, muy previsor, muy listo, etc.

—Contra su astucia, la mía.

—Además, es valeroso, aunque de noble corazón, incapaz de hacer daño á nadie sino para defenderse.

—¿Es noble ó plebeyo?

—Hidalgo, y de estirpe con que pudiera envanecer al más encopetado caballero.

—¿Pobre ó rico?

—Muy rico, aunque sus costumbres son modestas, y vive sin ostentación.

—Pues si me decís su nombre...

—Y su habitación también.

—En cuanto á eso...

—No sería fácil averiguarlo, porque hace muy poco tiempo que en Madrid se ha establecido.

—Mejor.

—Se llama Antonio de Quirós:

—Apellido ilustre.

—Vive en una casa bastante grande que hay frente á Santo Tomás.

—No necesito más señas.

—El portero es una fiera, y los demás criados son incorruptibles. Os lo advierto para que no os molestéis en acudir á ellos en busca de noticias.

—No es menester, puesto que lo que os interesa es saber lo que el señor Antonio de Quirós hace fuera de su casa.

—Nada más.

—Según me ha indicado el posadero, sospechais que ese noble hidalgo galantea á una mujer que ha interesado vuestro corazón.

—Sí.

—Deseáis ante todo salir de dudas.

—Eso es.

—Pues descuidad, que muy pronto conoceréis la verdad.

—El precio de este servio...

—Haremos el ajuste como mejor os parezca; por días ó por una cantidad alzada.

—Prefiero lo segundo.

—Me daréis veinte ducados, pues bien comprendéis que si las circunstancias me obligan á emplear mucho tiempo, la ganancia será bien poca. Además, para hacer lo que deseais, es menester llenar bien el estómago, porque un hombre que tiene hambre no sirve para pensar más que en la comida.

—Como me gusta pagar bien á los que bien me sirven, os daré treinta ducados.

—¡Ah!...

—Pero en cambio...

—Disponed de mi vida.

—Empezaréis inmediatamente.

—Voy á comer, y en seguida me encaminaré á Santo Tomás.

—Tomad á cuenta—dijo el señor de Guevara, dando algunas monedas al espía.

—Sois muy generoso, caballero.

—Diariamente me daréis cuenta de vuestras observaciones.

—¿A qué hora?

—Bien sea á la de cenar, porque entonces con descuido podéis dejar á Quirós, bien á la madrugada.

—Aquí me tendréis con toda exactitud.

—Es posible que alguna vez tengáis que trasnochar, porque en estos asuntos de amor...

—Es inútil la advertencia.

—Pues que Dios os dé acierto, señor Antolín.

—Me repito vuestro servidor más humilde.

El espía salió.

Seguro estaba ya el señor de Guevara de conseguir lo que le interesaba tanto.

Llamó al posadero, pidiéndole la comida, y regalándole un escudo.

Desde aquel momento no tenía que hacer más que esperar.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, presentósele el señor Antolín, exclamando:

—¡Ah!... Muy agradecido tengo que estar á la fortuna.

—Cuidado no os equivoquéis.

—He hecho descubrimientos de muchísima importancia, y me parece que no necesitaréis más pruebas que las que os traigo.

—Tal vez.

—¿Dudais?
 —Sí.
 —Vais á convencerlos.
 —Os escucho.
 —Ayer tarde salió el señor Antonio, de quien, dicho sea de paso, sé muchas cosas, lo cual os prueba que no me he descuidado.
 —Decid.
 —Es el mismo á quien no hace mucho tiempo hirieron gravemente en la cuesta de Santo Domingo.
 —Sí—murmuró don Juan, á quien desagradaba que tan listo fuese el señor Antolín.
 —Dió un paseo por la pradera del Manzanares, y á su casa volvió cuando anocheceía. Con nadie habló más que con don Pedro de Carvajal, á quien encontró frente á Santa María. Don Pedro iba á palacio.
 —Continuad.
 —A las once de la noche volvió á salir el señor Antonio de Quirós, y á la cuesta de Santo Domingo fué, á pesar de que aquel sitio debe horrorizarle.
 —Y se detendría frente á la casa de don Luis.
 —No os equivocáis.
 —Y contemplaría el edificio.
 —¡Oh!—exclamó el espía, arqueando las cejas.—Hizo más, mucho más, y esto es lo que tiene grandísima importancia.
 —¿Acaso entró en la vivienda de don Luis?
 —¡Que si entró!... Sin llamar ni esperar á que le abriesen, pues llevaba una llave de la puerta falsa.
 Nerviosa palidez cubrió el rostro de don Juan. Sentíase horriblemente atormentado por los celos.
 —Si más que eso no sabéis—replicó—, no sabéis nada.
 —¡Caballero!...
 —No me importa lo que tiene relación con la hija de don Luis.
 —Entonces...
 —A otra casa debe ir con mucha frecuencia el señor Antonio de Quirós, y esa casa es la que necesito conocer, así como saber quién la habita.
 —Eso es algo obscuro.
 —Sí; algo obscuro, parece que yo debo saber dónde vive la mujer que ha interesado mi corazón; pero lo ignoro, y lo único que puedo decir es que nada tiene que ver con doña Luz de Guzmán.

—Voy entendiendo.
 —No está demás que sepamos si el señor Antonio de Quirós se introduce á media noche en en la morada de don Luis; pero...
 —Basta, caballero, que más explicaciones no necesito.
 —Nada habéis adelantado.
 —A Dios gracias, me sobra paciencia. Volved á empezar.
 —Así lo haré, y con vuestra licencia voy á tomar alimento y en seguida me iré á la calle de Atocha.
 No hablaron más. El señor Antolín so fué.
 —¡Oh!—murmuró sordamente don Juan.—Se ven, pasan las noches reunidos en completa libertad... ¡Por el infierno!... Los celos me destrazan el alma.
 Fulgor siniestro se escapó de sus pupilas.
 Otra vez volvió á pensar con regocijo en la muerte de Quirós.
 En aquellos momentos de trastorno profundo olvidábase el miserable de los peligros que le amenazaban.
 También pasó aquel día y la mañana siguiente.
 Siglos le parecían los minutos al traidor.
 Por fin se le presentó el espía.
 —¿Qué habéis conseguido?—le preguntó don Juan.
 —Nada.
 —Explicaos.
 —A las diez salió el señor Antonio de Quirós, vino á esta calle y entró...
 —En la vivienda de Maldonado, ¿no es verdad?
 —Sí.
 —¿Y luego?
 —A su casa volvió una hora después, saliendo nuevamente á las tres de la tarde para hacer una visita á don Pedro de Carvajal.
 —Muy amigos son, según parece.
 —Luego fué al alcázar real.
 —¡Al alcázar real!
 Allí no me era posible penetrar, y lo único que puedo decir es que no salió hasta después de una hora. Pregunté y supe que su majestad paseaba en aquellos momentos, y por consiguiente...
 —No fué á ver al rey.
 —No.
 —¿Volvió inmediatamente á su casa?
 —Lo mismo que ayer á la pradera de Manzanares.

—¿Y después?

—A su vivienda.

—¿Y por la noche?—preguntó don Juan mientras su frente se contraía.

—No hay que preguntarlo: á la Cuesta de Santo Domingo.

—¡Oh!...

—Hoy no ha salido; pero ha tenido una visitas.

—¿Quién?

—El doctor Olivares.

—¡Vive el cielo!

—Está bien relacionado el señor Antonio.

—¿Nada más tenéis que decirme?

—Nada más.

—Seguid espiondo

Don Juan empezó á creer que no estuviesen en Madrid las dos mujeres, pues estando no se comprendía que el señor Felipe dejase de visitarlas, así como también era imposible que no fuese á verlas nunca el señor Antonio de Quirós.

Otros tres días pasaron, que fueron tres siglos de angustia para Guevara.

El señor Antolín no hacía ningún descubrimiento, no veía más que lo que hasta entonces había visto, es decir, que Quirós visitaba á Maldonado y á Carvajal, y á él lo visitaban Carvajal y Maldonado, que se paseaba unos días y que otros no salía de su vivienda, y por último que todas las noches iba á ver á doña Luz de Guzmán.

¿Se necesitaban más pruebas para convencerse de que la viuda y su hija no estaban en Madrid?

Y si á la corte habían venido, preciso era creer que nada tenía que ver con este viaje el noble hidalgo, aunque siempre quedaba oscuro lo que se refería al señor Felipe y cuyo aspecto no era el del hombre que está contrariado, sino muy satisfecho, lo cual probaba que veía á la mujer á quien amaba tanto.

No podía don Juan dejar que así pasase mucho tiempo, porque le era preciso presentarse al monarca para darle cuenta del resultado de sus averiguaciones.

Después de dudar mucho dispuso que el señor Antolín se olvidase de Quirós y se ocupase solamente en espionar al señor Felipe.

El resultado no debía ser satisfactorio para don Juan.

El amante de María visitaba diariamente á Quirós, se paseaba solo ó en compañía de su pa-

dre, y rada más hacía que fuese digno de atención.

El señor de Guevara tenía forzosamente que darse por vencido.

No le quedaban más recursos que poner en juego, y para consolarse exclamó:

—¡No están en Madrid!

Ya sabemos que se equivocaba.

Dispúsose ir á palacio; pero entretanto la fortuna, las casualidades favorecían al doctor.

Aunque éste aparentaba no ocuparse más que de sus enfermos, no se olvidaba de las dos mujeres, y discurriendo con el acierto que siempre discurrió, dijo una mañana:

—Deben vivir cerca, muy cerca del señor Antonio de Quirós, y como son buenas cristianas, irán á misa, por lo menos los días de fiesta, y debe suponerse que van al templo más cercano, pues por lo mismo que tienen interés en ocultarse, no han de atravesar muchas calles para buscar otra iglesia.

El doctor se levantaba siempre cuando sonreía la aurora.

Acaba de vestirse antes de que brillasen los primeros rayos del sol, y después de santiguarse, tomó su capa y su sombrero y salió.

Era domingo.

Ya resonaban las campanas de muchas iglesias.

A buen paso se dirigió á Santo Tomás, en cuyo templo entró.

No había más que tres personas, que esperaban la misa.

Cerca de la puerta y en un oscuro rincón, situóse el astuto Olivares.

No era posible que entrase una sola persona en el templo sin que él la viese.

Cinco minutos pasaron.

Dos mujeres vestidas de negro y cobijadas con sendos mantos que ocultaban gran parte de sus rostros, entraron en la iglesia, tomaron agua bendita, se santiguaron y se dirigieron á una de las capillas más sombrías.

Por un momento brillaron los ojos del doctor como dos luces fosfóricas.

Acababa de reconocer á la viuda y á su hija.

—Este es asunto concluido—pensó Olivares—, y esta conclusión es el principio de otro enredo cuyos resultados nadie puede adivinar.

Inmóvil quedó.

Principió la misa, que oyó Olivares con muestras de mucha devoción.

Los pocos fieles que habían acudido empezaron á salir del templo.

Las dos últimas personas que esto hacían fueron la viuda y su hija.

No se apercibieron del doctor, porque éste continuaba inmóvil en el oscuro rincón donde se había colocado.

Tomaron ellas el agua bendita.

Salieron.

Lo mismo hizo el astuto Olivares, siguiéndolas á buena distancia.

Eran pocas las personas que transitaban por allí.

Las dos mujeres atravesaron la calle, metiéronse por otra muy estrecha, que aún existe, y fueron á parar á lo que hoy se llama calle de la Bolsa, y antes era prolongación de la plazuela de la Leña.

Á la derecha dejaron la calle de la Paz, que no tenía este nombre del colegio allí establecido y fundado por doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II.

Poco después volvieron á la izquierda y entraron en una casa de dos cuerpos y de apariencia modesta.

Atravesaron el estrecho, húmedo y oscuro portal, empezaron á subir una empinada escalera y desaparecieron.

—¡Ah!—exclamó Olivares.—Ahora lo comprendo todo. Astuto y más que astuto es el tal Quirós, y mucho ha de valer quien tenga que habérselas con él en intrigas de esta clase. Esta casa es medianera con la suya y habrán abierto comunicación, y así el señor Felipe, para visitar á la viuda y á su hija, entra por la casa de Quirós y nada se consigue con espiarlo.

Las suposiciones de Olivares eran acertadas, porque efectivamente aquellas dos casas estaban en comunicación secreta.

El plan no podía haberse combinado mejor.

En una hora hizo Olivares más que don Juan en muchos días, lo cual no quiere decir que éste no fuese muy astuto.

La situación se complicaba así otra vez, y todo dependía de la resolución que adoptase Felipe II.

El médico examinó detenidamente el exterior de la casa.

Volvió á la calle de Atocha.

Miró la vivienda del señor Antonio, volvió á calcular, y convencido de que no se equivocaba, encaminóse á palacio.

Una hora después se presentaba á Felipe II. Este lo miró de pies á cabeza, y le dijo:

—Hablad, doctor.

—Salí muy temprano para averiguar dónde viven la viuda y la hija de Vargas.

—Eso quiere decir que tenéis la seguridad de conseguirlo.

—Sí, señor, porque suponía que no estarían lejos de Quirós, por consiguiente iban á misa á Santo Tomás.

—Muy bien.

—Dios me ha protegido y he podido ver á esas dos pobres mujeres, que habitan en una pequeña casa de dos cuerpos, situada tras la de Quirós.

—Entendido, Olivares, entendido.

—Señor...

—Estos dos edificios están en comunicación.

—Lo he supuesto así.

—Y no os equivocáis.

—Ahora...

—Me habéis prestado un gran servicio.

—Nada ha de conseguir don Juan de Guevara espiando al señor Felipe, ni al señor Antonio.

—Siempre lo he creído así, porque Quirós vale mucho, y no era posible que cometiese cierta clase de torpezas.

—Pues si otra cosa no dispone vuestra majestad...

—Reflexionaré y determinaré lo que más convenga á la justicia.

—Esperaré las órdenes de vuestra majestad.

—Volved mas tarde, dentro de dos horas.

De la cámara salió el médico, mientras decía para sí:

—Temo por la suerte de esas dos infelices, que tanto han sufrido por ser virtuosas.

CAPITULO XI

DON JUAN SE ATURDE, TIEMBLA Y TRAZA NUEVOS PLANES

Aún no había pasado una hora cuando don Juan de Guevara se presentó al rey.

Ignoramos si éste había adoptado ya alguna resolución, porque su semblante nada expresaba.

—Bien venido seáis, don Juan—le dijo al traidor.

Y fijó en él su mirada penetrante y escudriñadora.

Por más que el señor de Guevara había meditado y estudiado bien los razonamientos para probar que las dos mujeres no se encontraban en Madrid, dudó algunos momentos antes de hablar, diciendo al fin:

—Señor, doy por terminada mi empresa, bajo un punto de vista, y mirada bajo otro distinto, me dispongo á principiar, salvo lo que vuestra majestad disponga.

—¿Qué queréis decir?—preguntó el monarca con tono de extrañeza.

—Que me equivoqué en una de las suposiciones que hice, y que únicamente me tranquiliza el no haber sido yo solamente quien lo mismo pensó.

—¿Y en qué consiste esa equivocación?—preguntó Felipe II.

—Todos hemos creído que la viuda y la hija de Vargas debían estar en Madrid.

—¿No es así?

—No, señor.

Cambió el monarca de postura, volvió á mirar al señor de Guevara, y le dijo sencillamente:

—Hacéis una afirmación terminante.

—Porque lo comprueban los hechos.

—Puesto que aseguráis que esas mujeres no han venido á la corte, debéis tener pruebas.

—Me parece que sí.

—Veamos en qué consisten esas pruebas, don Juan, porque para convencerme han de ser tan claras como la luz del día.

—Claras me parecen.

—Explicáos.

—No es posible que en la corte estén esas mujeres sin conocimiento del señor Antonio de Quirós.

—Hemos supuesto que Quirós las protegía; pero en último caso, esto no es más que una suposición.—¿Por qué no han de haber encontrado un pariente ó un amigo generoso que las proteja?

—Todo es posible.

—Pues si es posible, ¿por qué no ha de haber sucedido?

—Dejaré á Quirós, que en último caso no representa en este asunto el principal papel.

—Veo que cambiáis de opinión.

—A medida que observo y averiguo...

—Continuad.

Empezaba el traidor á perder la tranquilidad, desagradándole mucho que el rey le hiciera observaciones con aquella calma.

—Fijaré la atención—dijo—en el señor Felipe de Maldonado.

—Está bien.

—Si la hija de Vargas se encuentra en Madrid, debe saberlo el hombre á quien ama.

—Así parece.

—No es posible que el buen hidalgo se resigna á vivir sin ver al objeto de su amor, mucho más, cuando nadie le pone estorbos.

—Y, sin embargo, espiásteis al señor Felipe y pudísteis convenceros de que á nadie, absolutamente á nadie visitaba como no fuese á Quirós.

—Y otra vez ha sido espiado.

—¿Y que habéis conseguido?

—El señor Felipe continúa yendo diariamente á ver al señor Antonio. Esta amistad no se explica bien, puesto que antes no se conocían, y cuando Maldonado estuvo herido, Quirós no le hizo ninguna visita, ni pareció que se ocupaba de semejante hombre.

—Por extraña, por inexplicable que esa amistad sea, así sucede, éste es el hecho, y como no podemos averiguar la causa, hemos de fijar la atención en el resultado.

—Lo cierto es, señor, que después de todas mis observaciones, en vista de que el señor Felipe de Maldonado no visita á nadie más que á Quirós, ni se ocupa más que en pasear solo ó con su padre, y en vista también de que el señor Antonio á nadie ve más que á Maldonado ó á don Pedro de Carvajal, he creído, y por seguro tengo, que las dos mujeres no se encuentran en Madrid.

—¿Y en eso consisten todas las pruebas?

—Señor, cuando dos enamorados pueden verse, se ven, y si á esta dicha renuncian, es porque se les presentan obstáculos invencibles.

—Discurrís bien; pero...

Se interrumpió el monarca, hizo un gesto, cuyo significado no era posible comprender, y luego dijo:

—No falta más que una cosa.

—Si vuestra majestad se digna decírmela.

—Falta que acertéis.

—Señor...

—Si esas dos pobres mujeres no han venido á Madrid, ¿dónde están?

—Lo ignoro.

—Pues entonces afirmáis con demasiada ligereza.

—El señor de Guevara palideció.

—Lo que acababa de decir el rey era mucho,

teniendo en cuenta su carácter y que era excesivamente parco en calificaciones.

Pocas veces salió de sus labios alguna palabra dura y, por consiguiente, debían considerarse terribles, ó poco menos, las que acababa de pronunciar.

—He sido torpe para explicarme—dijo don Juan después de algunos momentos.

—Eso es otra cosa.

—No he querido afirmar terminantemente, sino decir que todo hace creer que la viuda y la hija de Vargas no han venido á Madrid, y si vinieron, se fueron.

—Esa es vuestra opinión.

—Puedo equivocarme.

—Sí, os equivocáis, don Juan.

—Cuando vuestra majestad lo asegure...

—Porque tengo las pruebas, y no pruebas como las que vos me ofrecéis, sino de esas que no dan lugar á duda.

El señor de Guevara empezó á sentir un malestar inexplicable.

Felipe II añadió:

—Esas dos infelices mujeres viven en la corte.

—¡Ahl...

—Y aunque muy poco, salen de su casa.

—Si las han visto...

—Y el señor Felipe de Maldonado las visita diariamente, y tampoco las pierde de vista Quirós, y para evitaros la molestia de hacer otra vez suposiciones equivocadas, os advertiré que no viven en la misma casa que el señor Antonio, ni siquiera en la misma calle.

Don Juan se sintió aturdido.

No acertó á responder.

—Necesito saber más, bastante más—añadió el rey—; pero como vos no podéis averiguarlo, tendré paciencia, esperaré y haré justicia cuando me favorezcan las circunstancias. Este es asunto terminado por ahora, don Juan, y, por consiguiente, olvidadlo mientras otra cosa no convenga hacer. Habéis dicho que Quirós y Carvajal se visitan con frecuencia.

—Parece que son muy amigos.

—¿Sospecháis que Quirós esté también metido en el grave asunto de esa conspiración, cuyo resultado no puede ser más que la muerte de los que conspiran?

—Por lo menos algún motivo tengo para creer que el señor Antonio de Quirós conoce ese secreto.

—Algo es algo.

—Pero no lo acuso.

—¿Podréis decirme á qué otras personas ha visitado? Porque si á todas horas lo habéis seguido, debéis saberlo.

Por algunos minutos vaciló el señor de Guevara.

No quería nombrar á doña Luz, porque consideraba que este asunto era como una cadena, y si se tiraba de un eslabón, saldría otro y luego los demás.

—Señor—dijo—, no á todas horas he seguido al señor Antonio de Quirós, porque esto era imposible, y he tenido que acudir al auxilio de otra persona.

—Que debe haberos dado parte de sus observaciones.

—Con toda exactitud; pero no recuerdo que me haya dicho cosa de particular ó de importancia, como no sea que aquí en palacio estuvo un día Quirós; y que otro día visitó á Olivares.

Felipe II desplegó una muy leve sonrisa.

—Está bien—dijo—, y para vuestra tranquilidad declaro que en esta ocasión habéis dado pruebas de astucia, de ingenio, de habilidad, y que no es culpa vuestra si no habéis conseguido lo que deseábamos. En estos negocios siempre depende el resultado de una casualidad, de una coincidencia, que á vos no ha querido proporcionarnos la fortuna. De todas maneras no es poco lo que hemos averiguado, puesto que sabemos que en Madrid se encuentran las dos mujeres y que no viven en la misma calle de Quirós.

Don Juan hubiera preguntado de buena gana al rey cómo sabía todo esto y con tanta seguridad; pero no le era posible hacerlo.

El monarca volvió á cambiar de postura, y dijo después de algunos minutos:

—Otro negocio me preocupa, y me parece que vos podéis ayudarme.

—Hasta donde me sea posible cumpliré mi obligación de servir á vuestra majestad.

—Hay una criatura, una mujer, casi una niña, cuya suerte me interesa; pero nada puedo hacer en su favor, porque la perdió de vista la persona á quien encargué este asunto, y después he sabido únicamente que en Madrid se encontraba. Pruebas acabáis de dar de discurrir con mucho acierto, y que para estos casos tenéis habilidad como pocos.

—Si vuestra majestad se digna darme algunos antecedentes...

—Cuantos conozco.

—Empezaré á trabajar sin perder un minuto.

—La pobre niña en cuestión se llama Consuelo.

Don Juan de Guevara, que ya se había tranquilizado, se estremeció al oír este nombre.

No creyó que se tratase de su hija, pero la coincidencia le desagradaba mucho.

Siguió escuchando con tanta curiosidad como temor.

—Esa criatura—añadió el rey—tuvo la desgracia de perder á su madre, y quedó al amparo de su abuelo. La madre se llamaba Rosalía.

Densa palidez cubrió el rostro de don Juan.

La hija, Consuelo; Rosalía, la madre... ¿Esto era también una coincidencia?

Siempre con la misma calma, con la misma frialdad, dijo Felipe II:

—El abuelo se llamaba Mateo, que era un hombre muy honrado, y últimamente estuvo en el Escorial, donde vivió con el producto de una cantina.

Don Juan sintió que las rodillas le doblaban.

Y Felipe II, implacable siempre y frío también, prosiguió diciendo:

—Tengo entendido que la pobre Rosalía fué víctima de la seducción de no sé qué caballero que habitaba en Burgos, y que abandonó á la madre y á la hija.

—Una historia como muchas—se atrevió á decir don Juan.

—Sí, un crimen como muchos; pero crimen al fin.

—Ciertamente.

—Por desgracia se ignora y se ignorará siempre quién fué el criminal, porque había cambiado de nombre; y como murió Rosalía, no hay quien pueda reconocerlo.

—Entonces...

—Pero si no podemos castigar el crimen, remediamos la desgracia en cuanto sea posible.

Respiró con alguna más libertad el señor de Guevara.

—El anciano Mateo—añadió el rey—, cuando el motín de los trabajadores, huyó con su nieta, y está averiguado que el infeliz murió en el Castañar.

—Gran desgracia.

—No sé en virtud de qué circunstancia la huérfana encontró en aquellos momentos tristes quién la amparase, y á Madrid se la trajeron. Su nuevo protector no es rico, ni represen-

ta ningún papel en la sociedad, pues es, según me han dicho, un veterano que el servicio de las armas dejó porque ya le faltaban las fuerzas para cumplir sus deberes como soldado.

—Si han dicho también á vuestra majestad el nombre de ese protector...

—No.

—De manera que...

—Habéis de buscar á una joven que se llama Consuelo, que es rubia y con ojos azules, y está protegida y amparada por un hombre que ha sido soldado, y que apenas cuenta con los recursos suficientes para vivir. En Madrid están; pero ignoro dónde habitan, si bien supongo que ha de ser en alguno de los extremos de la población, donde vive la gente pobre. Aseguran que Consuelo es un prodigio de belleza, y que su aspecto no tiene nada de rudo. ¿Os parece que con estos antecedentes no hay bastante para encontrarla?

—Tal vez.

—Pues si queréis darme una prueba de vuestro deseo de servirme, trabajad sin descanso.

—Cumpliré mi deber, señor.

—El día que á Consuelo encontréis, aunque no se haya probado el crimen de don Pedro de Carvajal, tendréis la recompensa prometida.

—Señor...

—Que Dios os dé acierto, don Juan.

Así tan repentinamente puso el monarca fin á la conversación.

El señor de Guevara sentíase cada vez más aturdido.

De la cámara salió.

Algunas gotas de sudor frío corrían por su frente.

Las piernas se le doblaban aún.

No acababa de tranquilizarse.

—¡Oh!—exclamaba con voz sorda.—¿Sabe el rey que yo soy el seductor de Rosalía? ¡Y mi hija está en Madrid!... ¡Po el infierno!... ¿Quién puede haberle dado al monarca esas noticias?

Caviló don Juan.

—¡Ah!—exclamó después de algunos minutos.—El señor Antonio de Quirós conoce este secreto, lo mismo que conoce el de la conspiración, y sabe mucho más de lo que el rey me ha dicho, sabe que yo soy el padre de Consuelo... ¡Siempre ese hombre!...

Con la fuerza de la desesperación apretó los puños don Juan.

Centellas de ira se escapaban de sus ojos.

Ya tenía un motivo más de odio contra Quirós.

—Sí—dijo con voz reconcentrada—es preciso que ese hombre muera, es preciso para que yo tenga alguna tranquilidad. Me roba el corazón de doña Luz; adivina mi traición con don Pedro de Carvajal, y conoce el secreto de mis extravíos. Cuando quiera aniquilarme, no tendrá que hacer más que pronunciar algunas palabras; y como me conoce, porque sabe que yo fui quien quiso asesinarlo, y como no puede perdonarme, será mi perdición.

Las nubes se acumulan en el horizonte de lo porvenir para don Juan de Guevara.

Si su situación llegase á comprender, apreciándola con exactitud, hubiera huído saliendo de España para librarse de la justicia terrible de Felipe II.

Este parecía complacerse en atormentar al caballero, y en dar ocasión á que se le acumulasen crímenes para justificar mejor lo terrible del castigo.

No á su casa, sino á la posada volvió don Juan, encerrándose en su habitación y meditando muy detenidamente, porque tenía que adoptar cuanto antes una resolución que lo pusiese á cubierto de nuevas desgracias.

Las ideas más espantosas brotaron en su mente.

Al cabo de una hora dijo:

Sí, buscaré á mi hija y la encontraré; pero desaparecerá, y si su nuevo protector conoce la historia de Rosalía, desaparecerá también para siempre.

No era menester que á su hija matase para hacer que desapareciese.

En cuanto al noble Antón, parecióle á don Juan lo más seguro quitarle la vida, por aquello de que hombre muerto no habla.

Crete el criminal, y ya sabemos que en esto no se equivocaba, que el señor Antonio no había conseguido averiguar dónde se encontraba la infeliz Consuelo.

Cuando había adoptado esta resolución, asomóse á la puerta del aposento, llamó al huésped y le dijo:

—Necesito ver al señor Antolín, y en cuanto venga...

—Acaba de llegar.

Y á los pocos momentos se presentó el espía, haciendo profundas reverencias y sonriendo según su costumbre.

—¿Qué tenéis que mandarme, caballero?—preguntó.

—Sentáos y escuchadme con toda vuestra atención.

—Con la que merecéis.

—Besta de misterios y de rodeos, y...

—Si os inspiro confianza...

—Seréis leal por conveniencia.

—Sí.

—Es preciso que sepáis quién soy.

El señor Antolín desplegó una sonrisa maliciosa, y dijo:

—No os molestéis en pronunciar vuestro nombre, señor de Guevara.

—¡Vive el cielo!...

—Yo tengo necesidad de conocer á todo el mundo, porque de otra manera no me sería posible hacer muchas cosas que hago; pero por conveniencia, según acabáis de decir, soy reservado y discreto. Para vuestra tranquilidad, os diré que nuestro buen posadero no sabe quién sois.

—¿Y si me conocais?...

—Hubiera sido una indiscreción darme por entendido; os hubiera desagradado, y yo no quiero desagradar. Si aún permanecéis en esta posada con el sólo fin de entenderos conmigo, gastáis el dinero inútilmente, porque yo puedo ir á vuestra casa.

—Así lo haréis desde esta noche.

—Ahora decidme en qué puedo servirlos.

—Hay en Madrid una mujer que tiene diez y seis años, es huérfana y está amparada por un hombre ya viejo que fué soldado.

—Entendido.

—Esa joven se llama Consuelo.

—No olvidaré el nombre.

—El de su protector lo ignoro.

—¿Es pobre?

—Sí.

—¿Sabéis quiénes fueron los padres de esa niña?

—Su madre, que era una pobre villana, tan inocente como hermosa, se encontró en el mundo con un caballero...

—Y sucedió lo que debía suceder.

—El caballero cambió de nombre para llevar á cabo su empresa.

—Eso lo hacen muchos—dijo sencillamente el espía.

—El caballero desapareció.

—No podía suceder otra cosa.

—Rosalía, murió, y su padre, que se llamaba Mateo, quedó con la huérfana.

—La historia no tiene nada de particular.

—Los años pasaron, y Mateo concluyó por poner una cantina en el Escorial, y cuando se amotinaron los trabajadores, huyó con su nieta y murió en aquellos bosques.

—Y la nieta ha encontrado un nuevo protector, que á Madrid se la ha traído.

—Eso es.

—Pues si más no sabéis...

—Necesito saber dónde se encuentra.

—Trabajaremos.

—Motivos tengo para creer que el señor Antonio de Quirós conoce también la historia que acabo de referiros, y con gran empeño busca á la huérfana.

—Seremos dos, ¿y quién sabe si el noble hidalgo me ayudará? Porque en estos negocios suelen suceder como en las cacerías, que el perro levanta la liebre para que se la coma el cazador.

—Todo es posible.

—Resulta que no debo perder de vista al señor Antonio.

—No.

—Consuelo... Rosalía —murmuró el señor Antolín, como si para sí hablase.

Y luego preguntó:

—¿No conocéis personalmente á la huérfana?

—No, pero sé que tiene los cabellos rubios, azules los ojos, y que es bella como su madre, con una de esas bellezas prodigiosas.

—Ojos azules, blondos cabellos... ¡Oh!

—¿Qué encontráis de particular?

—Es que las mujeres rubias son encantadoras. Rubia es también la hija de don Luis de Guzmán.

—¿Y qué os importa? —replicó ásperamente el señor de Guevara.

—Ni poco ni mucho.

—Os advierto que es preciso respetar á la huérfana.

—La advertencia es inútil, caballero.

—Por lo que pudiera suceder...

—No olvido lo que me conviene...

—Trabajad sin descanso, buscad hasta en las entrañas de la tierra.

—Descuidad.

—Cuanto más pronto averigüéis dónde se encuentra Consuelo, mayor será la recompensa.

—No descansaré un instante.

—Principiaré por daros dinero para que podáis vivir con todo desahogo.

—Y para comprarme nueva ropa, porque con ésta no puedo inspirar confianza á nadie.

—Tomad—dijo el caballero, echando sobre la mesa algunas monedas de oro.

—Gracias.

—Sabéis quién soy.

—Os conozco hace mucho tiempo.

—Pero sin duda ignoráis...

—Perdonad si os lo digo con franqueza: no ignoro que si sois muy generoso para pagar á lo que os sirven...

—No lo soy para perdonar á los que me engañan.

—Desde hace algún tiempo gozáis de bastante influencia.

—Que emplearía para aniquilaros si fuérais desleal.

—Fácilmente me castigaríais, porque he cometido más de un pecado, y la justicia me mira con malos ojos.

—Entonces...

—Nos hemos entendido perfectamente.

—¿Y creéis conseguir lo que deseo?

—¿Tenéis vos la seguridad completa de que Consuelo esté en Madrid?

—Sí.

—Pues con mi cabeza respondo de que la encontraré.

—¡Ah!...

—Y no he de tardar muchos días.

—Yo trabajaré cuanto me sea posible por si me favorece alguna casualidad.

—Haced lo que mejor os parezca, aunque desde luego os digo que no necesitáis molestarnos.

—De todas maneras tendréis la recompensa ofrecida, y después habréis de servirme en otro asunto, ó más bien en la continuación del mismo.

—Quedamos en que os buscaré en vuestra casa.

—¿Sabéis dónde habito?

—Sí, caballero.

—Podréis ir todas las noches á las nueve.

—Y si tengo que daros la noticia de que he descubierto el paradero de la huérfana...

—Entonces ireis á buscarme á cualquiera hora.

—Así lo haré.

—Pues dad principio á la empresa.

—Que el cielo os guarde, señor de Guevara.

—Y á vos os proteja el diablo.

Una sonrisa pesplegó el señor Antolín.

Salió frotándose las manos y dejando ver un semblante la alegría.

—¡Oh! —murmuró. —Me protege la fortuna...

Voy á comer, á comprarme ropa y á trabajar... Consuelo... ¡Bonito nombre!... Rubia y con ojos azules... ¡Oh!... Las mujeres rubias son mi debilidad, sobre todo cuando tienen diez y seis años.

Aún no habían transcurrido do horas, y ya el señor Antolín, muy bien vestido, paseábase por las calles de la coronada villa.

—¿Por dónde principiaré?—se preguntaba.

Entretanto don Juan llamó al posadero, y le dijo:

—Tengo que hacer un viaje, y con sentimiento dejaré vuestra casa por algunos días.

—Es una desgracia para mí.

—Estoy muy satisfecho de vuestros servicios y os recompensaré como merecéis.

Y esto diciendo don Juan, pagó lo que debía y añadió cuatro escudos, que hicieron relumbrar con el fuego de la codicia los ojos del posadero.

A su casa volvió el criminal.

Aún necesitaba reflexionar.

En cuanto al primer golpe, la resolución estaba adoptada; pero tendría mucho que hacer después de encontrar á su hija.

¡Pobre Consuelo!

Crea la infeliz que su desgracia era muy grande, y le esperaba otras mayores, otras verdaderamente horribles.

—¿Conseguiría el miserable Antolín averiguar dónde se encontraba la hija de don Juan?

No tenía que hacer mucho para conseguirlo.

¿Y se había olvidado de este asunto el señor Antonio de Quirós?

Pronto veremos que ni se había olvidado, ni era posible que lo olvidase.

CAPITULO XII

EL SEÑOR ANTOLÍN Y EL SEÑOR ANTONIO

Nada adelantó aquel día el señor Antolín, porque llegó antes de que hubiera podido recorrer todas las calles en que suponía que había de encontrar á la huérfana.

A la mañana siguiente, muy temprano, almorzó y salió de la posada para continuar sus pesquisas.

Como la tarde anterior había recorrido una parte de la Morería, le pareció bien dirigirse al otro lado de Madrid, y por la calle de Milaneses y de Santiago, fué á parar á los cerrumbaderos que bajaban hasta los caños del Peral la calle del Tesoro, y otras que ya no existen.

No había ventana, ni puerta de casa pobre que no mirase, y su atención se fijaba también en cuántas mujeres pasaban por su lado.

Más de una rubia encontró; pero ninguna tenía las condiciones de juventud y belleza de que había hablado don Juan de Guevara.

Llegó hasta la huerta de la Priora, luego subió por la cuesta de Santo Domingo, contempló la casa de don Luis de Guzmán, y acabando de subir y volviendo á la derecha, se metió por el laberinto de estrechas calles que rodeaban el convento de Santa Catalina de los Donados.

Poco á poco fué á parar al monasterio de San Martín y se paró frente al templo.

Abierto estaba éste.

Como todos los sitios le ofrecían al señor Antolín iguales ventajas para su objeto, entró en la iglesia, tomó agua bendita, se santiguó y miró á las personas que oyendo misa estaban.

Entre éstas había una mujer de humilde clase, joven y con los cabellos rubios.

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, movía los labios como si muy fervientemente rezara mientras pasaba las cuentas de su rosario, y como su mirada la tenía fija en el suelo, estaban casi del todo cerrados sus ojos.

Colocada entre dos fieles, no era posible distinguirle bien el semblante; pero apenas vió el espía los blondos cabellos, dijo para sí:

—Quizás ésta es, pues en el arrabal vive mucha gente de las condiciones de la huérfana.

Su mirada se fijó ansiosamente en aquella joven que no cambiaba de postura ni hacía otros movimientos que los que ya hemos dicho.

El señor Antolín esperó con la paciencia de que estaba dotado por la costumbre.

Sin embargo, le parecía que el tiempo pasaba con demasiada lentitud, porque quería salir de dudas cuanto antes. Por fin terminó la misa.

Para observar mejor, sin perder ningún detalle, el señor Antolín salió del templo y se colocó junto á la puerta.

Su mirada fijábase penetrante y escudriñadora en cuantos de la iglesia salían.

La joven de los rubios cabellos se presentó.

Era en realidad bastante bella y no tendría más de los diez y seis años.

Acompañábala un hombre de sesenta, y cuyo aspecto nada tenía de particular.

—Su protector—dijo para sí el espía.

Y creyendo firmemente que había encontrado lo que buscaba, miró los ojos de la rubia.

Se contrajo repentinamente el rostro del señor Antolín, y no pudiendo contenerse, exclamó:

—¡Por el inferno!

La joven tenía los ojos negros, y por añadidura, era tuerta.

No era menester más para convencerse de que nada tenía que ver con la huérfana que buscaba don Juan.

Este había dicho una y otra vez que eran azules los ojos de la llamada Consuelo, y por consiguiente, no era posible el error sobre este punto.

Vivamente contrariado, y jurando y maldiciendo, el espía se alejó de aquel sitio y empezó á vagar por entre las pobres casas que constituían el arrabal.

Por delante de una puerta pasó cuando una voz de hombre decía:

—No tardaré, hija mía, y si viene Leandro antes que yo, que me espere, porque tengo que hablarle.

Maquinalmente volvió la cabeza el señor Antolín y difilmente pudo contener un grito de sorpresa, de júbilo y de admiración.

Acababa de ver á una joven prodigiosamente bella, con los cabellos rubios y los ojos grandes, rasgados, azules y de mirada dulce y profundamente melancólica.

¿No era aquella la huérfana?

Debía serlo, si por sus encantos se juzgaba, puesto que las señas convenían.

El hombre que acababa de hablar, y que de la casa salió, era vigoroso á pesar de sus sesenta años, y tenía ese aspecto marcial que no puede confundirse con ningún otro.

Inmóvil como una estatua quedó el señor Antolín.

No hubiera podido decir lo que sentía, pues estaba trastornado, bien fuese por la sorpresa y la alegría, puesto que creía haber encontrado á la huérfana cuando menos lo esperaba, bien porque los hechizos de ésta lo hubiesen impresionado demasiado vivamente.

El hombre salió sin cuidarse del que allí se había detenido, pues esta circunstancia nada tenía de particular.

Consuelo, porque ella era, llegó hasta el dintel, permaneciendo allí hasta que perdió de vista á su protector.

Así pudo el espía contemplarla muy deíentadamente y admirando aquella belleza tan delicada, el conjunto armónico de aquellas facciones,

conjunto que expresaba la bondad, el candor y una ternura inagotable.

Sentía el criminal algo parecido al efecto que producen las primeras llamaradas de esas pasiones puramente sensuales, y que son las más violentas.

Consuelo desapareció en el interior de la casa.

—¡Ah!—exclamó entonces el señor Antolín. —No sé lo que siento... Esa criatura, con su rostro de ángel, con su candor, con esa belleza sublime... ¡Qué cabellos!... ¿Y los ojos?... Lo que dicen sus ojos, lo que hacen sentir... ¡Vive Dios!... Empiezo á perder la tranquilidad, porque bien puede suceder que el diablo me tiente para castigarme porque me he permitido oír misa. He debido hablar á esa hermosa niña con un pretexto cualquiera para averiguar si se llama Consuelo. Indudablemente el hombre que acaba de irse ha sido soldado.

Reflexionó el espía.

Recordó una por una las palabras que Antón había dicho, y se preguntó:

—¿Quién es ese Leandro que puede venir?... Puesto que otra cosa no tengo que hacer, seguiré observando.

Abrigaba también la esperanza de ver á la joven, lo cual era para él un deleite.

Dominada su primera conmoción, volvió á ser lo que siempre había sido, astuto y disimulado, y empezó á pasearse sin perder de vista la casa; pero sin que fuese posible sospechar que espía.

La fortuna lo protegía.

Ocasión iba á tener de averiguar más de lo que deseaba.

Pasó media hora.

Leandro se presentó.

Su aspecto revelaba también la tristeza.

Estaba muy preocupado.

Inclinaba la cabeza sobre el pecho, como si sus pensamientos sombríos lo agobiasen.

No era esto propio de su edad, y, por consiguiente, llamó la atención del espía, que dijo:

—¿Quién es este mancebo tan melancólico?

El joven se detuvo junto á la puerta; pero ni llamó, ni entró.

Parecía que dudaba.

Dos ó tres veces cambió la expresión de su semblante.

El señor Antolín, colocado á poca distancia y aparentando que arreglaba su colete, observaba

con atención profunda á Leandro, y decía para sí:

—Mucho me equivoco, ó éste es el que debía venir. ¿Por qué está triste?... A su edad es menester sufrir mucho para estar tan preocupado. ¿Quién es?... Parece que tiene aire de soldado, y así lo justifica también lo de llevar espada.

Debemos advertir que en aquella época no se conocían los uniformes, ni los soldados llevaban ningún distintivo.

Algunos minutos después parecía que Leandro hacía un esfuerzo.

Entreabrió los labios para sonreír, y entró en la casa, cuya puerta no se había cuidado de cerrar la joven.

Con el disímulo posible fué y vino el espía, y mas de una vez se detuvo junto á las ventanas con reja de la casita, escuchando con atención profunda.

Era muy delicado su oído.

Percibió el ruido de las voces de Consuelo y de Leandro; pero no pudo entender lo que decían.

—No—murmuró—, no me moveré de aquí sin haber salido de dudas.

Y siguió paseándose y deteniéndose cuando nadie lo observaba.

Con los ojos de la imaginación veía á la encantadora joven, y, como otra cosa no tenía que hacer, nizo suposiciones muy desagradables, y algunas muy acertadas, pues sospechó que aquel mancebo tan hermoso y de marcial continente amaba á la encantadora rubia y era tal vez correspondido.

El temor de que cierto fuese lo que suponía, preocupó tanto al señor Antolín, que alguna vez se distrajo más de lo que le convenía, y hasta el punto de no apercibirse de lo que á su alrededor pasaba, como no fuese de algún ruido que en el interior de la casa sonase.

Una de las veces que se detuvo, no junto á las ventanas, sino á la puerta, que á medio abrir estaba todavía, cometió la imprudencia de inclinarse, adelantando la cabeza hacia el interior de la casa para oír mejor y con el afán de entender lo que decían los dos jóvenes.

Y en aquel momento la pícara casualidad, el diablo, que otra cosa no tiene que hacer, quiso que se presentase otro personaje, saliendo de entre las casitas que estaban más próximas al postigo.

Era el señor Antonio de Quirós, que también

parecía muy preocupado, y que paso entre paso avanzaba, levantando de vez en cuando la cabeza para mirar á su alrededor; vió al señor Antolín y se detuvo, diciendo con indiferencia:

—¿Qué hará aquel hombre?... Parece que es curucha... Un curioso, ó tal vez otra cosa peor.

Muchas veces fijamos la atención en lo que no nos importa, y esto lo hacemos particularmente cuando estamos aburridos.

Motivos de mal humor y de aburrimiento tenía sobrados el señor Antonio.

Siguió mirando al espía, y cuando éste se enderezó pudo verle el semblante.

—Recuerdo esa cara—murmuró el hidalgo.—¿Dónde la he visto?

No tuvo que hacer grandes esfuerzos, y á los pocos minutos exclamó:

—¡Ah!... Sí, es el mismo; el que estos días pasados encontré tantas veces, y de quien sospeché que me seguía... ¡Vive el cielo!... Me parece que debo averiguar quién es ese hombre... Ahora también parece que observa... ¿Es su oficio espiar?... Todo es posible... Su rostro no habla en su favor, porque revela la ruindad y los peores sentimientos.

El señor Antonio retrocedió hasta quedar oculto tras una esquina, con el propósito de asomar de vez en cuando la cabeza para ver lo que el otro hacía.

Aún no habían pasado diez minutos, cuando el veterano llegó, entrando en su casa.

Desde aquel momento nada de particular sucedió.

El señor Antolín tenía la atención fija en la vivienda de Consuelo, y, por consiguiente, no se apercibía de que á su vez era espiado.

Una hora pasó.

Ya no podía quedarle duda al noble hidalgo de lo que allí hacía el hombre flaco y del rostro amarillento, y cuanto más lo miraba más seguridad tenía de que era el mismo que los días anteriores lo había seguido.

Sonaron las voces de Consuelo, Leandro y Antón.

El segundo salió de la casa.

La joven se asomó á la puerta para decirle la última palabra de despedida, y también pudo verse la cabeza del veterano, que decía:

—Oye, Leandro, que no te olvides de mi encargo.

—No me olvidaré—respondió el mancebo, volviendo la cabeza y aprovechando la ocasión

para dirigir á Consuelo una mirada ardiente y demasiado expresiva.

Este detalle no pasó desapercibido para el señor Antolín.

El miserable se estremeció.

Por un momento se cubrieron de púrpura sus mejilas.

Leandro se alejó mientras en él fijaba una mirada de ternura y de ansiedad Consuelo.

—A ella—pensó el espía—, siempre la encontraré aquí, puesto que esta es su casa, y lo que ahora me conviene es seguir al otro para averiguar quién es.

Y aunque á buena distancia, fuese tras de Leandro.

—¡Ah!—exclamó entretanto el señor Antonio.—¡Es ella!

Había visto á Consuelo, reconociéndola fácilmente, aunque hacía más de un año que no se había encontrado con ella.

Pensó lo mismo que el señor Antolín; en aquella casa encontraría siempre á la joven, y que ante todo le convenía averiguar quién era el que espía, así como también el mancebo de los negros ojos y la mirada melancólica.

Con este propósito, y muy disimuladamente, siguió á su vez al señor Antolín.

La escena no podía ser más extraña.

Muy descuidadamente iba Leandro sin sospechar que era objeto de aquella observación.

Descuidado también caminaba el espía sin pensar que le espían.

Empero al señor Antonio le ocurrió volver atrás la cabeza, mientras decía:

—¿Me sigue alguien?... Porque bien podía suceder.

Tranquilo quedó, porque tras él no iba nadie.

Llegaron al arroyo del Arenal, lo rtaavesaron, y por San Ginés y la calle de Bordadores subieron hasta las Píaterías.

Por las estrechas calles que rodeaban la iglesia de San Miguel, que ya no existe, se metió Leandro.

Lo mismo hizo el señor Antolín, y luego el señor Antonio.

El mancebo iba simple pensativo, según revelaba su actitud, pues llevaba inclinada la cabeza y fija la mirada en el suelo.

—¿Qué se le ha perdido á este mozo?—murmuró irónicamente el señor Antolín.—Algo busca: probablemente la felicidad; pero es posible que otra cosa encuentre.

—Mucho sufre ese pobre mancebo—decía para sí el noble hidalgo.

Llegaron á la calle de Puerta Cerrada, bajaron por la de Tentetieso á la de Segovia, metiéronse por la plazuela del Alamillo, y fueron á parar á la calle Real de la Morería.

Allí Leandro dió media vuelta y entró en una casa miserable, aunque grande.

—Ahí habita—dijo el señor Antolín—, porque bien se conoce cuando uno entra en una casa si es la suya.

—Esperemos—murmuró el señor Antolín.

Y se ocultó tras de una esquina.

Como el señor Antolín no podía sospechar que nadie se ocupase de él, no se tomó la molestia de mirar á su alrededor.

Contempló la casa y después de algunos minutos, entró también atravesando un portal húmedo y lóbrego y saliendo á un patio grande, de paredes ennegrecidas donde se veían algunas puertas y ventanas.

Había dejado atrás la escalera.

En el patio había algunas mujeres, hilando, peinándose, consiendo ó bien ocupadas en otras faenas por el estilo.

Unas eran viejas y otras jóvenes.

A todas las miró el señor Antolín, y á una de ellas se acercó diciéndole:

—Perdonad, buena mujer.

—¿Qué queréis, señor hidalgo?

—Busco á un mancebo que pocos más años de veinte debe tener, con ojos grandes y expresivos, el rostro moreno y el continente así como el de un soldado ó de esos hombres atrevidos que pasan una vida borrascosa. Lleva espada, aunque parece de clase plebeya, y según me han dicho se llama Leandro.

—Pues debierais haber principiado por el nombre y no hubiera sido menester que hubierais dado más señas.

—Es decir, que habita en esta casa.

—En uno de los cuartos de arriba.

—¿Y podríais decirme qué clase de persona es?

—Pues un hombre como todos.

—Quiero decir...

—Sentó plaza de soldado y espera hacer fortuna con la espada, porque como no le enseñaron ningún oficio ni tiene rentas, ni padres, ni parientes, ni más amparo que Dios... En fin, cada cual se arregla como puede para vivir. Y será una lástima que le den un arcabuzazo por

esos mundos, porque... No sé más, señor hidalgo, y puesto que lo buscáis y con él habéis de entenderos, él os dará las noticias que necesitéis.

—Si me dijérais su apellido.

—Lo ignoro, y ningún vecino lo sabe, y sospecho que tampoco él.

—Si apellido no tiene...

—Con tal que tenga dinero, todo lo arreglará.

Comprendió el señor Antolín que nada más podía decirle la vieja, y como en realidad y por de pronto tampoco necesitaba más, salió de la casa.

El señor Antonio se había colocado en sitio desde donde pudiera ver sin ser visto, y él espía, tranquilo siempre y muy satisfecho por las averiguaciones que acababa de hacer, dijo:

—Otra vez al arrabal.

Veinte minutos después encontrábase frente á la vivienda de Antón.

El noble hidalgo lo había seguido, preguntándose qué era lo que aquel miserable se proponía.

Por espacio de una hora vagó por allí el agente de don Juan.

Consiguió ver otra vez á Consuelo.

Allí hubiera permanecido todo el día; pero no le era posible hacerlo así, y aunque de mala gana, se alejó, volviendo á la calle de Segovia.

—¿Otra vez á la Morería?—dijo el señor Antonio.

Se equivocó, porque el espía llegó á la posada, y como encontró á la puerta el posadero, le dijo en alta voz y alegremente:

—Dadme la comida sin perder un instante, porque tengo apetito y necesidad de salir pronto.

—Voy corriendo, señor Antolín—respondió el huésped.

Estas palabras las oyó el amante de doña Luz y dijo:

—Aquí habita ese bribón, se llama Antolín... Ahora se detendrá siquiera lo preciso para comer, y puedo aprovechar estos minutos para hacer lo mismo.

No se encaminó á su casa el noble hidalgo, porque á toda costa y cuanto antes quería salir de dudas en cuanto al extraño proceder del espía.

Si astuto era éste, no menos astuto y quizás más ingenioso era el amante de doña Luz.

—¡Ah!—exclamó.—He aquí una coincidencia que me favorece.

Y pasó al otro lado de la calle y llamó en la puerta de la casa de Maldonado.

Le abrieron y entró, siendo recibido muy cariñosamente por el padre y el hijo, que le dijeron:

—Nos sorprendéis de la manera más agradable.

—Y mayor ha de ser vuestra sorpresa—respondió el señor Antonio—, cuando sepáis que vengo sin otro fin que el de comer en vuestra compañía.

—Si eso fuese verdad...

—Seriamente lo digo.

—Mucho nos honráis, y tanto mayor mérito tiene la honra; cuanto que os cuesta el sacrificio de comer muy mal. Ya sabéis que somos pobres, y aunque pudiéramos en seguida preparar algún extraordinario...

—No lo haríais sin enojarme.

Sorprendidos miraban los dos hidalgos al señor Antonio, pues no sin motivo de importancia iba á comer con ellos; pero en el semblante no revelaba nada de particular.

—Y otra cosa voy á pedir—dijo el hidalgo, acercándose á una de las ventanas del aposento.

—¿Qué queréis?

—Que aquí pongáis la mesa para que yo, mientras como, pueda mirar la puerta de la posada.

—Fácilmente quedaréis complacido.

—Extrañas son mis peticiones; pero...

—No queremos explicaciones—interrumpió el anciano—, porque ya sabéis que no somos curiosos. Serviros es nuestra obligación, porque grandes beneficios nos hacéis, y...

—Señor de Maldonado, soy vuestro verdadero amigo.

—De vuestra amistad tenemos pruebas.

—Y la reserva entre nosotros sería una deslealtad, y por consiguiente...

—No, no.

—Mientras comemos os daré explicaciones, porque se trata de un asunto que conocéis, y porque vos, señor Felipe, tendréis quizás que ayudarme.

—Disponed de mí.

—Nuestros enemigos no escarmientan, traen nuevas intrigas, y quizás nos encontraríamos en grandes apuros si una casualidad, la Providencia, no me hubiese dado á conocer algo de sus planes.

—En cuidado nos ponéis.

—Comamos, que los minutos son preciosos, y principiaréis por decirme si conocéis á un hombre que representa treinta ó treinta y cinco años, de escasa estatura, flaco, amarillento, con ojos redondos, pequeños y relumbrantes, y que parece uno de esos bribones que están dispuestos á servir á todo el mundo, y á cometer todas las maldades.

—¿No sabéis su nombre?

—Acaba de entrar en la posada pidiendo la comida, y el posadero le ha llamado Antolín.

—¡Ah!...

—¿Sabéis quién es?

—De vista lo conozco; y aunque nada sé con seguridad, tengo entendido que es un desalmado capaz de cometer todos los crímenes.

—No me equivoqué.

—Al mirarle el rostro era imposible que se os ocultase la maldad de su alma.

Así hablando, dieron lugar á que la anciana sirvienta colocase la mesa donde les convenía, y principiaron á comer.

Con frecuencia, y en tanto que continuaban la conversación, el señor Antonio volvía la cabeza y miraba á la puerta de la posada.

No hay que decir que dió explicaciones las más minuciosas á sus fieles amigos, y que éstos prometieron ayudarle en la buena obra de favorecer á Consuelo y de castigar al señor de Guevara.

Acabaron de comer.

Junto á la ventana continuaron en aceso.

El señor Antolín no se dió tanta prisa como había dicho, y aún tardó una hora en salir de la posada. Tomó calle arriba.

El señor Antonio salió y lo siguió.

No tenemos para qué ir tras ellos pasa á paso, pues basta decir que otra vez estuvieron en el artabal y después en la Morería, y que cuando oscureció volvió el espía á la posada para cenar.

Por segunda vez visitó el señor Antonio á sus amigos, y el señor Felipe fué á situarse muy cerca de la puerta de la posada, porque con la oscuridad de la noche no era fácil distinguir desde lejos á las personas que de allí saltan.

Descansó Quirós y tomó algún alimento.

Pocos minutos después de haberse reunido con el señor Felipe, vieron al señor Antolín que salía de la posada.

—¿Irémos otra vez al arrabal?—dijo el señor Antonio.

—Todo es posible—le respondió Maldonada.

Antes de que transcurriese un cuarto de hora salieron de dudas.

El espía siguió por la calle de la Almudena, se metió por las que rodean á San Nicolás, y se detuvo á la puerta de una casa de regular apariencia.

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor Antonio.

—¡Oh!—murmuró sórdamente el señor Felipe. Aquella casa era de don Juan de Guevara.

¿Necesitaban más para convencerse de que el señor Antolín trabajaba por cuenta del miserable traidor?

La situación era, pues, mucho más grave de lo que parecía.

El padre era quien mandaba espíar á la hija.

¿Con qué fin?

No podía ser con ninguno bueno.

Si don Juan de Guevara hubiese decidido remediar en cuanto era posible los males que había hecho al seducir á la pobre Rosalía, desde luego hubiese reconocido y amparado á la criatura fruto de su criminal extravío; pero en vez de hacer esto, pagaba á un miserable para que espíase á la infeliz joven, y tal vez para que preparase algún golpe terrible.

De un hombre como don Juan de Guevara todo lo malo debía esperarse, porque capaz era de todos los abusos, de todos los crímenes.

Quirós y Maldonado hicieron cuantas suposiciones son imaginables, y aunque estaban firmemente resueltos á proteger á la desgraciada huérfana, no podían trazar entonces ningún plan sin conocer los propósitos del señor de Guevara.

Necesitaban ante todo hacer averiguaciones, y para conseguir esto no podían hacer más que observar, espíando lo mismo á don Juan que al señor Antolín.

Conviniéron en el plan de conducta que les convenía seguir, y de que no hacemos ahora mención, porque lo conoceremos pronto.

Ocultos en el hueco de una puerta siguieron esperando.

Los dejaremos para penetrar en la casa y saber si el señor Antolín daba noticia de lo que había conseguido averiguar, ó si sobre algún punto guardaba reserva.

CAPITULO XIII

EL ESPÍA MIENTE Y SIGUE TRABAJANDO

El señor Antolín entró en el aposento donde se encontraba don Juan, esperando con la impaciencia que era consiguiente en su situación.

—¡Ah!—exclamó al ver al espía.

—Aquí me tenéis con la exactitud que acostumbro.

—Son las nueve.

—En punto, caballero

—Y si me trais buenas noticias...

—No lo sé.

El señor de Guevara fijó una mirada de extrañeza en el espía.

El semblante de éste nada revelaba de particular.

Sus labios se entreabrían para sonreír según su costumbre.

—¿Nada habéis conseguido?—preguntó don Juan después de algunos momentos.

—He podido conseguir mucho, y ya que no otra cosa, tengo la seguridad de que la huérfana se encuentra en Madrid, porque lo ha visto.

—¡Que la habéis visto!—exclamó don Juan, cuyos ojos relumbraron.

Y luego añadió:

—Acércaos más, señor Antolín, sentaos y dadme explicaciones sin olvidar ninguna circunstancia, ningún detalle, absolutamente ninguno.

—Seré exacto.

—Lo que parece que tiene menos importancia, en ciertas situaciones tiene mucha.

—Ya lo sé.

Mientras el señor Antolín daba algunos pasos y se sentaba, don Juan se acercó á la puerta y miró al aposento inmediato, pues desconfiaba de todo, á pesar de que su criado le había dado pruebas de fidelidad y de honradez.

Volvió el caballero á sentarse.

Su mirada se fijó escudriñadora en el espía, y le dijo:

—Os escucho.

—Ayer nada conseguí, aunque no descansé un sólo instante; pero esta mañana quiso protegerme la fortuna, y después de haber recorrido todas las calles de la Morería, tomé hacia el lado opuesto de Madrid, yendo á parar á la calle de Santiago.

—Me parece que allí no puede tener su habitación la pobre huérfana.

—Pero bien puede transitar por allí.

—Ciertamente.

—Pensaba encaminarme hacia palacio, para volver después hacia los caños del Peral; pero tuve que detenerme porque de una taberna salieron cinco ó seis hombres riñendo furiosamente, y trabando en medio de la calle sangrienta pelea. Relumbraban los puñales, resonaban sus gritos, los de la vecindad y los de algunos transeuntes, y se produjo la confusión que era consiguiente.

—Entiendo.

—Decid retroceder, porque me desagradan tales alborotos, en los que no puede encontrarse más que algún golpe ó el disgusto de que la justicia le moleste á uno pidiéndole declaraciones.

—Sois prudente.

—Me parece que vos habrais hecho lo mismo.

—Sí; pero dejad esos comentarios, porque nada nos interesa lo de las puñaladas de los villanos.

—Nos interesa mucho, caballero, y tanto, que entre los transeuntes que separados de mí estaban por los que reñían, había un hombre viejo, pero vigoroso, con aspecto marcial, que no pareció asustarse, y á su lado una joven de incomparable belleza, con cabellos rubios, ojos azules...

—¡Ah!...

—Temblaba y no acertaba á retroceder, ni avanzar.

—¡Ella!—exclamó el señor de Guevara con indefinible acento.

Y ansiosamente miró al espía.

Este añadió:

—A pesar del peligro que ofrecía meterse entre aquellos desalmados, quise correr hacia la joven, seguro de que era la que buscaba.

—Sí, sí.

—Pero en aquel momento llegaron algunos corchetes con las espadas desnudas, y mientras intimaban la rendición á los villanos que reñían, empezaron á descargar cintarazos tremendos sin reparar á quién herían.

—¡Oh!...

—Y el viejo del continente marcial, al ver que la joven no acertaba á moverse, gritó: "¡Por aquí, Consuelo!"

—¡Por Dios vivo!

—Lo que entonces sucedió no puede describirse. Tuve que retroceder para librarme de la lluvia de cintarazos, y cuando se restableció la calma y los corchetes se llevaron á los criminales, corrí de un lado para otro con cuanta lige-

reza me fué posible; pero no conseguí encontrar á la joven.

Vivamente contrariado se sintió don Juan.

Su frente se contrajo.

—Viendo estáis—añadió el señor Antolín—que he conseguido mucho sin conseguir nada.

—Sí, algo es algo; pero...

—Perdonadme, don Juan, pues en esta ocasión, algo es mucho. Por de pronto, ya no es posible la duda de que en Madrid se encuentra la huérfana.

—Y parece también probado que mis noticias son exactas.

—No hay más que ver al hombre que acompañaba á Consuelo, y se comprenderá que ha sido soldado. Además, ya los conozco y esta es una gran ventaja, porque dondequiera que encuentre á ese hombre, lo reconoceré, lo seguiré y averiguaré así dónde habita.

—Tenéis razón: debemos felicitarlos.

—Antes caminábamos á ciegas. He visto muchas mujeres hermosas, rubias y con ojos azules y, sin embargo, ninguna era la que buscaba.

—Pues ahora...

—Trabajaré con más ardor, y me parece que antes he de encontrar al protector que á la protegida, puesto que debe salir con más frecuencia de su casa.

—Señor Antolín, estoy satisfecho de vuestros servicios.

—También he pensado recorrer con preferencia esta parte de Madrid hasta Santo Domingo y el Arrabal.

—Buena idea.

—Y si la fortuna me protege, como espero, muy pronto sabréis dónde se oculta la huérfana.

—Decís que efectivamente es bella.

—Un prodigio.

—No me habían engañado.

—Convendría que hiciésemos todas las suposiciones posibles para que ningún suceso me cogiese desprevenido.

—Decid.

—Consuelo es joven y hermosa.

—Vais á suponer que tiene un amante, ¿no es verdad?

—Sí.

—Lo sentiría mucho.

—Yo también, porque el amante sería un obstáculo, si es que algo más hemos de hacer en este asunto.

Os advierto que no busco á esa joven porque me interese su belleza.

—No puede interesaros si nunca la habéis visto.

—Tengo otras razones.

—Que no me importan, caballero.

—Pues bien, si un amante tiene la huérfana...

—¿Qué he de hacer en semejante caso?

—Averiguar quién es, y si posible fuese, penetrar sus intenciones...

—Entendido.

—Tiene mucho interés para mí todo lo que se refiere á Consuelo.

—Pues por hoy nada puedo deciros, y espero vuestras órdenes.

—Ninguna tengo que daros.

—Ahora me iré á descansar, y al rayar el día saldré de mi posada.

—Y si llegáis á descubrir el paradero de la huérfana, á cualquiera hora que sea...

—Vendré.

—Y si no me encontráis...

—Aquí os esperaré, si es que á vuestro criado le habéis dado las órdenes oportunas.

—Dadas están ya.

La conversación había terminado.

¿Por qué tan descaradamente había mentido el señor Antolín?

¿Por qué había inventado aquella historia de los que reñan?

Lo diremos de una vez: en el pecho del señor Antolín se había encendido una violenta pasión.

El miserable había decidido hacer cuanto le fuese posible para satisfacer sus impuros deseos.

En este sentido no podía dar un solo paso sin conocer á fondo la verdadera situación de Consuelo y sin haber trazado algún plan.

Creyó peligroso decir la verdad al señor de Guevara, porque era posible que éste adoptase alguna resolución que fuese un estorbo para que el señor Antolín llevase á cabo su criminal empresa.

Ante todo le convenía explorar el ánimo del señor Guevara, y averiguar lo que éste pensaba hacer cuando á la huérfana encontrase.

Por de pronto había conseguido una cosa el miserable Antolín: convencerse de que don Juan era el padre de la joven, era el seductor de la desdichada Rosalía.

¿Con qué fin buscaba tan afanosamente el padre á la hija?

Quería reconocerla y ampararla?

Este noble proceder parecía estar en contradicción con los sentimientos ruines de don Juan de Guevara.

Era demasiado astuto el señor Antolín, y así debía comprender.

Hablando muchas veces del mismo asunto, haciendo suposiciones por el estilo de la que acababa de hacer, y pidiendo instrucciones para que las eventualidades no lo pillasen desprevenido, acabaría el señor Antolín por saber cuanto deseaba, y entonces adoptaría la resolución que más le conviniese.

¡Pobre Consuelo!

No un peligro, sino muchos y á cuál más horribles, amenazaban á la infeliz.

¿Cómo se libraría de tantos enemigos y de tales asechanzas?

Verdad es que tenía por defensor al señor Antonio; pero éste no era al fin más que un hombre y no conocía, ni era fácil que conociese los planes de don Juan de Guevara.

Reflexionó éste, y después de algunos minutos, dijo:

—Yo también haré algo y recorreré el Arrabal de San Martín, las cercanías de Santo Domingo y las de los Caños del Peral.

—No me opongo, caballero; pero sí me permitiré haceros una advertencia.

—Decid cuanto os parezca conveniente.

—Si no somos muy disimulados, todo se perderá.

—Estamos de acuerdo.

—Preciso es evitar que sospechen.

—No lo olvido.

—Y si en unas mismas calles y á todas horas ven que andan dos hombres...

—Como si viesen á uno.

—Pero es más fácil que dos llamen la atención.

—No os equivocáis.

—Otras circunstancias debéis tener en cuenta.

—Sois cauto, señor Antolín.

—A vos os conoce todo el mundo, y aun sin conoceros, á cualquiera le extrañaría que un caballero de vuestra clase se pasase el día rondando en sitios como el Arrabal, donde no habita más que gente miserable.

—Estoy convencido.

—Yo soy un desdichado como otros muchos; pero no es menester más que mirarme para conocer que soy un vago, y á nadie le sorprenderá verme paseando como quien no tiene otra cosa

que hacer, que esperar los negocios con que vive.

—Basta, señor Antolín, basta.

—Sin embargo...

—Repito que nada haré.

—A mí me convendría para trabajar menos; pero antes que todo miro lo que conviene á vuestro asunto.

—Me complace oiros hablar así.

—Pues de acuerdo quedamos, y hasta mañana á estas horas, ó antes si hay novedad de importancia.

—Que Dios os guarde, señor Antolín.

El espía salió.

Cuando estuvo en la calle se detuvo como si dudase en cuanto al camino que debía seguir.

—Aún es temprano—dijo después de algunos minutos.

Y tomó calle arriba.

El señor Antonio le dijo al señor Felipe:

—No es difícil adivinar hacia dónde encamina sus pasos.

—Al arrabal otra vez.

—¡Vive el cielo!... ¿Qué se intenta contra esa pobre niña?

—Lo averiguaremos, mi buen amigo, ó dejaremos de ser quienes somos.

—El miserable don Juan se ha empeñado en terminar su vida desastrosamente, y lo conseguirá.

—Creo que sí.

Efectivamente, al Arrabal de San Martín fué el espía sin apercibirse de que á su vez era espiado.

Ya no transitaba por allí alma viviente.

El silencio era absoluto.

Solamente por las rendijas de una de las ventanas de la vivienda de Antón, escapábanse algunos destellos de luz.

El señor Antolín se acercó á la ventana, se inclinó y escuchó, percibiendo el ruido de voces.

Tampoco entonces pudo entender lo que hablaban.

—Señor Antonio—dijo Maldonado—si me permitiésteis hacer lo que deseo...

—Alguna locura.

—Poca cosa.

—¿Qué?

—Dar algunos cintarazos á ese miserable, no solamente para castigarlo, sino también para divertirnos al verlo huir poseído de pavor.

—De eso resultaría que para en adelante es-

taría muy sobre aviso á todas horas y nos sería difícil espiarlo y conocer sus intentos.

—¿Y hemos de pasar así toda la vida?

—No, porque don Juan de Guevara determinará pronto lo que haya de hacer.

—¿Sabe que esa joven es su hija?

—Probablemente.

—También es posible que la haya visto, que se haya enamorado y...

—No, porque ama á doña Luz.

—Sin embargo...

—No lo dudéis, señor Felipe: don Juan sabe que esa infeliz criatura es su hija.

—Lo veremos.

Así continuaron la conversacion mientras que el señor Antolín permanecía inmóvil y con el oído atento.

Pasó media hora.

Rechinó una llave al girar en la cerradura.

Sé estremeció violentamente el espía.

Enderezóse y se separó algunos pasos de la casa.

La puerta se abrió.

Distinguióse luz y luego el bulto de un hombre que salió mientras decía:

—Hasta mañana.

—Es Leandro —pensó el señor Antolín.

—El mancebo de la Morería -- dijo el señor Antonio.

—¿Tendremos que seguirlo otra vez?

—Todo es posible.

Como la oscuridad era completa, porque la luna no alumbraba aquella noche, no pudo Leandro distinguir los bultos de los que por allí se encontraban.

El desdichado mancebo, pues muy desdichado era, sé envolvió en su capa, desnudó el acero, y sé alejó á paso regular.

—¡Maldigo mi cobardía! —murmuró sordamente el señor Antolín. —He aquí una ocasión muy propicia para quitar del mundo á este hombre sin darle tiempo para que se defienda, pues me sería muy fácil llegar hasta él y atravesarlo de una estocada; pero no me atrevo, porque si una casualidad cualquiera hace que me descubra, conociendo mis intenciones... ¡Oh!... ¡Maldecido miedo!

El miserable apretó los puños con desesperación:

Ya no le quedaba duda de que Leandro amaba á Consuelo y creía también que era correspondido, y por consiguiente lo odiaba como se

odia al rival afortunado y que es un estorbo para la realizacion de nuestros deseos.

De vez en cuando y en medio de aquella oscuridad profunda, veíanse relumbrar como los de un tigre los ojos del señor Antolín.

La garra implacable de los celos destrozaba su alma.

No hay que decir que tras él iban los dos hidalgos sin que sus pasos produjesen el más leve ruido.

El señor Felipe preguntó en voz baja á su amigo:

—¿No teméis que ese villano intente asesinar al noble mancebo?

—Puede hacerlo con mucha facilidad.

—Entonces...

—Pero me parece que es demasiado cobarde.

—Sin embargo...

—Lo asesinaría si lo encontrase dormido.

—Parece que el otro va muy preocupado, y no se apercibe de lo que pasa á su alrededor.

—A pesar de todo eso, no se atreverá.

Y si el más leve movimiento hace que indique esa intencion, si apresura el paso para acortar la distancia que lo separa del mancebo...

—No dará el golpe.

—No, porque antes lo mataré.

—En ese caso no he de ser yo quien os ponga estorbos.

¿Con qué fin seguía el señor Antolín á Leandro

No era con otro que con el de saber si éste se iba á su vivienda, ó si era uno de esos jóvenes que tienen amigos y se divierten ruidosamente durante la noche.

Durante el camino ningún incidente digno de mención tuvo lugar.

Leandro llegó á su casa, sacó una llave, abrió y entró sin que tampoco entonces le ocurriese la idea de volver la cabeza atras.

—Es de buenas costumbres, es una de esas criaturas que se envanecen con su honradez— dijo para sí el espía.—Peor para él, porque no desconfiará de nadie y podrá dar el golpe con más facilidad.

—¿Sabéis lo que sospecho?—preguntó el señor Antonio á su amigo?

—Sí—respondió éste—; habéis creído que ese mancebo ama á la huérfana.

—Eso es.

—Y no os equivocais.

—Veremos ahora lo que hace nuestro vecino.

—Me parece que por esta noche ha terminado su tarea.

Esta intriga debe estar en su principio.

—Sí, porque según se ve, el señor Antolín se concreta por ahora á espiar, hace observaciones, y de lo que averigua da parte á don Juan de Guevara.

—Ya retrocede.

—Nos apartaremos.

Retrocedieron algunos pasos los dos amigos.

El señor Antolín, que no estaba menos preocupado que el mancebo, pasó sin apercebirse de los otros.

Diez minutos después llegaba á la posada, llamaba y entraba.

—¿Y ahora?—preguntó el señor Felipe.

—Os quedaréis en vuestra casa y descansaréis.

—¿Y qué hareis vos?

—¿No lo adivináis?

—¡Oh!...

—Son las once, y dentro de media hora...

—Sí, os olvidaréis de consuelo y del señor Antolín.

—Y de todo.

—Cuidado, señor de Quirós, porque vuestro ruin enemigo, vuestro rival...

—Por ahora no ha de atreverse á nada contra mí.

—Dios lo quiera.

—Tranquilizaos, señor Felipe, que tengo que cumplir una misión de muchísima importancia, y el Omnipotente me protegerá.

Muy poco más hablaron.

En su casa entró el señor Felipe.

Sin apresurarse siguió calle arriba Quirós.

Al cabo de un cuarto de hora se detenta en la cuesta de Santo Domingo frente á la casa de don Luis.

Debía esperar, porque aún no era la hora convenida; pero contemplando el edificio y pensando en doña Luz, le parecería que el tiempo pasaba con mucha rapidez.

Muy pronto empezaron á borrarse de su memoria los recuerdos de los sucesos de aquel día.

Su pensamiento era todo para la mujer á quien amaba.

En el interior del edificio reinaba un silencio profundo.

Dieron las once y media.

—¡Ah!—exclamó el señor Antonio con acento indefinible.

Se acercó á la puertecilla.

Sacó una llave.

Abrió sin producir el más leve ruido.

Entró y volvió á cerrar.

—¿Para qué hemos de seguirlo?

Ya sabemos lo que había de hacer.

La bellísima doña Luz lo esperaba con tanta ansiedad como temor.

A los pocos minutos entró el noble hidalgo en la cámara de la joven.

—¡Antonio!—exclamó ella.

—¡Luz de mi alma!—dijo el hidalgo mientras que sus negros ojos brillaban con el fuego de su pasión inextinguible.

Y luego...

Lector, no debemos ser demasiado curiosos,

Como ya sabemos lo que habían de decirse los dos enamorados, los dejaremos, dejaremos también pasar la noche y averiguaremos lo que á la mañana siguiente determinó el señor Antonio, pues algo había de hacer en el asunto que se relacionaba con la huérfana, algo que la pusiese á cubierto de los golpes que le amenazaban.

CAPÍTULO XIV

UNA ESCENA INTERESANTE

Ya lo hemos dicho: no era posible que el señor Antonio de Quirós se concretase á esperar los sucesos, sin adoptar ninguna precaución, sin hacer nada que contrarrestase las maquinaciones de sus ruines enemigos.

A las ocho de la mañana siguiente y después de haber almorzado, el amante de doña Luz meditó, pensando en todo, recordando todos los antecedentes y haciendo todas las suposiciones imaginables.

Era Quirós uno de esos hombres que no dan un solo paso sino después de haber examinado detenidamente el terreno donde ponen el pie, y á esto se debía el que se hubiese salvado de todos los peligros, y que hubiese dominado todas las circunstancias difíciles en que se encontró muchas veces en su vida.

—Estoy decidido—murmuró después de media hora.

Y salió de su casa, y se encaminó al Arrabal de San Martín.

—No me conviene entrar en la casa—dijo el noble hidalgo.

Y dió media vuelta y por otra calle se metió, retrocediendo luego y observando á su vez.

Paseábase lentamente el espía, y una de las veces que iba en dirección contraria al sitio donde se encontraba el señor Antonio, éste avanzó con rapidez, llegó á la casa, y como á medio abrir estaba la puerta, entró sin más miramiento y sin que lo viese el señor Antolín.

Una vez dentro de la morada de Antón, detúvose el buen hidalgo y dijo en voz alta:

—¿No hay nadie por aquí?

Inmediatamente asomó por una puerta la bellísima Consuelo, que mientras miraba sorprendida al señor Antonio, le preguntó:

—¿A quién buscáis, caballero?

—Al dueño de esta casa, á vuestro protector— respondió dulcemente el hidalgo—, y si su nombre no digo, es porque lo ignoro. Me parece que no estoy equivocado, hermosa niña, porque vos debéis ser la desgraciada criatura que sin amparo quedó y encontró amparo en el noble corazón del que hoy os sirve de padre.

Fácil es comprender la sorpresa con que estas palabras escucharía Consuelo.

—Aturdida se sintió, y no acertó á responder.

Otra sonrisa desplegó el noble hidalgo, y dijo.

—Si desconfiáis...

—No, caballero.

—Tranquila debéis estar desde el momento en que veis que no es á vos á quien busco. Verdad es que motivos tenéis para desconfiar de todo el mundo, si es que conocéis vuestra triste historia.

—¡Dios mío! ¿Quién sois?... Esperad...

Y turbada y confusa la inocente niña desapareció.

A los pocos momentos se presentó el veterano, cuya frente estaba contraída.

De pies á cabeza miró al señor Antonio, y luego le preguntó:

—¿A quién buscáis?

—A vos.

—¿Y sabéis quién soy?

—Sí—respondió sin vacilar el hidalgo.

—Pues según entiendo ignoráis mi nombre.

—¡El nombre!... ¿Qué me importa?

—De todas maneras entrad, que mi obligación es escuchar á los que quieren hablarme. Mi pobre hija tenía miedo...

—Vos no lo tenéis.

—Me llamo Antón Cañamero, y he sido soldado...

—Y vuestro valor está reconocido.

El veterano se encogió de hombros.

Entraron en el inmediato aposento.

El hidalgo miró la ventana, y dijo:

—Aquí no debemos hablar.

—¿Y por qué?

—Porque pueden escucharnos desde la calle.

—¿Quién ha de ocuparse de nosotros?

—Señor Antón, habéis visto mucho; pero aún os falta ver más.

—No os entiendo.

—Os agradeceré mucho que á otro aposento me llevéis, aunque sea á la cocina, ó al corral, y luego reconoceréis que mis precauciones son bien fundadas.

—Puesto que os empeñáis, vamos por aquí.

Y salieron de aquella habitación, yendo á otra, cuya ventana daba al corral.

Allí había dos sillas y una cama, la de Consuelo.

Sentaronse.

Volvieron á contemplarse.

Inmensa distancia había entre aquellos dos hombres, considerados bajo el punto de vista de su inteligencia; pero eran iguales si sólo á sus corazones se atendía.

No era difícil que se entendieran.

—Escucho—dijo Antón, puesto que otra cosa no podía decir.

Y fijó la mirada en el amante de doña Luz.

—Principiaré por contaros una historia, y si ya la conocéis, me lo diréis con la franqueza de los hombres honrados. Nunca habéis mentido, señor Antón.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Lo dice vuestro semblante, lo atestiguan vuestros ojos, donde veo la tranquilidad de una conciencia purísima.

—¡Vive Dios!... Si sois adivino...

—No.

—He dicho la verdad, nunca he mentado, y antes que mentir me arrancaré la lengua. Verdad es que así no he podido hacer fortuna.

—Con vuestra pobreza sois más dichoso que muchos con sus riquezas.

—A nadie envidio.

—Ya lo veo.

—Pero en fin, caballero, decíais que íbais á referirme una historia.

—Sí.

—Pues ya podéis principiar.

—Hubo una feliz mujer que se llamó Rosalía...

—¡Rayos!—exclamó Antón, cuya frente se contraía más de lo que estaba.

—¿Por qué os enfadáis?—preguntó tranquilamente el hidalgo.

—¡Por el inferno!... ¿Sois el amante de Rosalía?... No, no... Perdonad... Apenas tenéis treinta años, y cuando se cometió el abuso de que habláis, debíais ser un niño ó poco menos.

—No soy el seductor.

—Pero quizá vuestro padre...

—Honrado fué siempre.

—Entonces...

—Dejadme continuar.

—Si vais á referirme la historia de Rosalía...

—¿La conocéis?

—Sí.

—Estamos, pues, de acuerdo en que la engañó un miserable, cuyo nombre ignoraba la infeliz.

—De acuerdo estamos.

—Y que el resultado de aquel crimen fué esa pobre niña, á quien habéis amparo cuando se quedó sin el único apoyo que tenía, el de su anciano abuelo, que murió en los bosques del Escorial cuando se perseguía á los trabajadores que se amotinaron para pedir sus jornales.

—Sabéis mucho, caballero.

—Ignoro circunstancias de mucho interés.

—Lo que más importa...

—Es que Consuelo se quedó sin madre, que ignora quién es su padre, y que debe haber perdido lá esperanza de averiguarlo.

—Todo eso es verdad.

—Entonces podemos desde luego ocuparnos de lo presente.

—Perdonad—dijo Antón—; pero...

—Supongo que vais á preguntarme con qué derecho me meto en asuntos de vuestra vida privada.

—¡Rayos!... También adivináis los pensamientos.

—Es cosa natural que me hagáis esa pregunta.

—Pues bien, os la hago.

—Tengo que cumplir un deber.

—No lo dudo.

—Por coincidencias que conoceréis, porque así lo dispuso la Providencia, cuya mano omnipotente se ve en todo, conocí la triste historia de Rosalía. ¿Acaso ignoráis que aquella infeliz tuvo una amiga á quien confió el secreto de su desgracia?

—No lo ignoro.

—Pues esa amiga, por una serie se circuns-

tancias que no son del caso, entró en mi casa como sirviente, y en mi casa la tengo.

—Pues señor, me aturdistis, caballero—dijo Antón.

Y se movió en la silla como si no se encontrase bien.

—Los hombres honrados tenemos el deber de favorecer á los que sufren y son víctimas de la maldad.

—Claro es que sí.

—Y el deber me impuse de favorecer á la huérfana infeliz, que sin haber cometido ninguna falta, inocente y pura como un ángel, pagaba las culpas del autor de su existencia, del miserable que destrozó sin piedad el alma de su madre.

—Cuando se hace un beneficio desinteresadamente, experimentamos una satisfacción sin igual.

—¡Vive el cielo!...

—¿Por qué habéis amparado á esa niña infeliz? ¿Qué clase de interés os ha movido?

—¡Interés!—replicó el veterano, irguiendo la cabeza y fijando una mirada profunda en el señor Antonio.

—Pues si habeis cumplido ese deber que nadie os imponía más que vuestro corazón, ¿por qué negáis á los demás la virtud que vos tenéis?

—Nada he negado; pero...

—Desconfiáis de una persona que os es completamente desconocida.

—Nunca os he visto, caballero, y hasta vuestro nombre ignoro.

—Vuestra desconfianza no me ofende.

—Entonces...

—Pero de la rectitud de mis intenciones daré pruebas. Lo principal es que estemos de acuerdo en cuanto á la historia de esa pobre niña, pues todo lo demás lo arreglaremos fácilmente, porque no he de pedir os nada que os comprometa.

—Os diré la verdad, caballero, porque no he nacido para fingir.

—Eso me agrada mucho.

—Cada vez os entiendo menos... ¡Truenos y rayos!... Como no he cometido ningún crimen, no tengo por qué ocultar nada.

—Ya lo sé.

—Exactas son vuestras noticias en cuanto á los antecedentes de la pobre Consuelo, y verdad es también que yo la encontré junto al cadáver de su abuelo en el bosque del Castañar; que

me rebelé contra mi jefe, porque mis compañeros... ¡que el infierno me traguel—exclamó el veterano, cuyos ojos despidieron dos centellas. —No puedo con tranquilidad acordarme de aquel día. Los soldados acuchillaban cobardemente á los viejos, á las mujeres y á los niños, y yo, que he peleado noblemente en Gravelinas y en San Quintín, que he matado más franceses que días tiene el año, y que tengo el cuerpo cubierto de cicatrices, no había de manchar mi espada con la sangre de criaturas tan dédiles como inocentes. ¡Cuerpo de Lucifer! Todo se lo perdono á un hombre, absolutamente todo, menos los actos de cobardía. Pues como iba diciendo, encontramos á esa pobre criatura precisamente cuando en sus brazos acababa de expirar su abuelo, y figuráos cómo estaría... ¡Mil rayos!...

El buen Antón tuvo que interrumpirse, porque ahogado se sentía por la emoción.

Se puso en pie, dió algunos paseos por la estancia, se pasó las manos por la frente y volvió á sentarse.

Con admiración lo contemplaba el noble hidalgo, que murmuró:

—¡Corazón grande y noble!

El veterano prosiguió diciendo:

—Yo no podía creer que el rey hubiese mandado cometer aquellas crueldades.

Quirós se encogió de hombros.

—Y si lo había mandado—prosiguió diciendo Antón—no me consideré... En fin, no acierto á explicarme; pero sí puedo decir que la sangre se me subió á la cabeza cuando vi que los soldados, sin miramiento alguno... ¡Tripas de Lucifer!... ¿Por qué no me ha dado Dios más entendimiento?

El veterano se expresaba con la claridad que podía y la rudeza que le era propia.

El señor Antonio lo había entendido perfectamente.

—Verdad es—añadió el señor Antón—que yo no lo hice todo, porque Leandro me ayudó en cuanto pudo, arriesgó también la vida... ¡Pobre mancebol... Tiene más entendimiento que yo, y es valeroso, y... Pero no hará fortuna, porque le sucederá lo mismo que á mí. En fin; la pobre niña estuvo entre la vida y la muerte, y como al fin yo me había rebelado contra mi jefe, creí que harían una barbaridad conmigo; pero me equivoqué, porque el rey me llamó, y cuando le dije con muchísima claridad lo que había pasado y lo que yo sentía, en vez de enojarse, me señaló una

pensión para que me fuese posible atender con desahogo á las necesidades de Consuelo, y dijo que haría más, mucho más cuando ella se casase... ¡Oh!... Para hacer justicia...

—Felipe II, ¿no es verdad?—dijo el señor Antonio con ironía.

—Yo tengo la prueba.

—Continuad, si bien os parece.

—Nada más, porque á Madrid nos vinimos, y aquí estamos...

—¿Y ese Leandro á quien acabáis de nombrar?

—Lo quiero como si fuese mi hijo. El pobre, no sabiendo qué hacer, sentó plaza de soldado. También su historia tiene mucho interés.

Por algunos momentos quedó silencioso el hidalgo, y luego le dijo al señor Antón:

—¿Y no tenéis esperanza de averiguar quién fué el seductor de la pobre Rosalía, el padre de Consuelo?

—Ninguna esperanza, porque como debí cambiar de nombre, y no lo conocemos personalmente... ¡Rayos!... Y además, qué adelantáramos con averiguar quién es? Negaría, y no me quedaría más consuelo que el de matarlo, y... Ni siquiera, porque no he de derramar la sangre del padre de esa niña infeliz... ¡Fuego de Satanás!... ¡Ni siquiera podré vengar á Consuelo!

—Escuchadme ahora.

—Decid lo que se os antoje, caballero...

—Yo conozco al padre de esa niña.

—¡Que lo conocéis!—exclamó Antón, abriendo desmesuradamente los ojos y fijando una mirada de estupor en el hidalgo.

—Sí.

—¡Vive el cielo!... ¡Consuelo, Consuelo!—gritó Antón, asomándose á la puerta.

—¿Qué hacéis?

La joven acudió presurosamente.

El veterano, trastornado por la alegría, dijo:

—Mira á este caballero, míralo bien... Nos trae la dicha... Se interesa por tu suerte, y... conoce á tu padre.

—La joven exhaló un grito.

Con ansiedad inconcebible miró al señor Antonio.

Y sintiendo que las fuerzas le faltaban, se apoyó en el respaldo de una silla.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el hidalgo.—Acabáis de cometer una gran torpeza, señor Antón... ¿No comprendéis que á esta pobre criatura le hacéis sufrir?...

—Es verdad... ¡Mil rayos!... ¿Por qué no me habrá dado Dios más entendimiento?

Aún debía complicarse la situación.

Antes de que Consuelo recobrase la calma, ni pudiese decir más el hidalgo, presentóse Leandro, que acababa de llegar, y entró sin dar aviso, como siempre hacía, y porque se encontró la puerta de la casa entreabierta.

Antón, queriendo remediar el mal que había hecho, sin ocuparse de Leandro, le dijo á la joven:

—Pero ten entendido que este asunto es muy delicado, y que no debemos entregarnos á locas esperanzas; porque si bien es verdad que este caballero conoce á tu padre, verdad es también...

—Su padre!—exclamó Leandro sin poder contenerse.

—Sí, su padre, que es un caballero—dijo Antón—y como el rey quiere proteger á Consuelo... En fin, estoy aturdido... ¡Truenos y rayos!... Salid, hijos míos, porque tengo que seguir hablando de este asunto, y si cada cual dice lo que le ocurre, no nos entenderemos jamás.

Los dos jóvenes, sin atreverse á replicar, salieron.

El rostro de Leandro se había contraído violentamente.

Consuelo temblaba.

—Ya estoy sosegado—dijo Antón.

—A buena hora.

—Perdonad; pero...

—El mal no tiene importancia, pues consiste solamente en lo que pueda sufrir esa pobre niña si se desvanecen las esperanzas que le habéis hecho concebir.

—Y ya no podemos decir lo contrario.

—Escuchadme aún, porque lo más interesante no lo he dicho.

—Ya escucho.

—El padre de Consuelo es un miserable; es el más criminal de los hombres.

—Eso no me sorprende, porque quien hace lo que él hizo con Rosalía...

—Debe ser capaz de todo.

—Sí.

—Ha cometido grandes crímenes, y su situación es muy crítica, porque á todas horas se encuentra en peligro de que la justicia haga descubrimientos y le imponga el castigo que merece.

—Y con un rey como el que tenemos, tan amante de la justicia...

—Y cruel.

—Me ponéis en cuidado, porque un hombre así...

—Es muy difícil obligarlo á reconocer á su hija.

—¡Vive Dios!

—Y, además, hay la circunstancia de que está ciegamente enamorado de una dama ilustre...

—¡Eso más!...

—Y el reconocimiento de su hija sería un obstáculo más para la realización de sus deseos.

—Pues á pesar de todo eso...

—Hay más, señor Antón.

—¡Más todavía!

—El rey, no precisamente por el interés que le inspira Consuelo, sino para hacer sufrir á ese hombre, busca con afán las pruebas de la seducción de Rosalía.

—Y esas pruebas...

—No tenéis ninguna.

—Es verdad.

—Yo alguna tengo, porque la que fué amiga de Rosalía conoce al seductor.

—Entonces...

—Pero ese hombre criminal, que es muy astuto, ha comprendido que su hija es un estorbo, no solamente para su casamiento, sino para la realización de otros planes.

—¡Rayos!...

—Y busca á su hija, no para reconocerla.

—¡Caballero!...

—Y ha conseguido encontrarla.

—¡Por el infierno!—exclamó el veterano, de cuyos ojos se escaparon centellas.

—¿Entendéis ahora?

—Demasiado.

—Aunque no es muy rico el padre de Consuelo, tiene sobrados recursos para pagar criminales que lo sirvan, y en estos momentos hay uno que se ocupa de Consuelo más de lo que conviene.

—¡Fuego y centellas!...

—Dominad los arrebatos de vuestra cólera.

—¡Rayos!...

—Si no tenéis calma, todo se perderá.

—¡Oh!...

—Si el valor fuese bastante para conseguir lo que deseamos, ya estaría terminado este asunto; pero la lucha que ha principiado es una lucha de disimulo, de fingimiento, de astucia, y en este terreno es en el que hay que colocarse.

—Entiendo... Es decir... ¡Vive Dios!...

—Si queréis ayudarme, si en mí tenéis confianza, triunfaremos; pero si no habéis de poder dominaros, si no habéis de disimular, os abandonaré á vuestra suerte, porque no quiero entablar luchas para quedar derrotado.

—Sí, me dominaré, porque todo sabré hacerlo para favorecer á esa pobre niña, y os juro que nada haré sin vuestra licencia, que me concretaré á cumplir vuestras órdenes.

—Otro día os daré explicaciones sobre mi situación relativamente al padre de Consuelo.

—¿Y no me diréis quién es?

—Sí; pero ahora...

—Como bien os parezca.

—Me llamo Antonio de Quirós, y os lo digo para que hagáis averiguaciones con respecto á mí persona.

—Dios me libre de poner en duda vuestra honradez.

—Pero yo lo mando.

—Entonces...

—Hace muy poco tiempo que me establecí en la corte, pero son muchas las personas que me conocen ya y pueden daros noticias.

—Obedeceré.

—Ahora me acompañaréis hasta la puerta, miraréis á la calle, y cuando veáis que de espaldas á esta casa se encuentra un hombre de escasa estatura, flaco y amarillento, me avisaréis para que yo salga.

—¿Y ese hombre?...

—Señor Antón, me habéis prometido obedecer.

—Y cumplo lo que prometo.

—De ese hombre no digáis una palabra á Leandro hasta que otra vez hablemos, y cuidad de que vuestras conversaciones no sean escuchadas, así como os encargo que no dejéis sola á Consuelo, particularmente de noche.

—Ni un instante se separará de mí.

—Y á Leandro le aconsejaréis en mi nombre que, cuando vaya por las calles, que no se distraiga, como ayer se distraía, hasta el punto de no apercibirse de que otras personas iban tras él.

—Decís unas cosas...

—Buen Antón, volveré dentro de tres días, y, entre tanto, no adoptéis ninguna determinación y concretaos á observar á ese hombre flaco ó á cualquiera otro que ronde por aquí.

El veterano estaba aturcido.

Maquinalmente fué hasta la puerta.

El señor Antón seguía paseándose.

—Ahora—dijo Antón.

Y salió el noble hidalgo sin que tampoco le viese el espía.

CAPITULO XV

PRIMEROS RESULTADOS DE LO QUE HIZO QUIRÓS

Algunas veces creemos hacer un beneficio, y hacemos el mayor de los males.

Así le había sucedido al señor Antonio; quería favorecer á Consuelo, y la collocaba en situación más crítica.

Los efectos de su visita y las revelaciones que acababa de hacer, fueron los peores.

Como conocemos ya el amor de Leandro, sabemos que se había detenido ante consideraciones y escrúpulos exagerados quizás; pero de los que no podía prescindir.

Sabía que el rey había prometido protección á Consuelo para cuando ésta se casase, es decir, que la joven tendría un dote, sería rica relativamente á su situación, y Leandro era tan pobre, que para poder vivir honradamente había tenido que hacerse soldado.

Temió que se creyese que su amor era interesado y que un deseo de especulación lo impulsaba á casarse con la huérfana, y estas consideraciones fueron bastante para detenerlo y guardar cuidadosamente el secreto de su amor.

Un medio buscaba para resolver todas las dificultades, y caviló noche y día, creyendo al fin que había encontrado la solución del problema.

La solución consistía en imponer la condición de que el rey no supiera que se casaba Consuelo, y, por consiguiente, así se evitaría que la favoreciese con un dote.

Faltaba solamente que la joven correspondiera al amor de Leandro, y sobre este punto había empezado él á hacer observaciones.

Así aquellas dos criaturas que habían nacido la una para la otra, acercábanse y estaban en camino de realizar la dicha á que aspiraban, dicha que para ellos era suprema.

Empero se presentó el señor Antonio, declaró terminantemente que conocía al padre de Consuelo, y que éste, además de ser rico, era de noble clase.

La situación de la joven cambiaría completamente si su padre acababa por reconocerla, y la pobre huérfana de clase humilde, se convertiría repentinamente en ilustre dama.

¿Qué debía suceder entonces?



Leandro consideraría que un abismo lo separaba de aquella mujer, porque él continuaba siendo un pobre soldado, y para mayor desdicha no tenía ni siquiera un nombre plebeyo.

La fortuna de Consuelo era la desgracia para el hombre que la amaba tanto, y ambos hubieran podido ser felices si ella se encontrase en más triste situación, sin tener siquiera el amparo de Antón Cañamero.

¡Rica y noble!...

La dignidad de Leandro se levantaba para aconsejarle que huyese de aquella mujer.

No es posible concebir lo que sufrió cuando el señor Antonio dijo que conocía al padre de Consuelo.

En un instante se desvanecieron todas las esperanzas del joven enamorado.

Esfuerzos sobrehumanos hizo para dominarse y ocultar lo que sentía.

En cambio la joven sonreía y lloraba poseída de júbilo, porque esperaba conocer a su padre, y le halagaba también que cambiase su situación.

La alegría de Consuelo llenaba de amargura el alma de Leandro.

Y, sin embargo, éste debía también alegrarse, y se alegraba, porque no era egoísta, resultando así que a la vez sufría y gozaba sin que hubiera podido decir si era mayor el sufrimiento que el goce, sin que hubiera podido tampoco explicar el estado de su alma.

Estos sentimientos tan contrarios luchaban, producían un tormento horrible y un completo trastorno.

Nunca como entonces fueron confusas las ideas de Leandro.

En aquellos momentos le era imposible discutir con claridad, y, por consiguiente, no podía tampoco apreciar su situación.

Su rostro estaba pálido.

Extraño fulgor se escapaba de sus pupilas, y hablaba maquinalmente y se contradecía fácilmente.

Cuando a solas se encontró con la joven, ésta hacía comentarios sobre la nueva situación.

Leandro escuchaba, algunas veces no entendía, y otras contestaba con monosílabos ó frases vagas que nada querían decir.

Su distracción, su preocupación, la violencia que tenía que hacer para dominarse, pasaron desapercibidas para Consuelo, porque ésta estaba también demasiado preocupada.

Va sabemos que el señor Antonio abrevió en

cuanto le fué posible la conversación, porque entonces no le convenía dar más explicaciones, sino concretarse á poner sobre aviso al buen Cañamero, para evitar que don Juan de Guevara consumase algún abuso.

El veterano, completamente aturdido, entró en el aposento donde Consuelo y Leandro se encontraban, y exclamó:

—¡Por el infierno!... Si hoy no me vuelvo loco, milagro será... ¿Qué os parece de todo esto, hijos míos?... Pero no hay que tener esperanzas, porque en estos asuntos... ¿Me entendéis?

—¿Quién es mi padre?—preguntó afanosamente Consuelo.

Y Leandro volvió la cabeza y fijó una mirada de ansiedad indescriptible en el señor Antón, esperando oír el nombre de un ilustre personaje.

—No lo sé—dijo el veterano.

—¡Qué no lo sabéis!... Pues ese caballero, que asegúra...

—Si, hija mía, á tu padre conoce; pero no ha tenido por conveniente decirme más, y me parece que ha hecho muy bien, porque en este negocio hay tantos enredos y suceden tales cosas, que Dios sabe por donde acabaremos. Tu padre...

Se interrumpió el veterano, porque comprendió que iba á decir más de lo conveniente.

Leandro continuaba inmóvil como si se hubiese petrificado.

Pocos momentos después se arrugó su entrecejo.

La reserva del caballero que acababa de salir, las vacilaciones de Antón, aquella incertidumbre acrecentaban su tormento.

Misterios había sobrados en la existencia de Consuelo, y un misterio más se presentaba.

—No comprendo eso—dijo la joven.

—Yo tampoco; pero es claro que debemos estar muy agradecidos á ese caballero, porque nos favorece, porque quizás arrostra peligros para cumplir el deber que generosamente se impone, y porque... ¡Vive Dios!... Me parece que todo esto está muy claro. Ese caballero me ha dicho su nombre para que averigüemos todo lo que nos parezca conveniente, y tú, Leandro, me ayudarás. Se llama Antonio de Quirós, y...

—¡Quirós!—exclamó al fin el mancebo.

—¿Qué te sorprende?

—Es que no hace mucho tiempo que un caballero de ese mismo nombre fué acometido por unos asesinos y estuvo muy cerca de la muerte.

De este asunto se habló á todas horas, y en el Escorial oí muchas conversaciones sobre lo mismo.

—Pues ese debe ser.

—Nadie lo conocía entonces, y según dicen es muy rico y muy valeroso, y el rey se interesó tanto por él, que hizo venir al doctor Olivares, y éste fué quien consiguió salvarle la vida.

—Pues ya sabemos todo lo que necesitábamos, porque si tiene valor, no puede ser uno de esos hombres ruines que engañan con fingimientos y mentiras.

—Señor Antón, de la buena fe de ese caballero no dudo; pero hay que reconocer que su conducta es muy extraña; y como el asunto es tan delicado, como se trata de la suerte de Consuelo, de su felicidad, debemos ser muy prudentes.

—Leandro, tú tienes más entendimiento que yo.

—Si quiere hacer un beneficio á Consuelo y á su padre conoce, ¿por qué se muestra tan reservado?

—Sus razones tendrá.

—¿Y esas razones?...

—Las ignoro.

—Entonces...

—Leandro, no todo lo que se sabe puede decirse. Por de pronto me ha dado el señor de Quirós muy buenos consejos, y yo repetiría palabra por palabra cuanto me ha dicho; pero eres muy joven, te dejas arrebatar fácilmente, y Dios sabe las locuras que cometerías.

Estas palabras produjeron el efecto que era consiguiente.

El mancebo fijó una mirada de extrañeza en el veterano.

Ya no le quedó duda de que éste callaba algo de mucho interés.

Reflexionó algunos momentos.

Preguntar, pedir explicaciones claras y terminantes, era poner en mayor compromiso al veterano.

Además, ¿con qué derecho exigiría Leandro aquellas explicaciones?

Decidió mostrarse también reservado, y en pocos momentos trazó su plan de conducta.

Tenía Leandro una imaginación demasiado viva, y no necesitaba reflexionar mucho tiempo para adoptar las resoluciones por graves que fuesen.

—Escuchadme—dijo el veterano después de

algunos minutos.—Cuando un hombre promete una cosa tiene que cumplirla, y lo que he prometido á ese caballero lo cumpliré.

—Ese es vuestro deber.

—Por consiguiente, os diré lo que me ha dado licencia para decir; os daré las órdenes convenientes, y vosotros me obedeceréis. Primeramente Consuelo no se separará un sólo instante de mí, porque así lo exige la seguridad de su persona.

—¡La seguridad de su personal!—exclamó Leandro.—¿Qué peligros le amenazan á Consuelo?

Y sin poder contenerse, poniéndose en pie y acercándose al veterano, añadió impetuosamente el joven:

—Quiero saberlo, porque sin conocer esos peligros me será imposible defender á Consuelo. ¿No queréis que yo sea su hermano? ¿No me habéis obligado á desistir de mi propósito de ir á Flandes para que aquí pueda ayudaros á proteger á Consuelo?... Vos mismo, señor Antón, me habéis dado derecho para pedir estas explicaciones.

—Tienes muchísima razón, Leandro.

—Pues entonces...

—Pero es el caso que yo ignoro en qué consisten esos peligros.

—¡Oh!...

—Ya lo ves, te se sube la sangre á la cabeza con mucha facilidad.

—¿Tenéis vos mucha calma? Antes os vi arrebatado, y...

—Pero me dominé.

—Aún no me conocéis, señor Antón.

—¡Que no te conozco!... Te enciendes con tanta facilidad como la pólvora.

—Lo que acabéis de decir es demasiado grave.

—Ya lo sé, y por eso no se separará Consuelo de mí.

—¡Oh!...

—Sigue escuchando.

—Decid.

—El señor de Quirós te aconseja que cuando vayas por la calle, y particularmente de noche, no te distraigas hasta el punto de que ni siquiera ves á los que te siguen.

—¡Vive el cielo!

—Eso significa...

—Que me han seguido, que me acechan...

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo con acento de terror.

—¿Quién y por qué?... No tengo enemigos, y...

Calló Leandro, inclinó la cabeza y reflexionó.

Se le acercó Consuelo, le tomó una mano, se la estrechó, y le dijo con tono de la más tierna súplica.

—No salgas de tu vivienda durante la noche, no salgas... ¡Ahl...

—Tranquilízate—interrumpió el mancebo.

Y desplegó una sonrisa irónica, y su semblante cambió de expresión.

En un instante había recobrado la calma, por lo menos en apariencia.

—Fantasmas—dijo desdenosamente—no más que fantasmas; pero yo pondré en claro este misterio. ¿Quién se ocupa de mí? Soy un desdichado cuya suerte á nadie le interesa; y como á nadie le hice mal, no debo tener enemigos. Que me siguen... ¡Oh!... Peor para el que comete semejante abuso. Ya lo veis, señor Anton, estoy completamente tranquilo, y os prometo además tomar el consejo que me da el señor de Quirós.

—Pero no saldrás más que de día—dijo Consuelo.

—Siempre que me convenga.

—Te lo suplico...

—Nada temas, hermana mía, que no tan fácilmente se mata á un hombre.

—Pero...

—Haré lo posible para complacerte, y durante la noche no saldré sino en caso de absoluta necesidad.

Esta promesa no tenía ningún valor, porque la necesidad de salir era el mismo Leandro quien había de apreciarla.

—Continuad—le dijo el mancebo al señor Antón.

—Nada más por hoy, nada más. Dentro de tres días volverá ese caballero, y me parece que entonces saldremos de dudas.

—Está bien.

Después de lo que acababa de decir el veterano, Consuelo no se atrevió á pedir más explicaciones.

Aquella situación era de tal naturaleza, que no había medio de continuar la conversación, y también Leandro deseaba estar solo para meditar detenidamente.

Hasta entonces no había tenido que luchar

con ningún enemigo, y sin embargo para la lucha tenía todas las condiciones.

El carácter, la manera de ser de la criatura, se determinan muchas veces por una circunstancia cualquiera.

Antes no hubiera podido decirse con seguridad lo que era Leandro, lo que valía; pero desde aquella mañana habían de manifestarse con toda claridad sus condiciones morales.

Dirigió las más dulces palabras á Consuelo, prometió al veterano ser muy prudente, y despidiéndose salió.

Hasta la puerta lo siguieron el señor Antón y la desgraciada niña.

Apenas Leandro estuvo en la calle, miró á todos lados y vió al señor Antón, que acababa de separarse de la ventana, y que después de vacilar un momento, se alejó paso entre paso.

—Parece—dijo para sí el mancebo—que ese hombre se había detenido aquí... Veamos.

Y siguió tras el espía.

Entretanto el señor Antón se inclinaba, y en voz baja decía á la huérfana:

—Mira bien á ese hombre.

—Ya lo veo.

—Guárdate de él.

—¡Que me guarde!

—Sí; pero nada le digas á Leandro, porque se le subiría la sangre á la cabeza y tendríamos algún disgusto.

La frente de Consuelo se contrajo.

Cuando entraron en la casa le preguntó á su protector:

—¿Quién es ese hombre?

—No lo sé.

—Entonces...

—¿Nunca lo has visto por aquí?

—Ayer cuando volvisteis se detuvo frente á nuestra casa.

—¡Oh!...

—Por casualidad fijé la atención en él, y si ahora lo he reconocido, es porque no se parece á nadie.

—Está bien—murmuró Antón, empezando á pasearse y mientras cavilaba en vano para comprender lo que aquello significaba.

—Padre mío—dijo la huérfana después de algunos minutos—, convendría que me diérais más explicaciones, porque para guardarse de un peligro es menester conocerlo.

—Tienes mucha razón.

—Pues entonces...

—Pero es el caso que á mí me sucede lo mismo que á ti, porque el señor de Quirós no me ha dado explicaciones, y no me ha dicho más sino que á ninguna hora me separe de ti, y que tengamos mucho cuidado con ese hombre amarillento.

—Apenas nos ha visto...

—Sí, se ha separado de esta casa.

—Y tras él se ha ido Leandro.

—Por casualidad,

—No estoy tranquila.

—Yo sí.

—Rodeados de enemigos, y entre la oscuridad de los misterios...

—¡Fuego del inferno!—exclamó el veterano, cuyos ojos despedían centellas.—Debes estar tranquila como yo lo estoy.

—Pero...

—¿Acaso no valgo nada?... ¡Cien legiones!... Mientras yo viva nadie te ofenderá. A tu lado estaré, y si algo intentan contra ti, claro es que he de verlo, y entonces... ¡Vive Dios!... ¿Has olvidado que en el Escorial hice frente á todos mis compañeros y ninguno se atrevió á poner las manos sobre ti?... Consuelo, me parece que además de ser prudentes debemos ser astutos.

—Nada podemos hacer, porque en realidad no conocemos la situación.

—Observaremos sin mostrar desconfianza, y así nuestros enemigos se alentarán y acabarán por descubrirse.

—Y parece—repuso tímidamente la joven—que todo esto tiene relación con mi padre.

—¡Tu padre!—murmuró Cañamero con voz reconcentrada.

—Vive, quizás me conoce...

—Consuelo—replicó arrebatadamente el veterano—tu padre es...

Interrumpióse Antón.

—¿Quién es, quién es?—preguntó ansiosamente la pobre niña.

—No iba á decir su nombre, porque lo ignoro.

—Sí, sí.

—Lo que iba á decir, era que tu padre continúa siendo un desalmado.

Consuelo exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Lo que hizo con tu madre lo sabes ya, y por consiguiente nada bueno debes esperar de él.

Algunas lágrimas corrieron por las mejillas de la huérfana.

—¡Que el infierno me trague!—exclamó el veterano mientras recorría el aposento como una fiera enjaulada, y apretaba los puños.—Te hago llorar... Soy un estúpido... He debido sujetar la lengua y no sufrirías como sufres... Tengo la culpa de todo esto, porque te llamé cuando hablaba con Quirós; pero remediaré mi falta, y desde hoy cumpliré mi deber sin que me detenga ante ninguna consideración.

—No, padre mío, no sois vos quien me hace llorar, sino mi desdicha, que me persigue desde que nací. Me habéis amparado y vuestra generosidad ha de costaros muchos sufrimientos, porque la desgracia va conmigo. Abandonadme, padre mío, y huid de mí como se huye de un leproso...

—¡Consuelo!—gritó fuera de sí el veterano.

—No lo dudéis.

—¡Por Satanás!... ¿Quieres desesperarme?

—¡Ah!...

—Soy muy bruto... ¿Por qué no me ha dado Dios más entendimiento?

—Os sobra corazón...

—¡Corazón!...

—¡Padre mío!—exclamó la joven.

—Y se puso en pie, se acercó al veterano, lo abrazó y lo besó mil veces con infinita ternura.

—Déjame... ¡Vive Dios!... Que me ahogas... ¡Mil ravsos!... ¿No ves que me haces llorar?... Consuelo, el llanto sienta mal en los hombres... ¡Oh!...

No pudo continuar el veterano.

Sus ojos se habían humedecido.

Cuando se desprendió de los brazos de Consuelo, no la habitación, sino toda la casa empezó á recorrer.

Necesitaba moverse, agitarse, gastar las fuerzas excesivas de su excitación, de su desesperación.

Entretanto, Consuelo meditaba.

—No podía comprender la situación.

—Si su padre vivía y lo conocía el señor Antonio, ¿por qué éste se mostraba tan reservado?

¿Y qué papel representaba el hombre flaco de rostro amarillento, que rondaba por allí?

No era posible que Consuelo encontrase explicación.

Inútilmente cavilaba.

Preciso le fué resignarse y esperar los sucesos.

¿Y qué clase de peligros amenazaban á Leandro?

Esto era quizás lo que en mayor cuidado po-

nía á la infeliz joven, porque amaba con toda la intensidad de que era susceptible su corazón.

La dejaremos para seguir á Leandro, en quien tenemos que fijar particularmente la atención.

CAPITULO XVI

DE CÓMO LEANDRO SE CONVENCÍO DE QUE HABÍA HOMBRES QUE VALÍAN MÁS DE LO QUE ÉL IMAGINABA.

Ya hemos dicho que el espía se alejó, y que Leandro se fué tras él.

No podía el mancebo sospechar que aquel hombre fuese un enemigo; pero sí le pareció que para poner en claro el misterio de cuanto acababa de suceder, debía fijar la atención en todo, hasta en los detalles que ninguna importancia tuviesen en apariencia.

Al salir vió á un hombre, que parecía estar parado junto á la casa de Antón, y Leandro dijo para sí:

—Bien puede ser que éste represente algún papel en la intriga misteriosa que desconozco. Lo seguiré y examinaré detenidamente, porque ningún trabajo me cuesta.

Y arreglando su paso al del señor Antolín, siguió calle abajo hacia el arroyo del Arenal.

El aspecto del espía no hablaba en su favor, y esta circunstancia no pasó desapercibida para el mancebo.

—He aquí lo que son las casualidades—pensaba el señor Antolín—: me alejo para no llamar la atención, y tomo el mismo camino que debe seguir este mozo, resultando que sin querer me sigue, lo mismo que yo hice ayer, aunque con toda intención.

Al llegar al arroyo ó barranco, volvió á la derecha.

Cinco minutos después encontrábase en el sitio conocido por los Caños del Peral.

De reojo miró, y vió que detrás de él iba Leandro todavía.

A pesar de toda su astucia, siguió creyendo que esto era una casualidad.

Por la calle del Tesoro tomó el señor Antolín, y salió á la explanada que se extendía ante el Alcázar Real, y que hoy, más ensanchada y con distinta forma, conocemos con el nombre de plaza de Oriente.

Por allí vagó como quien otra cosa no tiene que hacer.

También empezó á vagar Leandro, lo cual

no tenía nada de particular, porque otras muchas personas andaban también por allí.

Pocos minutos después el señor Antolín se sentó en una piedra á poca distancia de la tapia de la huerta de la Pricra.

El mancebo siguió paseando.

—Ya empieza á disgustarme esta casualidad—dijo el señor Antolín.

Empero no se inquietó.

Parecía meditabundo, y de vez en cuando cambiaba de postura.

Luego empezó á bostezar.

Representaba admirablemente el papel de quien no tiene nada en qué ocuparse.

Por fin se levantó, atravesó la plaza, subió á los altos de San Nicolás, y cuando llegó á la calle de la Almudena, metióse en un bodegón con ánimo de comer allí.

Si en realidad Leandro lo espiaba, debía encontrarlo al salir.

Pero el mancebo, como aún no comprendía la importancia que tenía para él aquel hombre, determinó alejarse, y á su casa se fué para meditar sobre su situación.

Una vez en su estrecho y mísero aposento, dijo:

—Quizás mi suerte va á decidirse ahora, y bien puede ser que todo dependa de los primeros pasos que yo dé.

Empezó á recordar su pasada vida y su situación presente. Todo era triste, tristísimo.

También en su existencia había un misterio. ¿Debía esperar que su situación mejorase?

Sí, esperanza tenía; pero no en el sentido que otro cualquiera le hubiese abrigado, sino porque creía que en fuerza de tiempo, de constancia y de arriesgar la vida, moriría ó haría fortuna.

Con este fin, á más de lo precario de su situación, había sentado plaza de soldado.

Empero el soldado no hace fortuna sino en la guerra.

Según hemos visto, el mancebo tenía proyectado pedir que se le destinase al ejército que en Flandes se batía; pero antes de que así lo hiciese, encontró á Consuelo, la amó, y desesperado porque no creía que su amor fuese correspondido, tuvo mayor empeño en alejarse, no ya precisamente para buscar la fortuna, sino la muerte.

Antón, con la autoridad de sus años y la que le daban antecedentes que oportunamente conoceremos, se opuso, y Leandro tuvo que someterse.

¿Qué debía esperar desde entonces?

Nada para su amor, puesto que creía que Consuelo no había de amarle sino como á un hermano se ama, y en cuanto á su porvenir, pobre soldado, lejos de los campos de batalla, en la pacífica corte y sin grandes influencias que lo protegiesen, su porvenir había de ser el de un desdichado.

Como si todo esto no fuese bastante, tuvieron lugar los últimos sucesos que hemos referido, y vió Leandro que era posible y hasta probable que Consuelo cambiase repentinamente de situación, y que la pobre huérfana, sin nombre ni fortuna, se convirtiese en dama ilustre y rica heredera.

Así se abriría un abismo entre los dos jóvenes, abismo que él no podría salvar, sino olvidando su dignidad, ahogando los sentimientos de noble orgullo que había en su alma.

Antes hubiera consentido morir que dar motivo para que se creyese que quería especular con su corazón.

Pero siempre amaba á Consuelo, y había jurado protegerla, y quería cumplir su juramento.

Leandro no era egoísta, porque el egoísmo es imposible en las almas nobles.

Quizás para él sería el tormento más horrible la dicha de Consuelo, no porque envidiase la fortuna de ésta, sino porque la viese en brazo de otro, amándolo con delirio.

¡Pobre mancebo!

Pocas situaciones pueden imaginarse como la suya.

De todas maneras quería luchar, porque así se lo mandaban su corazón y su dignidad.

¿Qué haría?

Ante todo, necesitaba conocer la situación, saber con seguridad dónde estaban los enemigos y quiénes eran, y conocer á los verdaderos amigos.

No tenía bastantes antecedentes para adoptar una resolución, ni sabía á qué atenerse con seguridad en cuanto al hombre misterioso que se había presentado al señor Antón.

Por espacio de tres horas reflexionó muy detenidamente el mancebo, y al fin exclamó:

—¡Saldré de dudas!

Ya estaba decidido y no debía retroceder.

No quiso esperar al día siguiente, y aquella misma tarde salió de su casa y se encaminó á la del señor Antonio, donde entró, diciéndole al portero:

—Tengo necesidad de hablar al señor de Quirós para un asunto de interés.

De pies á cabeza miró el portero á Leandro, y le respondió:

—Pues subid, que arriba os dirán si á mi señor podéis ver.

El ropaje del pobre soldado no era el más á propósito para que se le abriesen las puertas de ciertas casas; pero los criados del señor Antonio de Quirós no se parecían á los demás, y atentamente recibieron y contestaron al joven, diciéndole que esperase.

Pocos momentos después lo introducían en una cámara amueblada con riqueza y severidad.

Allí se encontraba el amante de doña Luz.

Apenas vió á Leandro, le reconoció.

No podía ocultársele que iba para hablar del grave asunto que tanto interesaba á Consuelo.

Una dulce sonrisa desplegó el señor Antonio, y como si tratase con una persona distinguida se puso en pie y dijo:

—Acercáos y sentáos... Os agradezco esta visita y espero que sea el principio de cordiales relaciones entre nosotros.

No esperaba Leandro ser recibido así ni mucho menos, y sorprendido quedó; pero no se aturdió hasta el punto de no acertar á corresponder con la misma cortesía.

A pesar de pertenecer á la más humilde clase y de su extremada pobreza, había en el aspecto de Leandro cierta distinción, y su lenguaje no era el de la gente ruda.

Esto tenía su explicación clara y sencilla, y la daremos cuando sea conveniente que el lector conozca la historia del infeliz mancebo.

—Caballero—dijo—, debo pedir os perdón...

—¿Y por qué?—preguntó sencillamente el hidalgo.

—A vuestra casa vengo para molestaros con asuntos de mi interés, y como no me honro con vuestra amistad, ni tengo ningún título que derecho me dé á vuestra benevolencia...

—Señor Leandro—interrumpió Quirós—, para tranquilizáos os diré que vuestra visita no me sorprende.

—¿La esperábais?

—Sí—dijo sin vacilar y con tono de sencillez el señor Antonio.

—No me conocéis.

—Os he visto en la vivienda del señor Antón.

—Como hubiérais podido ver á cualquiera otra persona.

—No.

—Allí habéis ido para un asunto...

—De mucha importancia.

—Y que aparentemente nada tiene que ver conmigo.

—Mucho.

—¡Caballero!...

—A mi pesar he de sorprenderos otra vez— dijo el amante de doña Luz con la tranquilidad inalterable que lo caracterizaba.

—Escucho.

—Adivino vuestra situación en la parte que tiene más interés.

Leandro guardó silencio; pero su mirada se fijó con ansiedad en el hidalgo.

Este prosiguió diciendo:

—Sufrís mucho.

—No lo niego; porque el sufrimiento no es una deshonra.

—Por el contrario, es lo que más ennoblece á la criatura, si no le falta el valor para aceptar la desgracia y luchar frente á frente. Por primera vez y por algunos momentos no más os he visto en la morada del veterano; pero ¡cuánto me ha dicho vuestro semblantel... No sospechábais que entonces tenáis el alma en los ojos y que yo veía vuestra alma con todas sus angustias, con su ansiedad inconcebible y con la borrasca espantosa que la agita, y ahora...

—¡Ah! .

—Ahora también... ¿Por qué os esforzáis para disimular, para ocultar lo que sentís?... Os mortificáis en vano... Para averiguar habéis venido, para penetrar un misterio, del que depende vuestro reposo, vuestra felicidad, y está sucediendo todo lo contrario; porque yo soy quien el misterio penetra, y si antes sospeché, ahora veo y mis dudas se disipan... ¿Por qué arrugáis el entrecejo, señor Leandro?... ¿Os desagrada que yo penetre en vuestra alma y la conozca hasta lo más recóndito? La culpa no es mía, sino de vuestros pocos años, de la fogosidad de vuestro carácter, de vuestra vehemencia. Mucho valeis; pero es menester que aprendáis mucho. Esta es la primera lucha que entabláis, y lo hacéis como guerrero novel, dejándoos llevar de los ímpetus de vuestro corazón ardiente y valeroso.

Leandro no acertaba á responder.

Miraba con asombro al hidalgo.

Este sonreía levemente, y después de algunos momentos, dijo:

—Os convencereis de que no me equivoco si

reflexionáis algunos momentos. Y si no decidme cómo pensábais justificar esta visita que me hacéis, y que yo os agradezco mucho. Habéis venido para preguntarme, para averiguar, y á nadie se le pregunta sin decirle por qué, y menos á un desconocido; á nadie se le pregunta sin presentarle la prueba de que hay derecho para exigir explicaciones sobre el punto de que se trata.

—¡Oh!...

—No os reconvegno, señor Leandro, sino que me tomo la libertad de daros un consejo.

—El interés que me inspira la pobre huérfana protegida por el señor Antón...

—¿No sois su pariente?

—Soy su amigo.

—Y podéis defenderla si alguien la ofende; pero la amistad no os autoriza para dar este paso, á menos que esa pobre niña no contara con la protección de nadie; pero tiene al buen Antón...

Confuso se sintió el mancebo.

He ahí lo que no habéis previsto; pues si yo os contestaba que no os conocía y que no me creía obligado á daros explicaciones de un asunto que no es vuestro, hubiérais tenido que dejarme sin conseguir otra cosa que quedar en una situación difícil, á menos que cometierais la locura de apelar á las amenazas, de intentar violencias.

—No, caballero.

—Yo podía deciros: «Si tan amigos sois de Antón y su protegida, que ellos os den explicaciones.»

Esforzábase el mancebo para dominar su agitación.

—Pues bien—dijo, cambiando de tono—, vos mismo me habéis dado derecho para interpelaros.

—¡Yol

—Sí.

—¿Y cómo?

—Puesto que os habéis ocupado de mí, haciéndome cierta clase de advertencias por medio de Antón...

—Perdonad; pero si vamos por la calle y yo distraído no veo que voy á caer en un pozo y me advertís el peligro, me parece que vuestra advertencia no me da derecho para interpelaros, sino que me impone la obligación de agradecer el beneficio, y nada más.

—Esa comparación...

—Vereis cómo es exacta.

—Me parece que no.

—Anoche vi que os seguía un hombre y que no os perdió de vista hasta que entrásteis en vuestra casa, y como el aspecto del espía no era tranquilizador, me ha parecido bien haceros la advertencia.

—Cuando eso visteis...

—Yo debí seguiros también, ¿no es verdad?

—Es cosa clara.

—Pues os equivocáis.

—Si hasta mi casa fuisteis...

—Yo espiaba al espía.

—Vuestros razonamientos...

—No me propongo otro fin que convenceros de que vuestra es la culpa si he adivinado lo que en vuestro interior pasa.

—Pues bien—dijo arrebataadamente el mancebo—, sufro, soy muy desgraciado, y mi sufrimiento...

—Puedo apreciarlo como nadie lo apreciaría.

—¡Ah!...

—Hablad con franqueza, decid cuanto se os antoje, y luego os probaré que no puedo mirar con indiferencia vuestra suerte.

—Gracias, caballero.

—Habeis venido para hacer averiguaciones, para que yo os explique lo que al buen Antón no he querido explicar.

—Sí.

—Quizá no os conviene salir de dudas.

—Si es que no conocéis mi situación...

—No he dicho que la conozco, sino que adivino el por qué de algunos de vuestros sufrimientos.

—Pues si mis dudas no pongo en claro, me será imposible adoptar con acierto una resolución.

El señor Antonio fijó una mirada escudriñadora en el mancebo y le dijo después de algunos minutos:

—Sentiré equivocarme.

—¿Sobre qué?

—Después lo sabreis.

—Es imposible que yo os inspire confianza para que me habléis con toda la franqueza que deseo.

—No es eso lo que me detiene.

—¿Pues qué?

—Vuestra juventud, vuestra vehemencia, como antes os he dicho, y dudo si tendréis bastante fuerza de voluntad para dominaros y tener la calma que se necesita.

—Os lo prometo.

—Quizá tengais que pasar por pruebas muy duras.

—Fuerzas me sobran para todo.

—Lo veremos.

—Explicaos, os lo suplico.

—Jurad que guardaréis el secreto de cuanto voy á deciros, que lo guardaréis para todo el mundo, que disimularéis y no haréis más que lo que haríais si no supiéseis lo que voy á deciros.

—Lo juro por la memoria de mi madre, que en el cielo está—dijo Leandro mientras colocaba la diestra sobre su corazón.

—Ya estoy tranquilo.

—Ahora...

—Escuchadme.

—Con toda mi alma.

—Amáis á la huérfana...

—¡Caballero!

—Y tan profundo es vuestro amor, que no puede acabar sino con la vida... ¿Lo negaréis?

—Sí, la amo.

—¿Y no os corresponde Consuelo?

Esta pregunta produjo en Leandro un efecto inexplicable.

No acertó á responder.

Pálido se tornó su rostro.

Se contrajo su frente.

El señor Antonio le dijo, siempre con la misma calma:

—Dudais, ¿no es verdad?

—Sí, señor... ¡Oh!... Consuelo me ama como puede amarse á un hermano; pero no siente como yo, no hay en su pecho una hoguera como la que devora el mío.

—¿Os lo ha dicho ella?

—No me lo ha dicho; pero...

—Lo habeis adivinado.

—Sí.

—¿Y estais seguro de no haberos equivocado?

—No lo sé... ¡Oh!... Si para salir de dudas fuese preciso...

—Observar: he ahí todo lo que se necesita.

—Además, yo soy un desdichado, sin más recursos ni fortuna que mi espada y mi honradez, ni otro caudal que el de mis tristes recuerdos, sin otra esperanza que la de morir olvidado entre el estruendo de las batallas, y Consuelo...

—Es pobre.

—El rey ha prometido protegerla, y relativamente á su situación debe considerarse rica. Si el rey la dota, como parece que hará...

—Comprendo.

—Mi dignidad...

—Y ahora os sale al encuentro otro enemigo.

—Sí, el padre de Consuelo, que es un personaje, que es rico, según vos decís.

—Y como entre dudas y temores, y exagerando la dignidad habéis ocultado vuestro amor, si ahora lo manifestáseis precisamente cuando hay probabilidades de que cambie la situación de Consuelo...

—Se creería que quiero especular, y yo, aunque pobre y desvalido, tengo el alma bastante grande, tengo soberbia bastante para despreciar el oro de los ricos, y reirme de su vanidad y de esa nobleza que no ganaron, sino que heredaron consignada en un trozo de pergamino.

—Bien, señor Leandro, muy bien.

—Ahora comprenderéis todo lo crítico y horrible de mi situación.

—Está comprendido.

—Y si efectivamente el padre de Consuelo es un hombre distinguido y dueño de riquezas...

—Perdonad—interrumpió el señor Antonio, volviendo a mirar de pies a cabeza al mancebo.

—¿Qué queréis?

—Obsérvo una cosa que me llama mucho la atención, que me sorprende.

—Si yo puedo explicarla...

—Sí.

—Preguntad, que os responderé con franqueza.

—Sois un pobre soldado.

—Ya lo veis.

—Supongo que al emprender la carrera de las armas no habéis buscado solamente gloria, sino también recursos para vivir.

—No os equivocáis.

—Es decir, que vuestra situación era muy triste, que no heredásteis bienes de fortuna, no tenéis padres...

—Ni parientes, ni amigos.

—Parece también que no pertenecéis a la clase que se llama noble, y según habláis de lo triste de vuestros recuerdos, nunca debió sonreiros la fortuna.

—Siempre fui desgraciado.

—Pues si no habéis sido rico, no han podido daros cierta clase de educación, y si no sois noble, habréis estado siempre entre gente ruda, y sin embargo, os expresáis como quien tiene la costumbre de tratar con personas de elevada clase, ó quien ha sido educado con cierta delicadeza.

Vivo carmín tiñó las mejillas del mancebo.

Pareció que se turbaba.

—¿Os avergonzáis?—le dijo el señor Antonio.

—No, caballero, porque no puede avergonzarse quien ha sido honrado.

—A pesar de eso...

—Es que mis recuerdos...

—No soy curioso—interrumpió el amante de doña Luz, y me basta con lo que adivino. Vuestra existencia no es menos misteriosa que el asunto que nos ocupa: pero debéis pensar que vos no podéis ser responsable de las faltas que otros cometieron. Si no tenéis un nombre ilustre, ni plebeyo, ni siquiera...

—¡Oh!...

—En el mismo caso se encuentra la pobre Consuelo, y precisamente por eso me interesa más su suerte. Lo demás está comprendido: en vuestra infancia estuvisteis entre personas de distinción, aprendisteis su lenguaje y desenvolvieron en vuestra alma los sentimientos delicados que no podéis ahogar. Lo que se aprende en la niñez jamás se olvida, y de las impresiones que recibimos cuando empezamos a tener uso de razón, siempre queda algo, y ese algo no se borra. Os educaron como se educa a los ricos y a los nobles, y esto es una de vuestras grandes desgracias, la mayor quizás, porque luego tuvisteis que descender y sufrís mucho, y no acabáis de aceptar vuestra nueva situación.

Leandro inclinó la cabeza.

Estaba profundamente conmovido.

Quería hacer averiguaciones, y el señor Antonio era quien las hacía sin tomarse la molestia de preguntar; quería que le revelase secretos, y él era quien los revelaba.

Nunca había imaginado que hubiese un hombre que tanto valiese, y como se encontró con lo que no esperaba, sorprendióse y se sintió aturrido. Desde que se dieron principio a la conversación, el señor Antonio no había dicho nada que explicase su proceder extraño, y el mancebo se había visto obligado a decir mucho.

—¿Os convencéis ahora?—dijo el hidalgo después de algunos momentos.

—Y de qué he de convencerme?

—De que os habéis dejado llevar de las primeras impresiones, y habéis venido a verme sin saber cómo habíais de arreglaros en el caso de que sucediese lo que sucediendo está.

—Basta, caballero, basta: vuestra superioridad la reconozco...

—También en eso os equivocáis, puesto que no valgo más que vos.

—Sí, sí.

—Señor Leandro, os mortifico; pero es por vuestro bien. Me habéis dicho mucho, y yo nada os he dicho.

—¡Vive el cielol... Sois el primer hombre que me ha dominado.

—No soy yo, son las circunstancias; y por más que os admire, os diré que vuestra propia situación no la conocéis vos mismo.

—Tal vez.

—Ya no os atrevéis á negar.

—No, no me atrevo.

—Pues bien, nos ocuparemos de la huérfana, y se disiparán vuestras dudas.

—Y vos conoceréis mi triste historia, porque para vos no quiero guardar secretos.

—Tiempo nos sobra para todo.

—Mandad y os obedeceré; y si me decís que es preciso sacrificar la vida...

—No vacilaréis, ya lo sé.

—Escucho con la atención que merecen vuestras palabras.

—Voy á principiar por lo que parece que nada os importa.

—Me preparáis otra sorpresa, ¿no es verdad?

—Todo es posible.

—Si yo pudiera conoceros como vos á mí...

—Me conoceréis antes de que concluya esta conversación.

—Perdonad; pero la duda...

—Escuchadme, señor Leandro.

—Hablad.

El mancebo fijó una mirada ardiente en el hidalgo.

—Este dijo:

—Yo también amo con delirio, y tengo un rival.

—Poco deben importar los rivales á hombres como vos.

—Sin embargo, don Luis de Guzmán me niega la mano de su hija, que es la mujer á quien adoro, y no se funda más sino en que quiere que el esposo de su hija tenga, además de nobleza, de cuna y riquezas, una de esas posiciones deslumbradoras que halagan la vanidad.

—Comprendo.

—No soy cortesano ni lo seré; me sobra el dinero, no quiero rebajarme á ser criado de nadie, aunque mi amo hubiera de ser un rey.

—Porque os sobra dignidad.

—Hay un caballero, mi rival, cuyo patrimonio está muy quebrantado, y que es además ambicioso, intrigante, adulator.

—Un miserable.

—Sí, uno de esos desdichados que se levantan sobre los pequeños, humillándose ante los grandes. Ha solicitado un empleo en la servidumbre real, y para conseguirlo, ofreció al monarca presentar las pruebas de cierta desgraciada conspiración, tramada en favor de los flamencos.

—Un delator...

—Un Judas, puesto que ha fingido servir á los conspiradores...

—¡Vive el cielol...

—¿Os indignáis?

—Ese hombre vil...

—Tened calma.

—Una maldad tan repugnante...

—Y os advierto, señor Leandro, que lo que diciendo estoy, es un secreto de Estado. ¿Lo entendéis?

—¡Un secreto de Estado!—murmuró el joven.

—Sí.

—¡Ohl...

—Otro día os referiré las peripecias de este asunto, y sabréis el por qué no ha podido el traidor presentar la prueba que condenaba á los conspiradores; pero es el caso que el noble don Luis, ignorante de todo esto, sabiendo únicamente que al otro se le iba á conceder un empleo de cierta clase, le prometió la mano de su hija.

—Pero don Luis de Guzmán, á pesar de todas sus extravagancias...

—Tiene un alma noble y honrada.

—Cuando conozca esa horrible intriga...

—Antes de conocerla ha sucedido que el traidor, no atreviéndose á ponerse frente á mí, buscó asesinos, los pagó con largueza...

—Todo lo comprendo.

—Si sabéis que fui mortalmente herido frente á la casa de don Luis...

—No hay quien lo ignore, porque la desgracia dió mucho que hablar, y sé que el rey mandó que su médico os visitase.

—Y al doctor Olivares le debo la vida.

—¿La justicia ha conseguido descubrir á los criminales?

—No.

—Pero como vos los conocéis...

—Yo no he de ser quien delate á mi rival,

porque él mismo, no lo dudéis, se prepara el castigo.

—Y con tanta calma habláis de este asunto..

—Y encuentro diariamente al asesino, y aunque lo miro con desprecio, no hago más.

—¡Ah!... sois un hombre extraordinario...

—Os hablo de esto para que aprendáis á dominaros, á tener calma, y si no os sentís con fuerzas para hacer lo mismo que yo, decídmelo, y en este momento darán fin nuestras relaciones.

—Sí, fuerzas tendré—dijo sin vacilar el mancebo.

—La historia de ese hombre es una serie de crímenes por el estilo del que acabáis de oír.

—Y el mundo lo respetará...

—Sí.

—Y el rey lo protegerá.

—Lo que hará el rey nadie puede adivinarlo, porque en su alma tenebrosa no hay mirada que pueda penetrar.

—Sí, sus resoluciones son siempre las que nadie espera, y el ejemplo lo tenéis en lo que ha sucedido con Antón.

—El criminal está locamente enamora lo de la hija de don Luis, y hará cuanto es imaginable para realizar su anhelo.

—Indudablemente.

—Figuráos anora que ese hombre tiene que cumplir un deber, y que su cumplimiento es un estorbo más para llegar á casarse con doña Luz.

—No cumpliría el deber.

—Pues ese será uno de tantos inconvenientes que han de levantarse ante nosotros para que Consuelo sea reconocida por su padre.

Leandro fijó una mirada de extrañeza en el señor Antonio, y replicó:

—¿Queréis decirme qué tiene que ver Consuelo con la historia que acabáis de referir?

—¿No lo adivináis?

—Confieso mi torpeza.

—¿Sabéis quién es don Juan de Guevara?

—He tenido ocasión de conocerlo en el Escorial: es un caballero que siempre se encontraba entre los cortesanos y cerca del rey.

—Pues ese es el traidor.

—¡Don Juan!...

—Sí.

—¡Por Dios vivol...

—Y don Juan de Guevara es también el padre de Consuelo.

Como impulsado por un resorte se puso en pie Leandro.

Relumbraron sus negros ojos como carbunclos.

Lo que sintió no es posible explicarlo.

Quedó inmóvil.

Su mirada se fijó con estupor en el señor Antonio.

No pudo articular una sílaba.

Aunque confusamente, comprendía toda la trascendencia de lo que acababa de decir el hidalgo.

—¿Consuelo hija de un miserable!

Esto era horrible.

Pasaron algunos minutos.

Por fin el señor Antonio rompió el silencio para decir:

—¿Por qué os sorprendéis? ¿Acaso no conocíais la historia de la huérfana?

—Sí.

—Pues si sabíais lo que su padre había hecho, debíais comprender que semejante hombre era capaz de cometer todos los crímenes.

Leandro elevó al cielo una mirada de dolor y de desesperación.

Luego se pasó las manos por la frente.

Volvió á sentarse.

Nerviosa palidez cubría su rostro.

—Seguid escuchando—le dijo Quirós—, porque aún no sabéis lo más interesante.

—Pero no será tan horrible.

—Más aún.

—¡Pobre Consuelo!...

—Bien se os alcanza que si don Juan reconociera á su hija tendría que renunciar á doña Luz.

—Forzosamente.

—Pues para evitar estos peligros y otros do que os hablaré, el traidor tiene necesidad de que su hija desaparezca.

—¡Por el infierno!

—El rey debe conocer la historia de Consuelo, y esta es otra complicación.

—Pues entonces...

—Don Juan, que nunca se ha ocupado de su hija, ha principiado á buscarla.

—Y aunque la encuentre...

—La encontrará, ó tal vez la ha encontrado, porque acudió á un miserable muy astuto para que le ayudase, y éste, no sé cómo, ha conseguido descubrir el paradero de la huérfana.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó arrebatadamente Leandro.

—Tened paciencia.

—Continuad.

—Ese hombre ha observado, os ha visto y ha comprendido que vos representábais un papel de importancia en la vivienda de Antón; y como él es muy astuto y debe conocer el corazón humano, es lo más probable que también haya adivinado vuestro amor.

—Es decir, que tengo un enemigo...

—Y sospecho que ese enemigo es también...

—¿Qué?

—Señor Leandro, no olvidéis vuestro juramento.

—Lo cumpliré.

—No olvidéis tampoco que me habéis prometido tener calma, tanta calma como yo.

—Descuidad.

—Bien sabéis que yo veo á mi rival, que es además mi asesino, y que no pierdo la tranquilidad, y lo dejo hasta que las circunstancias me aconsejen hacer otra cosa.

—Yo también sabré dominarme.

—Pues fiado en el cumplimiento de vuestra promesa, os diré que sospecho que ese hombre, que principió por ser solamente el espía, ha concluido por ser vuestro rival.

—¡Fuego del infierno!—exclamó Leandro.

Y apretó los puños con fuerza convulsiva, mientras que de sus ojos se escapaban centellas.

—Esto tampoco es sorprendente, porque...

—¡Mi rivall

—Me alegraré equivocarme.

—¿Quién es ese hombre, quién?

—¿Y para qué queréis saberlo?

—¡Oh!... Es verdad—murmuró el mancebo con voz reconcentrada.

—Si en paz habéis de dejar á ese hombre, si habéis de concretaros á observar y á secundarme...

—Me dominaré, descuidad... La prueba es dura; pero triunfaré—dijo enérgicamente Leandro.

—Así os quiero.

—Mi amor me da fuerzas para todo.

—En los alrededores de la casa de Antón quedaba el espía cuando yo salí sin que él me viese.

—¡Ah!...

—Debéis haberlo encontrado.

—Sí, es un hombre flaco, amarillento, de mirada penetrante...

—El mismo.

—Parece uno de esos vagos que están dispuestos á todo para ganar algunos escudos.

—Es cobarde.

—Tanto peor.

—No os equivocáis.

—Lo he seguido y en la calle de la Almudena lo dejé en un bodegón.

—Hace algunos días me espíó también á mí, no sé con qué objeto, aunque supongo que obedecía á don Juan de Guevara.

—¿Y sabéis su nombre?

—Se llama Antolín, y habita en una posada de la calle de Segovia.

—Pues me parece fácil inutilizarlo para siempre.

—Muy fácil; pero se pondría sobre aviso don Juan, trabajaría con más disimulo, y encontraría quien le ayudase, resultando que nosotros mismos nos privaríamos de las ventajas que ahora tenemos y que consisten en conocer al enemigo.

—Es verdad.

—También él nos conoce, y precisamente por eso hemos de ser más cautos y obrar con mayor disimulo.

—¿Y por qué desde luego no fijamos la atención en don Juan de Guevara.

—Muy fácilmente puedo probar que él fué quien pagó á los asesinos que me hirieron.

—Pues entonces...

—¿Queréis que ponga en manos del verdugo al padre de Consuelo?

—¡Oh!...

—Si bien os parece, lo haré.

—No, no.

—También podrías provocar con él un lance y quitarlo del mundo; pero me parece que vos no habéis de ser quien vierta la sangre del padre de la huérfana.

—Jamás.

—Pues si no queréis entregarlo á la justicia, ni matarlo, ¿cómo lo inutilizaréis?

—¡Situación horrible!

—Tenemos que concretarnos á defender á Consuelo, esperando á que las circunstancias nos presenten la ocasión de obligar al señor de Guevara á que reconozca á su hija.

—Y luego...

—Vais á decir que la dicha de la huérfana será la consumación de vuestra desdicha.

—Si ella es feliz...

—Pronto os declararais vencido.

—¿Qué puedo hacer?

—Ahora no lo sé, señor Leandro, porque todo depende de las circunstancias.

—Cuando Consuelo tenga un nombre ilustre y sea rica...

—No sabemos cuál será vuestra situación.

—Sin nombre y sin fortuna...

—Os atormentais inútilmente. ¿Quién responde de lo que sucederá mañana?

—Si no me ama Consuelo...

—Eso es lo que ignorais, y lo que ante todo tenéis que averiguar.

—Aun suponiendo que me ama...

—Tendríais lo principal para la realización de vuestra dicha.

—No, porque jamás me casaré con una mujer rica y de clase elevada.

—Señor Leandro, si así dejáis que vuele vuestra imaginación, sufriréis mucho y acabaréis por desalentaros.

—Vuestras palabras son muy consoladoras; pero...

—Señor Leandro, aún no he concluído.

—¿Tenéis que hacerme más revelaciones?

—Y de muchísimo interés.

—Conseguiréis aturdirme más de lo que estoy.

—No es fácil.

—Vuelvo á escucharos.

—Sí, porque ya que he principiado debo concluir, pues de otro modo sería imposible que apreciaseis con exactitud la situación.

El señor Antonio refirió todos los sucesos que conocía, y de que ya tienen noticia nuestros lectores, lo mismo cuanto era referente á la huérfana y á don Juan de Guevara, que todo aquello que tenía relación con la viuda y la hija de Vargas y el señor Felipe y don Pedro de Carvajal.

Con asombro, con estupor escuchaba el mancebo.

No conocía la corte, ni tenía remota idea de cierta clase de intrigas, y por consiguiente, nunca pudo imaginar lo que estaba oyendo.

Con la pureza de su alma resistíase á creer que los hombres fuese capaces de cometer tantos abusos para satisfacer su ambición.

De las negras realidades de la vida no conocía Leandro más que las penalidades que había sufrido.

En aquellos momentos penetraban torrentes de luz en su inteligencia, ante la que se abrían nuevos y anchos horizontes.

Nunca había comprendido cómo ciertos hombres habían hecho gran fortuna.

Entonces lo comprendió y se sintió horrorizado.

Sus diversos sentimientos se revelaban en su semblante.

Mientras hablaba el señor Antonio, observaba con atención profunda al mancebo.

Además de referir los sucesos hacía comentarios que eran lecciones las más provechosas.

Una hora transcurió así.

Leandro no había hecho más que escuchar.

No se había atrevido á interrumpir á Quirós. Verdad es que tampoco sabía qué decir.

Por fin quedaron ambos silenciosos.

El desgraciado mancebo se pasó las manos por la frente.

Hizo grandes esfuerzos para dominar su agitación.

—Caballero—dijo al fin—, acabáis de hacerme el mayor de los beneficios.

—Estabais ciego.

—Sí, y vos habéis quitado la venda que cubría mis ojos; vuestras revelaciones han sido para mi inteligencia un torrente de luz.

—Y también he dejado en vuestra alma algunas gotas de hiel.

—¡Qué horrible es el mundo!

—De todo tiene—dijo con calma el hidalgo.

—¡Cuánta maldad!

—También hay muchas virtudes, y las encontraréis, y os sentiréis consolado.

—Sí, la pobre huérfana, y su generoso protector...

—Y otras muchas criaturas que viven y mueren sin que el mundo las conozca.

—Gracias, caballero, gracias.

—Ya estoy tranquilo, porque tengo la seguridad de que os dominaréis.

—Falta una cosa.

—¿Qué?

—Me conocéis, porque habéis penetrado en mi alma.

—Creo que sí.

—Pero no conocéis mi historia, y si yo guardase este secreto, no sería digno de vuestra generosa protección.

—Referidme vuestra historia, no para satisfacer mi curiosidad, ni para darme una prueba de gratitud, sino por si acaso me es posible hacer algo en vuestro favor.

—Nada pueden hacer los hombres.

- Mucho con la ayuda de Dios.
- Ninguna esperanza abrigo.
- Así será mayor la dicha si la alcanzáis.
- Escuchadme, os lo suplico.
- Hablad.

Leandro, con voz que revelaba su conmoción profunda, dió principio al relato de su triste historia.

No debemos repetir sus palabras, porque este relato lo haremos nosotros más adelante y más completo, y así el lector tendrá idea más exacta de la situación, y apreciará mejor el interés de las complicaciones que aquel asunto empezó á presentar.

Diez minutos después de haber principiado á referir su historia el mancebo, pudo verse que cambiaba la expresión del semblante del señor Antonio.

Luego se contrajo su frente.

Ya sabemos la facilidad con que se dominaba; pero le era imposible ocultar del todo el vivísimo interés que en él despertaba aquel relato.

Después su mirada fué verdaderamente ansiosa.

Sin darse cuenta de lo que hacía, cambió de postura y se acercó más á Leandro.

Media hora después palidecía el señor Antonio.

Movíase como el que no se encuentra bien acomodado.

Muchas veces entreabrió los labios para hablar; pero no articuló una sílaba.

¿Qué significaba todo esto?

Lo ignoramos; pero es indudable que tenían mucha importancia semejantes demostraciones.

Alguna vez se humedecieron los ojos de Leandro.

Conmovidó, profundamente agitado como estaba su espíritu en aquellos momentos, no pudo apercibirse de las alteraciones del semblante del señor Antonio, y continuó su relato con la vehemencia que le era propia.

Cuando terminó, dijo:

—Ya conocéis mi vida, conocéis todos mis secretos, conocéis mi alma.

Pero en vez de contestar á estas palabras Quirós, dirigió muchas preguntas al mancebo sobre detalles á los que éste apenas había dado importancia, y como quien desea poner en claro dudas.

A todo respondió Leandro con sinceridad, pues estaba resuelto á no ocultar nada.

El señor Antonio, después de esforzarse para

recobrar la calma que le daba tanta superioridad sobre los demás hombres, dijo:

—Desde hoy me miraréis y trataréis como á vuestro mejor amigo, con la intimidad que puede tratarse á un hermano, porque así lo exige la situación, así lo exige nuestra conveniencia y la de Consuelo.

—Descuidad.

—Será preciso que cambiéis de vida; pero esto no puede hacerse ahora.

—Disponed de mí.

—Vendréis á verme á cualquiera hora; y como es absolutamente preciso aparentar que no nos conocemos, entraréis por la otra casa, y así tendréis ocasión de tratar y conocer á esas infelices mujeres cuya desgracia no es menor que la vuestra.

—Y si en la calle os encuentro...

—Ni siquiera me saludaréis mientras no cambien las circunstancias.

—Comprendo.

—No sabemos cuándo nos espían nuestros enemigos, y nuestra prudencia y disimulo ha de rayar en la exageración.

—No os daré motivo de queja, porque lo que de inteligencia me falta, quedará compensado con mi voluntad.

—Ahora descansad, desaturdíos, reflexionad luego, y que Dios nos proteja.

Muy poco más hablaron.

Estrecháronse la diestra como los mejores amigos del mundo.

Leandro salió.

Cuando estuvo en la calle se detuvo y miró á todos lados.

Sus ideas eran confusas.

Confuso también veía los objetos.

Aspiró con avidez el aire libre.

Necesitaba ante todo que se despejase su cabeza.

Tomó calle abajo para salir de la población y pasear en los sitios solitarios donde nadie hubiera de interrumpirlo.

CAPITULO XVII.

EL PADRE Y LA HIJA

Mientras que el hidalgo y Leandro hablaban, el señor Antolín comía en el bodegón y meditaba haciendo todas las suposiciones imaginables.

Aún no creía que el mancebo lo hubiese seguido intencionadamente; pero lo que había su-

cedido aquel día podía suceder otros, y era conveniente evitar que nuevas casualidades produjesen una complicación demasiado seria.

Después de haber reflexionado se convenció el señor Antolín de que no podía en poco tiempo hacer lo que deseaba para satisfacer los deseos de la pasión que en su pecho se había encendido y que tampoco, sin riesgo de infundir sospechas, le convenía hacer esperar mucho á don Juan de Guevara.

En tal situación parecía que lo más conveniente era decirle á don Juan que ya había encontrado á la huérfana, y después hacer lo que fuese posible según las circunstancias.

—De todas maneras—decía el miserable Antolín—para mí ha de ser esa mujer, aunque su posesión hubiera de costarme la vida.

Trazó mil planes; pero ninguno le era posible poner en práctica sin conocer los propósitos de don Juan.

Una vez decidido, bebió el vino que le quedaba, pagó la comida, salió del bodegón y miró á todos lados.

El mancebo había desaparecido.

—No me seguía—decía el señor Antolín—; pero lo que hoy no ha sucedido, puede suceder otra vez y me conviene estar á cubierto de las complicaciones que pueden producir las pícaras casualidades.

—Ya no vacilaba.

No quiso esperar á que llegase la noche.

Inmediatamente se encamionó a la vivienda de don Juan.

Disponíase éste á salir, y al ver al espía, exclamó:

—¡Ahl...

Y sus pequeños ojos brillaron con el fuego de la más viva alegría.

—Aquí metenéis—dijo el señor Antolín mientras hacía una reverencia profunda.

—Esta visita extraordinaria prueba que son extraordinarias también las noticias que me traéis. La habéis encontrado, ¿no es verdad?... ¡Oh!... Hablad, señor Antolín... Habéis hecho vuestra fortuna, porque todo ha de parecerme poco para recompensaros. ¿Dónde está? ¿Cuál es su situación?... Es decir, su situación la conozco; pero... ¡Por Dios vivol... Acabad, pues viendo estáis mi impaciencia.

—Como no me dejáis hablar...

—Ya os escucho.

—Dudo que tengáis calma, porque...

—Señor Antolín—interrumpió el caballero—decidme ante todo si habéis encontrado á la huérfana, y luego haréis los comentarios que os parezcan convenientes.

—Sí.

—¡Que la habéis encontrado!... ¿Dónde habita?

—En el Arrabal de San Martín.

—Basta, no necesito más...

—Sí necesitáis.

—¿Estáis seguros de no haberos equivocado?

—Perdonadme, caballero; pero esta conversación la abreviaríamos mucho si me escucháseis con calma y permitiendo que me explique. Dominados, y...

—Dispuesto me tenéis á escuchar. Sentáos.

Esforzóse el señor de Guevara para dominar su agitación, que cada momento era más violenta.

—En el Arrabal—dijo el señor Antolín—habita un hombre que se llama Antón Cañamero y que ha sido soldado.

—Ese es.

—Hace poco tiempo servía, puesto que en el Escorial estuvo cuando el motín de los trabajadores.

—El mismo, el mismo.

—Con él vive una joven que debe tener diez y siete ó diez y ocho años.

—Esa debe ser su edad.

—Es de una belleza prodigiosa.

—Como su madre.

—Tiene los ojos azules como el cielo y rubia la cabellera.

—¿Y su nombre?

—Consuelo.

—Ya no es posible la duda.

—No es hija del veterano, aunque ella le llama padre, y nadie la ha visto hasta que el señor Antón se ha retirado del servicio de las armas y se ha instalado en aquella casita que heredó de sus padres.

—No necesitamos más pruebas.

—Pero sí necesitáis más noticias.

—¿Sabéis algo de la conducta de la joven?

—Todos dicen que es muy honrada.

—Entonces...

—Pero otras circunstancias puede haber que os interesen.

—Sí, sí.

—Yo nunca hago las cosas á medias y, aun-

que he tenido poco tiempo, he averiguado algo de interés.

—Señor Antolín, sois un tesoro y me serviréis muy bien en este asunto, pues aunque parece que todo ha concluido, ahora es cuando empezaremos a trabajar y tendremos que hacer lo más importante.

—Contad conmigo para todo.

—Continuad.

—Al señor Antón lo visita un soldado, con el que parece unirle amistad íntima.

—Alguno de sus antiguos compañeros.

—Antiguo no.

—Y ese hombre...

—Es un mancebo que no debe tener más de veintidós años: y cuyo aspecto tiene cierta distinción que cuadra muy mal á su clase humilde y su pobreza. Además es hermoso, se revela en su semblante el atrevimiento, la audacia...

—¿Y qué nos importa ese hombre?

—Hay quien cree que ama á la huérfana.

—¡Vive el cielol...

—Sus visitas son muy frecuentes, y lo mismo entra en la casa cuando está el veterano que cuando Consuelo se encuentra sola.

Se arrugó el entrecejo de don Juan.

—Tenemos un amante—murmuró.

—Y temible—dijo el señor Antolín, cuya frente también se contrajo y cuyo semblante se cubrió de nerviosa palidez.

Un amante era un protector más de la huérfana, y, por consiguiente, un obstáculo más para la realización de los planes del señor de Guévara.

Sin embargo, no había de declararse vencido tan pronto ni tan fácilmente, y después de algunos momentos preguntó:

—¿Sabéis cómo se llama ese mancebo?

—Leandro.

—¿Su apellido?

—No debe tenerlo, porque nadie lo sabe.

—Otro desdichado.

—Sí, creo que le sucede lo mismo que á la protegida del señor Antón.

—Y es un pobre soldado.

—Un infeliz que ha sentado plaza, porque otro recurso no tenía para vivir.

—Decís que sus visitas son frecuentes.

—Va por lo menos una vez durante el día y vuelve por la noche, retirándose á las nueve ó las diez á su casa.

—¿Dónde habita?

—En la Morería.

—Habéis averiguado mucho.

—Y también puedo deciros que ella lo ama con todo su corazón.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me lo han dicho sus ojos cuando miraba al mancebo—respondió el señor Antolín con voz alterada.

—Todo eso me desagrada mucho.

—A mí más, caballero, porque si el mancebo se apercibe del papel que represento, mi vida se vería en gran peligro, pues debe ser uno de esos hombres para los que el mejor medio de poner fin á todas las intrigas es la espada.

Don Juan hizo un gesto de disgusto y volvió á quedar silencioso.

El señor Antolín, que lo observaba atentamente, dijo después de algunos minutos:

—Como vuestros propósitos me son desconocidos, no me ha sido posible fijar la atención con preferencia en estos ó los otros detalles; pero si os inspiro confianza, si este asunto, como antes habéis dicho, principia en vez de concluir, me parece que convendría, para su mejor resultado, que me habláseis con más franqueza. Y os advierto, don Juan, que no soy curioso, pues tantas historias secretas conozco ya que ninguna tiene interés para mí. Lo que en realidad me importa es lo que gano. Me dais órdenes, las cumplo con exactitud, os sirvo con lealtad, me pagáis largamente y todo ha concluido para mí. Si tengo dinero para vivir y gozar, dejo que rueda la bola.

—Sí, con franqueza os hablaré, pues así me conviene.

—Prometí buscar á esa pobre niña, he conseguido encontrarla, os digo dónde la tenéis y os doy noticia, además, de otras circunstancias de interés. Por mi parte he concluido. Pagadme, os lo agradeceré, y esperaré á que otra vez me honraréis con vuestra confianza.

—Ya sé que lo que os importa es lo que habéis de ganar.

—Hago estas salvedades...

—No era menester.

—Espero vuestras órdenes.

—Debéis comprender que no me impulsa una pasión, puesto que se trata de una mujer á quien nunca he visto, y, por consiguiente, no puedo estar enamorado de ella.

—Así lo he supuesto.

—Tampoco quiero hacer ningún mal á esa criatura, absolutamente ninguno, sino, por el



contrario, protegerla; pero, por razones que no son del caso, me conviene que se aleje de Madrid y que viva donde no sea posible que la encuentren los que la buscan.

—Entendido.

—La realización de mi deseo presenta muchas dificultades, porque no se trata de una niña, sino de una mujer, y, por consiguiente, será preciso tener en cuenta todas las circunstancias, adoptar todas las precauciones y combinar el plan de manera que el resultado sea el que yo me propongo.

—Y si esa criatura, lo mismo que á otras les sucede, tuviera un momento de debilidad y sacrificase á su pasión su honra...

—¡Oh!... No, eso no quiero que suceda.

—Pero si llega á suceder...

—Como la culpa no será mía, tranquila podrá estar mi conciencia.

—Hago todas estas suposiciones para que los sucesos no nos cojan desprevenidos.

—Por suponer nada se pierde.

—Comprendo perfectamente lo que necesitáis, y aunque la empresa es difícil, no tengo inconveniente en tomarla á mi cargo, siempre que la recompensa esté en armonía con el peligro que he de arrostrar. Y perdonadme que haga estas advertencias, porque ya os he dicho que para mí no tiene importancia más que el dinero que he de ganar.

—Muy bien, señor Antolín, y tened entendido que no me ofendéis con esas observaciones ni otras parecidas, pues es muy justo que cada cual atienda á lo que le interesa.

—No he conocido un hombre tan razonable como vos.

—Soy amante de la justicia.

—Lo mismo que yo, por más que el mundo crea que los que cometemos ciertas faltas, los que no conocemos eso que los hipócritas llaman conciencia, somos incapaces de ser justos.

—De acuerdo estamos.

—Pues reflexionad detenidamente, y cuando bien os parezca que demos principio...

—Ante todo quiero ver á Consuelo.

—Es fácil.

—Y ahora mismo iré con vos, me diréis cuál es su casa, y os alejaréis para evitar que juntos nos vean por allí.

—Vamos, pues.

—Y esta noche volveréis y hablaremos detenidamente del asunto.

—Está bien.

—Voy á pagaros lo que habéis hecho, y trataremos á la noche del precio de lo que debéis hacer.

Don Juan abrió una papelera, sacó algunas monedas de oro y se las entregó al señor Antolín.

—Gracias—dijo éste.

—¿Estáis satisfecho?

—Completamente.

No era esto nada; pero el espía sonrió.

No hablaron más entonces.

Salieron.

El señor Antolín iba delante, y algunos pasos detrás el señor de Guevara.

No parecía que aquellos dos hombres se conociesen.

Al Arrabal llegaron.

El espía se detuvo á la puerta de la casa de Antón, volvió atrás la cabeza, siguió calle arriba y desapareció muy pronto.

Lo que sintió don Juan de Guevara no puede explicarse.

Iba á ver á su hija.

No la amaba, porque no la había conocido, y porque era un miserable; pero su corazón latía con desigual violencia, era al fin corazón de padre, y se conmovía á impulsos de un sentimiento misterioso.

Detúvose por algunos momentos.

Su rostro cambiaba de expresión.

Posó largo rato antes de que se moviese.

Al fin dió algunos pasos y llegó frente á la casa.

La puerta, lo mismo que siempre, estaba entreabierta.

Acercóse don Juan y escuchó.

Percibió rumor confuso de las voces de Antón y Consuelo.

Luego se alejó.

No quería irse sin ver á su hija, y además tenía empeño en hablar con ella.

Sabemos ya que para fingir no tenía rival el miserable.

Dió á su semblante nueva expresión, la del dolor y la angustia, pues así convenía á su intento, y otra vez se dirigió hacia la casita, andando muy trabajosamente, y apoyándose alguna vez en las paredes.

Su respiración era trábajosa y desigual.

Cuando llegó á la puerta se detuvo como si ya le fuese imposible dar un paso más.

—¡Ah!—exclamó.—No sé lo que siento.

Y como si se esforzase mucho, dió en la hoja de la puerta algunos golpes.

No bien hizo esto, cuando se presentó el veterano y preguntó:

—¿Quién llama?

—Perdonad buen hombre—dijo don Juan con voz muy débil y apoyándose siempre en la pared.

Su rostro estaba muy pálido, y no necesitó el buen Cañamero más explicaciones para comprender que el desconocido se sentía enfermo.

—¡Vive Dios!—exclamó el veterano.—¿Qué os sucede?

—Agua... No lo sé; pero... por favor, dadme agua... Parece que me ahogo... Y apenas puedo sostenerme... ¡Dios mío!...

—¡Consuelo!... Ven, corre... ¡Pobre caballero!...

Y el noble Antón cogió por un brazo á don Juan.

La joven acudió presurosamente, miró á su padre y exclamó:

—¡Virgen Santísima!...

—Esto no será nada—dijo Antón.—Una mareo... El calor es hoy muy pesado... Yo también estoy aturdido... Vamos, hija mía, ayúdame, y este caballero descansará, y si no se alivia pronto iremos en busca de un médico.

La joven contemplaba con ansiedad á su padre, lo cual nada de particular tenía.

Ansiosamente también miró el padre á la hija y tembló.

Su palidez se hizo más densa.

Ya no tenía que esforzarse mucho para aparentar que estaba agitado, pues era verdadera su agitación. Quiso hablar y no pudo.

La presencia de su desgraciada hija le había impresionado de una manera extraña.

Se dejó conducir hasta el aposento cuya ventana daba á la calle.

Allí se sentó quitándose el sombrero y pasándose las manos por la frente.

La joven corrió y le llevó el agua, que con avidez bebió el miserable.

Frió sudor corría por la frente de éste.

La escena que entonces tuvo lugar apenas puede describirse.

Quedó Consuelo inmóvil y con la mirada fija en su padre.

También el corazón de la infeliz latía con violencia.

No sabía por qué aquel desconocido le interesaba tanto, á pesar de que su aspecto tenía más de repulsivo que de agradable.

El buen Antón decía:

—¿Qué tal, caballero?... Estáis pálido y tembláis... Me parece que haríamos bien en llamar al médico, pues aunque no sea nada lo que tenéis...

—No, no—interrumpió don Juan.

—Puedo ofreceros una cama, que aunque pobre está limpia, y si queréis reposar...

—Me siento mejor—dijo el señor de Guevara, cambiando de postura y como si se reanimase.

—Sin embargo...

—Gracias, buen hombre, y gracias también á esta hermosa criatura que tan cariñosamente me ha socorrido. Es un ángel... ¡Qué consolador es encontrar almas caritativas!

—Hemos cumplido nuestro deber y nada más.

—Pero desgraciadamente no todos hacen lo mismo... Lo que no era nada pudo ser mucho sin vuestro auxilio, y tal vez os debo la vida.

—¡Bah!... Pues con poca cosa os hemos salvado.

—Lo que habéis hecho tiene para mí mucho valor, porque en los momentos de angustia que he pasado cuando me sentía desfallecer y la luz huía de mis ojos... ¿Por qué estáis en pie?... Sentáos ó me obligaréis á levantarme.

—Eso no.

—Aquí, á mi lado... ¡Qué buenos sois!... ¿Seré indiscreto si os pregunto vuestro nombre?

—Me llamo Antón Cañamero, he sido soldado, y hace poco tiempo que dejé el servicio de su majestad, porque ya tengo sesenta años, y debo descansar los pocos que me queden de vida.

—Es decir, que habéis pasado vuestra existencia cumpliendo el deber sagrado de servir al rey y defender la patria.

—Así parece.

—¿Y no habéis hecho fortuna?

—¡Fortunal... No tenía más protectores ni más influencia que mi espada y mi honradez. Sin embargo, no tengo queja de su majestad, porque me ha señalado una pensión y podemos vivir desahogadamente.

—Supongo que esta criatura angelical es vuestra hija—repuso don Juan, fijando otra vez su mirada intensa en la joven.

—Sí, caballero, es mi hija, es decir, no es mi hija, pero como si lo fuese, porque perdió su madre, que mártir murió y como su padre es...

Se interrumpió el veterano, porque Consuelo lo miró angustiosamente.

—¡Mil rayos!—exclamó luego.—Tampoco tiene padre, y su abuelo, que la amparaba, murió en el Escorial cuando el motín de los trabajadores. ¡Tripas de Lucifer!... Yo hice lo que debía y amparé á esta criatura, y la quiero como si fuese mi hija, y si alguien la ofendiese... ¡Por el inferno!

Se animaron los ojos de Antón, dejando escapar dos centellas.

—Triste historia—murmuró don Juan.

Y añadió dirigiéndose á Consuelo:

—¿Y cómo os llamáis, hermosa niña?

—Consuelo—respondió la joven con voz que revelaba su conmoción profunda.

—¿Cuántos años tenéis?

—Diez y ocho.

—¿Aceptaríais mi protección?

—No necesito la honra que me ofrecéis, caballero.

—¡Bien!—exclamó entusiasmado Antón...—Como yo la protejo y la quiero tanto, cree que ya no necesita á nadie.

—Eso prueba lo noble de su corazón.

—Si algún día... En fin, yo me entiendo; pero Dios no ha querido darme entendimiento y digo muchas tonterías.

—¿Y vos tampoco aceptaríais la protección que me fuese posible ofreceros para que vuestra situación mejorase?

—¿Y para qué quiero más de lo que tengo?

—Siquiera por el bien de esta criatura.

—Por ella lo haré todo; pero...

—Entonces aceptaréis.

—Caballero, ya os he dicho que Dios no ha querido darme entendimiento, y no tengo más que corazón y buenos puños.

—Os parece poco?

—Sí, porque ahora no acierto á explicarme; pero aquí está Consuelo que lo hará á las mil maravillas.

—Ya la escuche.

La joven levantó la cabeza, miró á don Juan y le dijo con una dulzura edcantadora:

—Mi situación no se parece á ninguna, caballero, y por motivos que no me está permitido revelar, ni vuestra protección, ni la de nadie aceptamos, como no sea en cierto sentido; pero vos no podéis ofrecernos más que vuestra influencia ó vuestra bolsa, y ni lo uno ni lo otro aliviará nuestros pesares.

—Empiezo á somprender.

—De todas maneras, tenemos la obligación de agradeceros mucho, pues vuestra voluntad es la mejor, y si nada hacéis que nos favorezca, no es porque os falte el deseo, sino porque os encontráis con un imposible.

—Decís que en cierto sentido sí aceptaríais mi protección ó mi ayuda...

—Sí.

—Pues bien, decidme qué es lo que puedo hacer.

—Tendría que pedir os otro imposible.

—No importa, decid.

—¿Encontraríais á un hombre sin que os dijese más sino que es de noble cuna y que debe tener próximamente vuestra edad?

—¿Y su posición?

—No la conozco.

—¿Tampoco su nombre?...

—Tampoco.

—¿Y sabéis que habita en Madrid?

—Lo ignoro también.

—Pues entonces...

—Ese hombre es mi padre: decidme dónde está, decidme siquiera cómo se llama y os bendeciré, y por vos sacrificaré la vida.

Y al decir esto, dos lágrimas se escaparon de los magníficos ojos de la desgraciada niña.

—¡Infeliz!—murmuró don Juan.

—¡Ahl!...

—No habéis conocido á vuestro padre...

Por mi desdicha.

—Quizá os abandonó y es causa de vuestros sufrimientos, y sin embargo parece que lo amais.

—¿Que si lo amo!... ¿Y eso os admira?... Sí, lo amo como á mi madre amé y á mi pobre abuelo, lo amo y...

No pudo Consuelo continuar, porque ahogada se sentía. En abundancia siguió corriendo el llanto por sus tersas mejillas.

El señor de Guevara no sabía qué hacer ni qué decir, ni tampoco hubiera acertado á explicar lo que sentía.

Empezó á comprender que acababa de cometer una torpeza, pues estaba comprometiéndose. ¿Qué haría si le preguntaban su nombre?

No podría ocultarlo, porque era una persona demasiado conocida, y pronto hubiesen descubierto el engaño.

Ya no podía deshacer lo hecho; pero necesitaba reflexionar y decidió poner fin á la conversación para volver á su casa.

Frases las más dulces y consoladoras dirigió á su hija, y luego le dijo:

—Si tengo la fortuna de inspiraros confianza, me contaréis vuestra historia, y entonces, á pesar de que ignorais el nombre de vuestro padre, quizá me sea posible hacer algo, guiándome por otras circunstancias y antecedentes. Conozco otra historia por el estilo de la vuestra, y...

Se interrumpió don Juan, y después dijo:

—¡Quién sabe si es la mismal

—¡Ah!...

—En estos momentos mi cabeza está débil y necesito descansar... Volveré mañana.

Se puso en pie el traidor.

Con asombro lo miraban el señor Antón y Consuelo.

No se atrevían á decirle que se detuviese, pues era justo dejarlo para que á su casa fuese para descansar.

—Caballero—dijo la joven—yo desearía conocer su nombre para recordarlo...

—Os lo diré; pero mucho ganaréis si nadie sabe que de este asunto hemos hablado, y esta reserva, que debe pareceros muy extraña, la encontraréis tan justificada como prudente cuando yo acabe de explicarme sobre esa historia que ya he dicho conozco.

—Si bien os parece, callad vuestro nombre.

—Si no sois discretos, para vosotros será el mal. Soy don Juan de Guevara.

—No olvidaré ese nombre... ¡Que Dios os bendiga!

—Hasta mañana.

De la casa salió don Juan, encaminándose á la suya.

El protector y la protegida se contemplaron.

¿Qué pensaban de lo que acababa de suceder?

Ahora no podemos decirlo, porque tenemos que seguir á don Juan de Guevara.

CAPITULO XVIII

EL TRAIADOR VE LA LUZ, Y EL ESPÍA RECIBE ALGUNOS CINTARAZOS Y ENCUENTRA UN MISTERIO.

Aturdiase más don Juan de Guevara cuanto más reflexionaba sobre su situación y lo que acababa de suceder, y después de una hora de cavilación, sentóse junto á una mesa, en la que apoyó los codos, descansando entre las manos la cabeza.

Empezó á sentir una pesadez parecida al sueño.

Inmóvil quedó.

Después de otra media hora, y en aquel estado de sopor indefinible, un rayo de luz penetró en su inteligencia, y de repente le pareció ver la claridad que tanto necesitaba.

—¡Oh!—exclamó.

Levantó la cabeza.

Brillaban sus ojos como siempre habían brillado.

Sus labios se entreabrieron para sonreír.

—El adagio no miente—murmuró—y tengo una prueba más de que no hay mal que por bien no venga. Lo que yo creí que había de ponerme en el más grave compromiso, me sacará del muy grave en que me encontraba. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes esta idea? Yo estaba ciego, me había embrutecido... ¡Ya no temo nada!

¿Por qué recobraba tan de pronto la tranquilidad?

Había encontrado el medio de conseguir fácilmente cuanto deseaba. Y no tendría que apelar á ninguna violencia, ni entablar cierta clase de luchas, ni arrostrar ningún peligro, ni hacer nada que en apariencia fuese una mala acción.

Pronto, muy pronto hemos de conocer su plan, que combinó admirablemente bien en muy pocos minutos.

Ni siquiera necesitaba la ayuda del señor Antón, y si de éste se servía, no había de ser sino para que hiciese lo que hacer podía cualquiera otro.

Seguro ya de su triunfo, volvió á reflexionar.

Tenía que esperar al día siguiente.

Cuando llegó la noche y el señor Antón se le presentó, confiesa don Juan de Guevara como quien nada teme.

—Parece que estais tranquilo—le dijo el espía.

—Completamente, porque voy combinando el plan con tanto acierto, que su resultado ha de ser el mejor para mí.

—Pues aquí me tenéis para recibir vuestras órdenes, si es que mis servicios necesitáis.

—Siempre necesito á los hombres leales como vos.

—Gracias, caballero.

—Pero aún tenemos que esperar uno, dos ó tres días.

—¿He de hacer algo mientras llega el momento?

—Seguiréis observando con todo el disimulo.

posible, y haréis cuanto es imaginable para que duda no nos quede de que Consuelo y Leandro se aman.

—Así lo haré.

—Y nada más por ahora, señor Antolín.

—¿Conseguísteis ver á la huérfana?

—Y con ella he hablado y también con su protector, y casi puedo asegurar que hoy me consideran como á uno de sus mejores amigos.

—Mucho habéis adelantado en poco tiempo.

—En pocos minutos.

—¡Oh!...

—Fingí que me acometía una indisposición, pedí socorro, me hicieron entrar en su casa, me atendieron cariñosamente, me repuse, hablamos y... Figuraos hasta qué punto será ventajosa mi situación, cuando la pobre niña espera que yo averigüe quién es su padre, pues no sabe más sino que su existencia la debe á un caballero.

—Eso prueba que vos conocéis la historia de Consuelo.

—Como conozco la mía...

—Entonces...

—Y vos la conoceréis también, porque en la situación en que nos encontramos conviene que estéis al corriente de todo.

El señor Antolín hizo un gesto de indiferencia como si quisiese significar que ningún interés tenía en conocer aquella historia.

Ya hemos dicho que comprendía demasiado bien que don Juan de Guevara era el padre de Consuelo.

—Seguiréis viniendo todas las noches, sin perjuicio de que yo vaya á buscaros á vuestra posada si de repente os necesito. Decidme si queréis más dinero...

—Ahora no.

—Por si tenéis algún apuro...

—Ninguno, don Juan.

—Me parece que nos entenderemos bien sin necesidad de ajustes que son imposibles, puesto que aún no sabemos lo que ha de hacerse.

—Ya tengo pruebas de vuestra generosidad, y estoy tranquilo en cuanto á mis intereses.

—Pues si en otro negocio no tenéis que ocuparos...

—En ninguno, caballero.

—Que Dios os dé salud.

—Y á vosotros os proteja.

—El señor Antolín salió, encaminándose al Arrabal.

Eran las nueve.

No brillaba la luna.

En las calles no se veían más luces que las rojizas y moribundas de los farolillos que la devoción encendía ante los nichos donde se habían colocado imágenes de Santos.

Casi todos los habitantes del Arrabal se habían entregado al sueño.

El señor Antolín acercóse á la humilde casa del veterano, y vió alguna claridad á través de las rendijas de una de las ventanas.

Acercóse más, se inclinó y escuchó, percibiendo el sonido de las voces de dos ó tres personas.

Eran éstas Consuelo, su protector y Leandro.

Lo que decían no era posible entenderlo.

Debemos retroceder algunas horas y decir que cuando el veterano y la pobre niña quedaron solos, y después de haberse contemplado silenciosamente por algunos minutos, exclamó el primero:

—¡Por el rabo de Lucifer!

Consuelo exhaló un suspiro penoso, inclinó la cabeza y continuó silenciosa.

—¿Y qué te parece de todo esto?—dijo el veterano después de algunos momentos.

—No sé—murmuró la joven.

—¡Que no sabes!...

—Estoy aturdida... Ese caballero...

—¿Qué te parece?

—Yo lo miraba sin querer, y su mirada me hacía sentir...

—Algo desagradable, ¿no es verdad?

—Padre mío, no puedo decir si ese hombre me infunde miedo ó lo que me pasa.

—Pues bien, yo te hablaré con franqueza.

—Sí, sí.

—Ese hombre no me gusta.

—¡Padre mío!...

—Ningún mal me ha hecho y nos ofrece protección, y nos habla con mucha dulzura, y además... En fin, no acierto á explicarme, porque Dios no ha querido darme entendimiento; pero ello es que no me gusta, y como no me gusta, lo digo... ¡Vive Dios!... Tiene una cara de zorro...

—¡Padre mío!

—Lo siento; pero la culpa no es mía, sino de su cara, y me parece que no has fijado bien la atención en sus ojos.

Otra vez el llanto empañó las pupilas de Consuelo.

—A ti debe agradarte—añadió el veterano—, porque te ofrece buscar á tu padre; pero debes pensar que también el otro, el señor de Quirós,

te ha ofrecido lo mismo, y lo que es más, conoce tu historia, y á tu padre también.

—En cuanto al señor de Quirós...

—¡Vive el cielo!... Ese sí que es un hombre de corazón, y no es menester más que mirarlo para conocer que tiene un alma noble.

—La conducta de los dos es tan misteriosa...

—Sin embargo, es muy distinta, porque el señor de Quirós dice desde luego con franqueza quién es, y exige que nos informemos muy despacio, y nos advierte peligros como el de ese bribón que anda por esta calle y que tiene cara de tigre. Si yo supiera explicarme...

—Os comprendo.

—Tenemos dos que nos ofrecen lo mismo, y de seguro uno de ellos ha de mentir.

—Y bien puede ser que los dos sean muy honrados.

—De todas maneras, hija mía, preciso es que meditemos y determinemos.

—¿Qué podemos hacer?

—Este caballero, don Juan, nos encarga la reserva.

—Como han de pasar otros dos días antes de que venga el señor de Quirós...

—Es verdad; pero nos queda Leandro.

—Sí—murmuró Consuelo con voz apenas perceptible.

—Y Leandro es también mi hijo.

—Y mi hermano—dijo la joven en tanto que colocaba la diestra sobre su corazón, se lo oprimía y hacía un gesto doloroso.

—Eso es, tu hermano, y tanto te quiere, que ha renunciado á su fortuna, y en Madrid se ha quedado en vez de ir á Flandes.

—Se lo suplicásteis así...

—Y al obedecerme ha dado una prueba del cariño que nos tiene.

—No es posible ponerlo en duda.

—Y me parece, hija mía, que la reserva es criminal entre personas que se dan los nombres de padre, hijo y hermano. Yo le diría todo lo que ha sucedido, no para que hiciese nada, sino para que lo sepa, pues como no ha de cometer ninguna indiscreción, nada se pierde.

—Esa es mi opinión, padre mío.

—Leandro se alegrará mucho, y sobre todo nos ayudará para hacer averiguaciones sobre los antecedentes, la posición y demás de don Juan de Guevara.

—Sí, todo se lo diremos.

—Y según las cosas se presenten determina-

remos en cuanto al señor Antonio de Quirós.

Una vez adoptada esta resolución, no dijeron nada de importancia.

Con ansiedad contaron las horas.

Sorprendióles que aquella tarde no se presentará el mancebo; pero lo hizo una hora después que había cerrado la noche.

Nada de particular revelaba el rostro de Leandro.

Había conseguido dominarse, y estaba decidido á secundar al señor Antonio.

Tan cariñosamente como acostumbraba, saludó á sus amigos.

El señor Antón, siñ poder contenerse, exclamó al ver al mancebo:

—¡Tripas de Lucifer!... ¿Dónde te has metido?... Cuando necesitamos verte no te presentas.

—¿Hay alguna novedad?

—Y grande, de muchísima importancia.

Antes de responder miró Leandro á Consuelo. Luego dijo:

—Ya lo veo.

—¡Que lo ves!...

—Consuelo me lo dice con su semblante.

—¡Rayos!... Todos tienen más entendimiento que yo.

—Pero tanto corazón no tienen todos.

—¿Y para qué me sirve?

—Para hacer todo lo bueno que habéis hecho... Pero dejad esto, qué ahora no importa, y hablad de esas novedades.

—Que te lo cuente Consuelo, porque yo no sé explicarme como ella.

—Te escucho, hermana mía—dijo el mancebo, en tanto que su mirada ardiente se fijaba en la joven.

Esta se estremeció.

Con voz alterada empezó á relatar lo que había sucedido, sin olvidar ningún detalle, y hablando también de lo que había sentido.

Con la atención que el caso requería escuchó Leandro.

Al terminar su relato la joven pronunció el nombre de su padre.

—¡Don Juan de Guevara!—exclamó el mancebo.

Y palideció y su frente se contrajo, mientras que su mirada fijóse con ansiedad inconcebible en la pobre niña.

Fácil es comprender lo que Leandro sentía después de su conversación con el hidalgo.

—¿Qué te sorprende?—preguntó Consuelo.

—¡Guevaral! —volvió á decir Leandro.
 —Sí, ese es el nombre.
 —¡Oh!...
 —¿Quieres explicarte?
 —No, no es nada... Pero mi sorpresa es natural... ¡Don Juan de Guevaral... Es un caballero á quien todo el mundo conoce, y yo lo conozco también, porque lo he visto muchas veces en el Escorial.
 —Entonces podrás darnos noticias tuyas.
 —Pocas...
 —¿Es honrado ese hombre?
 —Tanto no puedo decir, porque no conozco su vida privada.
 —Pues á mí no me gusta ese caballero.
 —¿Por qué?
 —No lo sé; pero ello es que no me gusta, así como al señor de Quiros le fiaría hasta mi honra.
 —Lo único que sé—dijo Leandro, que hacía grandes esfuerzos para reponerse y aparecer tranquilo—, es que don Juan de Guevara está medio arruinado, porque en sus extravíos disipa gran parte de su herencia.
 —Ya lo ves, Consuelo.
 —Ahora, según dicen, solicita un empleo en la servidumbre del rey, y siempre se le encuentra entre los cortesanos.
 —Resulta que sus antecedentes...
 —No sé más, señor Antón.
 —Y me parece que no sabes poco.
 —Lo habéis socorrido, y os muestra su agradecimiento al ofrecer os su protección.
 —Eso nada tiene de particular, porque en el último caso son buenas palabras.
 —Pero me llama la atención que sin conocer ni saber siquiera vuestro nombre, se ocupe desde luego de un asunto tan grave como el de la historia de Consuelo, y más me llama la atención la casualidad, la coincidencia de que conozca otra historia igual, y de que prometa lo que ha prometido antes de que se le den ningunos antecedentes, ni un sólo dato que le sirva de punto de partida.
 —Tú dices bien, Leandro.
 —Esta es mi opinión, y la manifiesto con lealtad.
 —Y ahora debes aconsejarnos.
 —Me parece muy sencillo lo que tenéis que hacer.
 —Explicáte.
 —Estar sobre aviso sin mostrar desconfianza y dejar que don Juan de Guevara siga haciendo

lo que mejor le parezca, pues así conoceremos bien sus intenciones.

—Me agrada el consejo.

—Nada perderéis, á menos que lleguéis á cometer alguna imprudencia.

—Descuida.

—Y cuando vuelva el señor Antonio de Quiros, determinaréis, según las circunstancias.

—Si yo tuviera tanto entendimiento como tú... ¡Vive Dios!...

—No olvidéis que Quiros conoce al padre de Consuelo.

—Y, por consiguiente, más ó menos tarde todo se arreglará como deseamos.

—Dios lo quiera.

—¿Lo dudas?

—Hay en este asunto un misterio que aún no hemos podido penetrar, y mientras haya misterios no estaré tranquilo.

—Yo tampoco.

—Puesto que mañana ha de volver don Juan...

—Me alegraría que te encontrases aquí.

—Estaré, y si veo que en mi presencia no quiere explicarse, saldré.

—Entonces, nosotros...

—Escucharéis y nada determinaréis, que yo volveré luego y veremos lo que conviene hacer.

Así continuaron la conversación hasta las diez y media.

—Es tarde—dijo Consuelo—, y las calles están llenas de asesinos.

—Me iré.

—Sí, Leandro, vete, porque no estoy tranquila.

—Descuida, porque ya no me distraigo como las noches pasadas.

—Yo te acompañaré.

—No permito que Consuelo quede sola.

—¡Oh!...

—Quedáos, que Dios me protegerá.

Despidióse el mozo y salió.

La oscuridad era la misma que antes, y como el señor Antón se había separado de la casa, ocultándose tras una esquina, no era posible descubrirlo.

Creyendo Leandro que nadie le seguía, se alejó descuidadamente y con intención de ir á ver al señor Antonio para darle á conocer el nuevo giro que la situación tomaba.

Con el disimulo que sabía lo siguió el señor Antón.

Llegó Leandro á la vivienda de las dos mujeres y llamó.

—¿A qué viene á esta casa?— dijo con extrañeza el espía.—¿Quién vive ahí?... Menester es averiguarlo.

Pocos minutos después se abrió la puerta.

Entró el mancebo.

—Esperaré—dijo el señor Antolín.

Y así lo hizo, porque su paciencia era inagotable.

Dos horas transcurrieron.

Otra vez se abrió la puerta; pero entonces dos hombres salieron.

Uno de ellos dijo:

—Puesto que os empeñáis, vamos.

Por la vez reconoció á Leandro el espía, y dijo para sí:

—¿Quién es el otro?

No podía reconocerlo en medio de la oscuridad.

Tomaron hacia Santa Cruz.

Por la calle Imperial y la de Toledo fueron á Puerta Cerrada, y bajaron por la de Segovia, volvieron á la izquierda como para dirigirse á la Morería.

Aunque á buena distancia los seguía el señor Antolín.

—Ahora—decía—, á su casa irá Leandro, y el otro volverá á la suya. Entonces haré lo posible para verle el rostro cuando pase por donde haya luz, y mañana averiguaré quién habita en la casa de donde ha salido.

Dice el adagio que el hombre propone y Dios dispone, y de esto se olvidaba el espía.

No hubiera el miserable calculado con tanta seguridad si sospechara que quien acompañaba á Leandro era el señor Antonio de Quirós; ¿cómo había de ocurrírsele semejante cosa?

Los dos amigos se detuvieron como si lo hicieran distraídamente, mientras continuaban en conversación.

El espía se detuvo también.

Siempre cauto, acercóse á la pared y se ocultó precisamente en el hueco de la puerta de la casa del señor Felipe de Maldonado.

Transcurrieron unos cinco minutos.

El hidalgo se despidió de Leandro y retrocedió.

Andaba muy despacio.

Parecía muy distraído.

El señor Antolín lo miraba y esperaba á que pasase.

Poco á poco desviábase hacia la derecha Quirós, resultando que llegó á encontrarse á dos pasos de la casa del señor Felipe y frente á frente á la puerta.

Entonces, sin pronunciar una palabra, y con rapidez inconcebible, sacó el brazo derecho armado con la espada, que relumbró.

Un grito de pavor exhaló el espía, y antes de que pudiera moverse, sobre su débil cuerpo cayó de plano la espada, produciendo un ruido sordo.

—¡Socorro!—exclamó el espía.

Otro cintarazo, no menos terrible que el primero, le hizo rodar.

Y otro tras aquél, y otros luego, recibió el desdichado, que mientras gritaba hacia grandes esfuerzos y se revolvió desesperadamente.

Cuando Quirós tuvo por conveniente suspender el vapuleo, levantóse el señor Antolín, y como si alas tuviese en los pies, tomó calle abajo, corriendo con pasmosa velocidad.

El señor Antonio lo dejó, y como si nada de particular hubiera sucedido, siguió calle arriba.

Veinte minutos después se encontraba en la Cuesta de Santo Domingo, y sin detenerse más que algunos momentos para escuchar y mirar á su alrededor, acercóse á la puerta que ya conocemos, sacó la llave, abrió y se entró en la vivienda de don Luis de Guzmán.

Allí le esperaba la dicha al lado de la encantadora doña Luz.

Entretanto el señor Antolín, que sin cesar había corrido hasta la Puerta de Segovia, dotóse, y convencido de que nadie lo seguía, retrocedió mientras exhalaba angustiosos lamentos, porque no tenía hueso que no le doliese.

—¡Misericordia divina!... Estoy horriblemente magullado... ¿Quié es ese hombre, quién?... Afortunadamente lo conoceré mañana y me vengare, sí, me vengaré... Cobarde soy; pero no necesito valor para que con su vida acabe un asesino.

Llamó á la posada y entró cojeando y encorvado.

—¿Qué os ha sucedido?—le preguntó el posadero.

—¡Ah!...

—Estáis pálido como un difunto, y...

—Maese Crispín, haréis la obra de caridad de darme algunas friegas con lo que os parezca mejor.

—Pero...

—Un miserable me ha llenado el cuerpo de

cintarazos, y me parece que algún hueso tengo roto.

—Entonces lo mejor es el vinagre y la sal, que aunque algo mortifica, cura pronto y bien.

—Hacéd lo que mejor os parezca, porque así no puedo estar.

—¿Y en dónde os ha sucedido esc?

—En esta misma calle, y casi frente á esta misma casa.

—¿Por qué no habéis gritado?

—Ya lo hice, pero dormido debíais estar.

—Sí, dormido estaba, y he despertado cuando llamásteis... Vamos, señor Antolín, tened ánimos, que lo que más duele es lo menos peligroso.

—¡Desdichado de mí!

El posadero, con la mejor buena fe del mundo, dió al señor Antolín las friegas con el vinagre y la sal, y tan de veras lo hizo, que la sangre brotó en algunos sitios.

Quizás era peor el remedio que la enfermedad.

Gran parte de la noche pasó el espía sin que le fuese posible conciliar el sueño.

No madrugó al día siguiente; pero apenas almorzó, y aunque muy dolcrido tenía el cuerpo, salió de la posada para hacer averiguaciones sobre los habitantes de la casa donde la noche anterior había entrado el mancebo.

Para nada le sirvió toda su habilidad.

Los vecinos no pudieron decir más sino que allí vivían dos mujeres, de más edad la una que la otra, muy hermosa la joven, y hermosa todavía la que parecía ser su madre, pues había bastante semejanza entre sus rostros. No salían sino los días de fiesta muy temprano, y lo más extraño de todo era que no habían visto criados ni nadie que llevase comida.

En cuanto á hombres, ninguno habían visto salir ni entrar. El aspecto de las dos mujeres era el de personas de distinción y de mediana fortuna. Así se encontró el señor Antolín con un misterio.

¿Quiénes eran aquellas dos mujeres, cuyos criados, si los tenían, no salían de la casa ni aun para comprar el alimento?

Siguió preguntando, y aunque encontró vecinos que eran tan curiosos como habladores, no consiguió saber más de lo que ya le habían dicho.

—¡Vive Dios!—exclamaba.—Dejaré de ser quien soy, ó pondré en claro el misterio.

En seguida se encaminó á la vivienda de don Juan de Guevara.

—Novedades debe haber—dijo éste—cuando no esperáis á que llegue la noche.

—Sí.

—Sepamos.

Con toda exactitud refirió el espía lo que le había sucedido, dando á conocer el resultado de sus primeras averiguaciones.

—Me infunde miedo todo lo que no conozco—dijo don Juan.

—Por de pronto á mí me ha costado una paz.

—Os desquitaréis y yo os ayudaré.

—Viendo estáis que no debemos olvidarnos de Leandro, porque indudablemente tiene más importancia de la que parece.

—Ya lo veo.

—Decidme si ahora he de ir al Arrabal.

—No.

—Allí me parece que no he de ver más de lo que he visto.

—Por eso conviene que con preferencia os ocupéis de los misteriosos habitantes de esa casa.

—Los vecinos no saben más de lo que han dicho.

—Os queda un recurso.

—Sí, esperaré á pasado mañana, que es día de fiesta, y al amanecer estaré en las cercanías de la casa.

—Las seguiréis, y supongo que iréis á la iglesia para oír misa.

—Pero les veré el rostro.

—Y aguzaréis el ingenio para entablar conversación con ellas.

—Quizás acierte llamandø en su aposento mientras ellas oyen misa.

—Es buena idea.

—Si nadie me responde, señal cierta será de que no tiene criados.

—Sois astuto, señor Antolín.

—Y toda mi astucia he de emplearla para vengarme.

Separáronse.

Pocos minutos después salió de su casa don Juan.

Su resolución era firme.

Sin vacilar se encaminó hacia San Martín.

Iba á dar uno de esos golpes de audacia con los que tanto había conseguido en otras ocasiones.

Al arrabal llegó.

Entonces, aunque ligeramente, palideció.

Empero no se detuvo.

Siguió avanzando con paso firme.

Llegó á la pobre vivienda del veterano y dió algunos gólpecitos en la puerta.

—Adelante—dijo el buen Cañamero desde la habitación donde se encontraba.

El criminal entró.

CAPITULO XIX

DE CÓMO DON JUAN, SIN SABERLO, FAVORECIÓ
Á LEANDRO

Entró don Juan, encontrándose con su hija y con el señor Antón.

Sabemos ya que Leandro había prometido ir aquella mañana; pero no lo hizo, y debemos suponer que así cumplía las órdenes que debió darle el señor Antonio la noche anterior.

Mucho sentía Consuelo que no se encontrase allí el hombre á quien amaba.

Con las palabras más dulces y sonriendo, saludó el criminal á las dos nobles criaturas á quienes engañaba, y particularmente se mostró cariñoso con la huérfana.

Antón siempre lo miraba con desconfianza.

Consuelo sintió otra vez lo que el día anterior no había podido explicarse. La presencia de aquel hombre ejercía en ella una influencia incontrastable.

Sentáronse, y don Juan, después de algunos momentos, dijo con grave tono:

—Si creéis que nadie ha de interrumpirnos...

—Nadie ha de venir como no sea Leandro, y ya os dije que para él no tenemos secretos, y que por consiguiente no es un estorbo.

—Si corresponde á vuestra confianza.

—Sí, caballero.

—No le conozco; pero me permitiréis que dude, y el tiempo dirá si me equivoco.

Consuelo se sintió vivamente herida por estas palabras, y replicó:

—Caballero, Leandro tiene un alma noble, nos ha dado pruebas de su cariño, ha hecho por mí algún sacrificio de mucha importancia, y sin ofenderlo gravemente no puedo poner en duda su buena fe.

—No he querido decir que os engañe, sino que para convencerme necesito algunas pruebas, puesto que se trata de una persona á quien ni siquiera conozco. Olvidad estas observaciones.

hijas de la prudencia, y ocupémonos de lo que tanto nos interesa á todos.

—Os escuchamos.

—Hoy me concretaré á referir la historia que ayer os dije se parecía á la vuestra, y después reflexionaréis, y si he conseguido inspiraros confianza, me hablareis con la misma franqueza que yo os hablo.

Si extraño era el principio de aquellas relaciones, no menos extraña era su continuación.

¿Con qué fin iba don Juan á referir aquella historia? Esto no se comprendía.

Antón y Consuelo debían escuchar, porque nada perdían por hacerlo así.

Guardó silencio el señor de Guevara como si meditase para coordinar sus ideas, y después de algunos minutos dijo:

—A pocas leguas de Burgos, y en las cercanías de una aldea, vivía con su padre una mujer tan inocente como hermosa, tan pura como sensible. Se llamaba Rosalía.

No pudo Consuelo contener un grito.

—¡Rayos!—exclamó Antón.

—¿Qué os sucede?

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo.

—¡Vive Dios!... No es nada, caballero, no es nada.

—Continuad, os lo suplico.

El señor de Guevara miró con extrañeza á los que podemos considerar sus víctimas, se encogió de hombros, y dijo:

—Continuaré, y luego me daréis explicaciones.

—Sí, sí.

Es imposible hacer comprender la ansiedad de la huérfana desde que oyó pronunciar el nombre de su madre.

Violentemente latía su corazón.

Sin darse cuenta de lo que hacía, acercóse más á su padre.

Antón arrugaba el entrecejo y se esforzaba también para dominarse y aparentar alguna calma.

El criminal prosiguió diciendo:

—La inocente Rosalía tuvo la desgracia de conocer á un caballero y de amarlo con delirio. No haré mención de detalles que ahora no tienen importancia, y solamente diré que aquella infeliz, trastornada por su pasión, y sin darse cuenta de lo que hacía en esos momentos de delirio que tan caros cuestan á la mujer, sucumbió á las seducciones del caballero, sacrificándole todo lo que poseía, que era su honra.

Las lágrimas se escaparon de los magníficos ojos de Consuelo.

—¿Y quién era él?—preguntó el veterano mientras apretaba los puños.

—Uno de esos hombres ricos educados descuidadamente, y que no se ocupan más que en en satisfacer sus pasiones impuras, sin que les importe el mal que hacen. Para librarse de los compromisos en que había de colocarlo aquel abuso, ocultó su verdadero nombre, y dijo que se llamaba Gastón de Sandoval.

La joven elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Muy poco faltó para que dijese que aquel hombre era su padre; pero el veterano, á pesar de la escasez de su entendimiento, dejándose llevar por el instinto, exclamó:

—¡Fuego del infierno!... Consuelo, calla... ¡Rayos!... No digas ni una palabra... deja que hable este caballero.

La pobre niña quedó inmóvil.

Apenas podía respirar.

Don Juan de Guevara, como si no tomase en consideración lo que oía, prosiguió diciendo:

—El seductor hizo lo que no era sorprendente, desapareció. La pobre Rosalía, comprendiendo al fin la inmensidad de su desgracia, confió sus penas á una amiga leal, y ésta hizo cuanto es imaginable para encontrar al caballero. Nada consiguieron; Rosalía fue madre, y su anciano padre aceptó aquella desdicha con cristiana resignación; pero determinó alejarse de la comarca donde todos lo conocían y se trasladó á Burgos.

—¿Y allí?...

—Rosalía murió, y, según entiendo, su padre amparó á la inocente niña fruto de aquel extravío. Supongo que no consiguieron averiguar el verdadero nombre del seductor, pues lo han dejado en paz. Diez y ocho años han transcurrido, y al fin ha despertado la conciencia del que tanto mal hizo, y, arrepentido y sufriendo lo que no podéis comprender, busca en vano á su pobre hija para reconocerla y remediar su falta en cuanto el remedio es posible; pero Dios lo castiga y le presenta toda clase de obstáculos para que realice su deseo.

Al decir esto don Juan, cambió de expresión su semblante.

Parecía que estaba profundamente conmovido.

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Suspiró penosamente.

Quedó inmóvil como una estatua.

Debía creerse que una borrasca espantosa agitaba su espíritu en aquellos momentos.

Consuelo temblaba.

Miró angustiosamente á su protector.

Éste se movía de un lado para otro sin decir nada y queriendo decir mucho.

La situación no podía ser más violenta.

Acababa de oír la joven su misma historia, y ya no podía dudar de que á su padre lo conocía don Juan de Guevara.

Empero no era solamente don Juan quien aquella historia conocía, sino también el señor Antonio de Quirós.

Y de entrambos, el segundo le inspiraba á Cañamero más confianza.

¿Por qué el señor Antonio no se había mostrado tan expansivo y hablaba de peligros de gran importancia, recomendando la más absoluta reserva?

¿Y por qué don Juan, sin conocer á la huérfana y sin otros antecedentes, refería aquella historia como si tuviese la seguridad de que Consuelo era la pobre niña fruto del extravío del llamado Gastón?

Otra cosa llamaba la atención del veterano: Quirós aseguraba que el padre de Consuelo era un miserable, un criminal empedernido, y el señor de Guevara decía que era un hombre que en su juventud se extravió y que estaba arrepentido, y que deseaba remediar en cuanto fuese posible los males que había hecho.

La diferencia era grande.

¿Quién de los dos mentía?

Era indudable que uno de aquellos dos hombres procedía de mala fe.

Antón hubiera fallado sin vacilar contra don Juan de Guevara.

A Consuelo le pareció que el hidalgo era honrado á más no poder; pero no se hubiera atrevido á condenar á su padre.

No se atrevió la pobre niña á pronunciar una palabra, porque su protector la había mandado callar.

Largo rato pasó sin que otro ruido se percibiese que el de la respiración violenta de aquellas tres criaturas.

Por fin Antón rompió el silencio para decir:

—Continuad, caballero.

—He concluido—respondió don Juan con voz ahogada.

—¿Conocéis el verdadero nombre del seductor de Rosalía?

—Sí.

—¿Decís que está arrepentido?...

—Y que sufre mucho.

—No lo creo.

—¿Y por qué lo dudáis?

—Lo dudo... ¡Rayos!... No lo sé; pero ello es que lo dudo, porque el corazón me dice que ese hombre es ahora tan malo como antes, y que quizás es peor.

Se estremeció violentamente don Juan, y su mirada se fijó con un si es no es de miedo en el veterano.

Éste añadió:

—Decid quién es ese hombre, y saldremos de dudas.

—¿Y para qué queréis saberlo? ¿Acaso os interesa esa historia? Nada tenéis que ver con Rosalía ni con la niña que dejó en el mundo...

—¡Fuego del infierno!.. Me parece que no nos entenderemos jamás.

—¿Y por qué?

—Si Dios me hubiera dado más entendimiento, me explicaría muy claramente; pero lo haré como pueda.

—Decid.

—Cuando yo no veo claro, desconfío.

—¡Señor Antón!...

—Que el diablo me lleve si no digo lo que siento.

—Pero lo que sentís...

—Os desagrada—replicó el veterano con su ruda franqueza.

—No, porque no me ofende lo que se dice con sinceridad. ¿Qué es lo que para vos está obscuro?

—Una cosa que no entiendo.

—Sepamos, y, si me es posible, aclararé vuestras dudas.

—¿Para qué nos habéis referido esa historia?

El hombre de poco entendimiento aturdió con estas sencillas preguntas al astuto, que no acertó á responder.

—Cuando me digáis eso con claridad os diré yo otras cosas con la franqueza que siempre hablo.

—Os lo he dicho—respondió al fin el señor de Guevara—para convenceros de que no es imposible encontrar al padre de esta pobre niña, así como yo descubrí quién era el seductor de Rosalía.

—Pues para convencernos bastaba con que nos hubiéseis dicho que con otro caso igual habíais conseguido descubrir lo que parecía imposible; pero referir esa historia, citando nombre, sin miramiento alguno... ¡Vive el cielo!... No me convenzo, don Juan.

—Siento mucho que con dudas paguéis mi buena fe.

—Pues todavía me ocurre otra cosa—dijo Antón, cuya falta de entendimiento parecía suplida entonces por la inspiración.

—Sepamos.

—No parecéis tonto, caballero.

—No lo soy.

—¿Y cómo no se os ha ocurrido que al referirnos esa historia nos dabais ocasión para cometer un abuso, engañan lo al que fué seductor de Rosalía?

—¡Un abuso!

—Porque ahora podría Consuelo decirle á ese hombre que era su hija, y justificarlo con esa misma historia, encontrándose así con un padre noble y rico.

—¡Bah!... Eso no puede suceder.

—¿Y por qué no?

—Por la razón sencilla de que esta criatura es incapaz de cometer semejante abuso.

—Cuando apenas la conocéis...

—La nobleza de su alma está pintada en su semblante. No es ella quien ha de probar que es hija del llamado Gastón, sino que por el contrario, él tendría que convencerla que es su padre, y la única prueba que ese hombre puede presentar, es el conocimiento detallado de la historia de la pobre Rosalía, pues ésta murió y no puede reconocerla, y su amiga murió también ó desapareció sin que se sepa dónde está.

Ya no pudo el veterano seguir el laberinto de la discusión según hábilmente la conducía el señor de Guevara.

Demasiado había hecho el buen Antón, y como no acertaba á replicar, dijo:

—Siento que no esté aquí Leandro.

—Según veo, quisiérais que á todas horas se encontrase ese mancebo en vuestra casa.

—Y con nosotros viviría si no fuese porque los vecinos son murmuradores, y como Consuelo es hermosa y él tiene pocos años y...

—Señor Antón—interrumpió don Juan cambiando de tono.

—¿Qué queréis?

—Vais á saber lo que represento ahora, y

cuando lo sepais me escuchareis con más atención.

—No os comprendo.

—Aquí me teneis para servir á un amigo desgraciado.

Tampoco entiendo ahora.

—He venido para convencerme de que vuestra protegida es la hija del que se llamó Gastón de Sandoval, la hija de Rosalía...

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo.

—Su padre es mi amigo...

—¡Por Satanás!...

—Y está dispuesto á reconocerla...

—¿Dónde está mi padre?—preguntó la huérfana, cogiendo y estrechando fuertemente las manos de don Juan.—¿Por qué no ha venido?... ¡Ah!... ¿Acaso cree que su hija ha de rechazarlo? ¿Imagina que en mi alma puede haber rencor para mi padre?... En nombre de lo que más ameis...

—Recobrad la calma—dijo don Juan, que no podía indiferentemente escuchar á la desgraciada niña.

—Sí, calma tendré; pero que venga mi padre ó llevadme donde está. Quiero abrazarlo...

—¡Vive el cielo!—exclamó el veterano.—Consuelo, sosiégate, yo te lo mando... Estás cometiendo una imprudencia... Déjame hablar, que aunque el entendimiento me falte, arreglaré este asunto como debo y te conviene. Pues qué, ¿te doy el nomáre de hija para permitir que cualquier desconocido venga y disponga de ti sin más fundamento que el de contar una historia?... ¡Por el rabo de Satanás!... Yo no sé explicarme; pero sí sé lo que hago.

Los ojos de Antón brillaban como carbunclos.

—Yo mando aquí—dijo enérgicamente—, y ha de obedecerme todo el mundo. Tengo derechos que nadie me negará, y además de esos derechos tengo la protección del rey, y sin conocimiento del rey no se dará un solo paso, no se adoptará ninguna resolución. No basta que tu padre venga, pues no te permitiré que lo abrasces sin conocimiento y autorización del rey, porque otra cosa sería la mayor ingratitud, y por nada del mundo seré ingrato.

La mirada intensa de Antón Cañamero dominó, no solamente á la pobre niña, sino á don Juan de Guevara.

Anonadado se sintió éste.

Esperaba que Antón y su protegida se arreba-

tasen, y entusiasmados no pensasen más que en la nueva dicha que se les ofrecía.

Se había equivocado.

De pavor se sintió poseído al oír nombrar al rey.

Afortunadamente no había dicho todavía que él fuese el seductor y el padre de la huérfana.

Silenció guardó por algunos minutos.

Meditó, y recobrándose con la facilidad que siempre lo hacía, dijo:

—Mucho me place que habéis así, porque dais una prueba del interés que os inspira esta criatura desgraciada, y de vuestra firme resolución de hacerla feliz y de sacrificarlo todo por ella.

—Sí, caballero, porque si entendimiento me falta, me sobra corazón.

—¡Bien, muy bien!

—Ahora decid lo que se os antoje.

Consuelo dejaba correr el llanto.

—Mientras llega el momento de terminar este asunto—dijo don Juan—, será preciso adoptar ciertas precauciones, porque á vuestra protegida le amenazan peligros que desconoceis, y algo sucede que ignorais, algo muy grave que ha de influir poderosamente en la suerte de esta criatura.

—Pues vos me direis lo que es ese algo.

—Antes necesito que Consuelo prometa decir clara y terminantemente la verdad en lo que he de preguntarle.

—Si no quereis que revele ningún secreto...

—Es un secreto, pero que á ella sola le pertenece, y que al revelarlo no comete ningún abuso.

—Preguntad, caballero, y después yo diré si Consuelo debe contestar.

—De todos modos haré la advertencia, y así mi responsabilidad quedará á cubierto, y su padre no podrá decir que he omitido nada para librar á su hija de ciertos males.

—Os escucho.

—Antes declararé que reconozco la virtud de esta inocente niña, y que será imposible que olvide sus deberes; pero sin olvidarlos puede colocarse en una situación difícil y hacerse más desgraciada de lo que es.

—Ciertamente.

Don Juan fijó una mirada penetrante en la joven, y dijo:

—Consuelo ama á un hombre.

—¡Por Satanás!—gritó el veterano.

La joven se estremeció.

Enrojeció su rostro como si sangre fuese á brotar.

Instantáneamente cesó su llanto.

Inclinó la cabeza, y fijó en el suelo su mirada.

—Habla, hija mía, habla... El amor no es un crimen, y á tu edad bien puede haberse interesado tu corazón... Yo no he de enfadarme por eso, con tal que amas á un hombre honrado, tan honrado como yo, pues lo demás nada vale.

—¡Padre mío!—exclamó la inocente niña.

—Responde...

—¡Ah!...

—¿Es verdad que amas á un hombre?

Consuelo volvió á inclinar la cabeza y dijo con voz ahogada:

—Pero mi amor no es correspondido.

—¡Tripas de Lucifer!... ¡Rayos y truenos!... ¡Amas á quien no te correspondel... ¿Es posible que haya un hombre que con indiferencia te mire?

Y jurando y maldiciendo y apretando los puños con desesperación el buen Cañamero, empezó á pasearse por la habitación.

—El hombre á quien ama Consuelo—dijo don Juan—es honrado, muy honrado...

—Su nombre, decid su nombre.

—Leandro.

—¡Vive Dios!...

—¿Me equivoco?—preguntó el señor de Guevara á Consuelo.

—No—respondió ésta, que no sabía mentir.

—¡Que amas á Leandro!... ¡Torpe de mí!...

—Ahorá, señor Antón, determinad lo que bien os parezca... Recobrad la calma; reflexionad, y otro día trataremos de este asunto; en la inteligencia de que es preciso que seáis muy reservado, porque si no, comprometeríais gravemente al padre de Consuelo, y mucho más comprometido quedaría si su majestad supiese que él era el seductor de la pobre Rosalía. Pensadlo bien.

—Pero aún no habéis dicho su verdadero nombre.

—Necesito estar autorizado para decirlo.

Antes de repetir las últimas frases que se cruzaron sobre tan grave asunto, debemos retroceder, volviendo al punto en que daba principio la conversación, y veremos á Leandro, que se acercó á la puerta de la casa, detúvose, escuchó, entró luego sin producir el más leve ruido, y volvió á detenerse junto á la puerta del aposento donde se encontraban Antón, Consuelo y don Juan.

El mancebo, oculto en sitio conveniente y según lo convenido con el hidalgo la noche anterior, había esperado hasta que vió entrar en la casa al criminal.

No hay que decir que ni una sola palabra perdió de cuanto hablaron Consuelo, su protector y el señor de Guevara.

Difícilmente dominó Leandro los arrebatos de su indignación cuando oyó hablar al señor de Guevara.

Entonces pudo apreciar más y más toda la ruindad del alma del traidor.

Cuando creyó que nada de interés le quedaba que oír, cometió don Juan la torpeza de hablar del amor de Consuelo.

No es posible concebir la ansiedad de Leandro en aquellos momentos, verdaderamente terribles para él.

Consuelo iba á dar á conocer los sentimientos de su corazón, sus secretos.

Lívido y desfigurado estaba el rostro del mancebo. Frio y copioso sudor corría por su frente.

Le faltaban las fuerzas y tuvo que apoyarse en la pared.

Con más tranquilidad escucha el reo su sentencia de muerte.

Por fin la huérfana pronunció las palabras terribles.

Leandro se movió para entrar en el inmediato aposento, caer á los pies de la joven y decirle que la adoraba.

Brillaron en sus ojos las llamaradas de su intensa pasión.

Revolvióse en su pecho con violencia convulsiva su corazón enamorado.

¡Consuelo lo amaba!

Empero esta dicha inmensa se turbó bien pronto.

—Es honrado, muy honrado—había dicho don Juan.

¡Nada más que honrado!...

Y con toda su honradez era pobre, y ni siquiera un nombre plebeyo tenía, mientras que la joven podía aspirar al nombre ilustre de Guevara.

Leandro se oprimió el pecho y elevó al cielo una mirada de desesperación.

¡Cuánta amargura había en su alma noble en aquellos momentos!

No necesitaba escuchar más, porque ya sabía cuanto podía interesarle, y porque la conversación había terminado.

Fuerzas le pedía el infeliz al Omnipotente. Su mismo dolor, su desesperación le daba fuerzas.

Salió de la casa con pasos vacilantes.

Sentía como si su cerebro fuese á estallar.

Se alejó para evitar que el señor de Guevara lo viese.

¿Adónde iría?

Nadie podía comprenderle, nadie podía consolarlo y reanimar su espíritu más que el señor Antonio.

Hacia el arroyo del Arenal siguió.

Entretanto decía don Juan:

—Viendo estáis que cometeríais una imprudencia al hacer todo lo posible para que ese mancebo estuviese al lado de vuestra protegida.

—Yo los miraba á los dos como hijos, y á ellos como hermanos...

—La buena fe excesiva es tan peligrosa como la malicia más refinada.

—Ni siquiera me ocurrió pensar...

—Pues ya lo sabéis.

—¡Vive Dios!

—El asunto es grave.

—¡Pobre hija mía!... Pero, en fin, no quiero creer...

—¿Dudáis aún?

—No dudo del amor de la pobre Consuelo.

—Entonces...

—Lo que me parece imposible es que Leandro no la ame.

—Y antes os parecía imposible lo contrario.

—¡Rayos!... ¿Por qué no me habrá dado Dios entendimiento?

—Padre mío...

—Oye una cosa, Consuelo.

—Mi desgracia...

—Ahora caigo en la cuenta de que cuando viene Leandro, mientras habla conmigo te mira á ti.

—Señor Antón, vuestras observaciones...

—¡Cuernos de Satanás!... Dejadme, caballero, que aunque torpe... ¡Cien legiones de condenados!... Sí, Leandro te ama, y por eso no se ha ido á Flandes, y creo que te ama desde que te vió.

—Todo es posible—dijo don Juan—, pero...

—Yo fijaré la atención... Lo que me falta de entendimiento me sobra de voluntad... Eso de que Leandro mire á Consuelo mientras habla conmigo... ¡Vive Dios!... ¿Por qué no me mira á mí cuando habla con ella?... Y si yo estoy en

mi aposento y ella en otro, no sé cómo se arregla que acaba por ir adonde ella está... Que el diablo me lleve si no salgo con la mía.

—Mucha prudencia, mucho cuidado.

—Ya veréis si sé disimular.

—Fío en vuestra discreción.

—Y en la que me interesa la suerte de esta pobre niña.

—Que Dios os ilumine, señor Antón.

—Falta me hace.

—Volveré mañana para conocer la determinación que habéis adoptado.

—Os esperaré.

Don Juan salió.

—¡Ah!—exclamó Consuelo.—Se va sin decirme quién es mi padre.

—Te has olvidado del señor de Quirós.

—¡Dios mío!...

—Piensa que el señor de Quirós conoce también á tu padre, y en él tengo más confianza que en don Juan. Lo que ahora me pone en mayor cuidado es lo de tu amor...

—Olvidadlo, padre mío.

—¡Que lo olvide!... Pues es precisamente lo que más me interesa.

—Si Leandro no me ama...

—Te digo que sí.

—Ilusiones que se desvanecerán muy pronto.

—¿Y por qué te mira tanto, por qué?...

—Me ama como un hermano.

—Veremos quién se equivoca.

Así continuaron la conversación Cañamero y su protegida, y entretanto el infeliz mancebo entraba en la vivienda del señor Antonio.

—¡Por Dios vivo!—exclamó éste al ver el rostro lívido y desfigurado del infeliz joven.

—¡Ah!... Sufro horriblemente, estoy desesperado, y...

—¿Ya os faltan las fuerzas para dominaros y para luchar?

—¡Consuelo me ama!—exclamó Leandro.

—Eso yo lo sabía y os lo dije.

—¡Y tendrá un nombre ilustre y será rico!

—Abrazadme y escuchadme, pobre niño.

Y en los brazos del señor Antonio cayó el mancebo mientras decía:

—¡Gracias, gracias!... ¡Vos compensais mi sufrimiento!

CAPITULO XX

CÓMO FELIPE II ACABÓ DE SOMETER
AL SEÑOR ANTONIO

El señor Antonio y Leandro se separaron dos horas después.

Mientras el mancebo se encaminaba á la vivienda del señor Antón, el hidalgo fué al alcázar real, solicitando ver á Felipe II.

No se le hizo esperar, y el monarca lo recibió como siempre lo había recibido, con marcadas muestras de distinción, que obligaron al señor Antonio á decir:

—Señor, vuestra majestad me honra mucho más de lo que merezco.

—Más de lo que merece no doy á nadie—replicó el monarca—, porque ante todo quiero ser justo; no habéis venido estos días, y he supuesto que os ocupábais en cumplir el encargo que os hice.

—No he pensado en otra cosa, señor.

—¿Y qué habéis conseguido?

—Todo cuanto es posible, aunque no tanto como deseo.

El monarca miró por un momento al señor Antonio, y luego dijo:

—Pues qué ¿habéis averiguado dónde se encuentra esa pobre niña, cuya suerte miro con tanto interés?

—Y algo más que eso.

—¡Más aún!

—Dios ha querido protegerme para servir á vuestra majestad.

—Con tal que no os hayáis equivocado...

—No, señor.

—Con seguridad absoluta habláis, buen Quiros.

—Pues no tengo la costumbre de aventurar afirmaciones.

—Sepamos—dijo el rey.

Y cambió de postura, y otra vez fijó la mirada en el hidalgo.

Este, siempre impasible, dijo con la más perfecta calma:

—Señor, en el Arrabal de San Martín habita un hombre que se llama Antón Cañamero, y que por el espacio de muchos años ha servido lealmente á vuestra majestad.

—Muy bien.

—Con ese hombre, cuya honradez es desgraciadamente muy rara, vive una joven que tiene

diez y ocho años, y que se llama Consuelo. Sus cabellos son rubios, azules sus ojos, y su belleza incomparable. Su alma es aún más bella, y su corazón es un tesoro de ternura.

—El retrato es seductor.

—El original tiene más encanto.

—Proseguid.

—Antón Cañamero, cuando prestó sus últimos servicios en el Escorial en los tristes días del motín de los trabajadores, encontró á esa niña al lado del cadáver de su abuelo en el bosque del Castañar.

—Es la misma, la misma.

—Vive con la modestia consiguiente á su humilde clase, y todo lo espera de la misericordia divina, y...

El señor Antonio se interrumpió.

—¿Por qué no continuais?—le dijo Felipe II.

—Si vuestra majestad me lo manda...

—Sí.

—Pues bien; esperan mucho también de la justicia de vuestra majestad.

—¡De mi justicia!

—Sí, señor.

—¿Pues quién los ha ofendido?

—Nadie.

—Entonces no se comprende que pidan justicia.

—Si vuestra majestad me lo permite...

—Hablad.

—He cumplido las órdenes de vuestra majestad averiguando dónde está la huérfana.

—Y os felicito.

—Gracias, señor.

—Pero más sabéis, señor Antonio.

—Mucho más.

—¿Conocéis la historia de esa criatura?

—La conozco.

—¿Sabéis quiénes fueron sus padres?

—Lo sé, y además otras cosas que tienen mucho interés y que han de servirme de gobierno para evitar que se cometan cierta clase de abusos.

—Para eso estoy yo.

—Señor, una cosa es castigar y otra es prevenir, y yo no quisiera que se castigara á los criminales, sino que no se cometiese el crimen.

—De todas maneras, si llega el caso de hacer justicia necesitaré antecedentes y un conocimiento exacto de la situación.

—Entonces...

—Ahora, Quirós, ahora es cuando necesito saber lo que habéis conseguido averiguar.

—Entre los soldados que en el bosque del Castañar encontraron á Consuelo, iba un joven, cuya vida es también un misterio, porque no ha conocido á sus padrès y ha pasado por situaciones que apenas se conciben. Careciendo de los recursos más indispensables para vivir, sentó plaza de soldado con la firme resolución de hacer fortuna ó de morir en los campos de batalla; pero las circunstancias lo habían dispuesto de otro modo, y sucedió que al ver á la huérfana la amase con todo el ardor de su corazón virgen.

—He ahí una complicación que puede dar origen á otras, y muy graves.

—A ruegos de Antón ha permanecido el mancebo en Madrid.

—¿Y corresponde la huérfana á su amor?

—Lo ha ignorado hasta hoy; pero al saber que también era amado, su desesperación ha llegado al último punto.

—Eso es incomprendible.

—Señor, no tiene fácil explicación lo que pasa.

—Esa historia empieza á interesarme mucho. ¿Cómo se llama el joven soldado?

—Leandro.

—Continuad.

—El padre de Consuelo vive.

—¿Le concedéis?

—Y vuestra majestad también.

—Su nombre.

—Quisiera no pronunciarlo, porque razones de delicadeza...

—Decidlo—interrumpió Felipe II con la breve entonación que no daba lugar á réplica, y que subyugaba á los más audaces.

El señor Antonio levantó la cabeza, tuvo valor para mirar frente á frente al monarca, y dijo:

—Señor, conste que obedezco á vuestra majestad.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Don Juan de Guevara.

El rey, siempre con la misma frialdad que lo caracterizaba, dijo:

—Cuando os mandé buscar á Consuelo, sabía yo que era hija de don Juan.

—Señor...

—Y sé también que él no tenía noticias de la criatura que es testimonio de sus extravíos, y otras muchas cosas sé que os evitarán la moles-

tia de dar explicaciones. Lo que yo no sabía era si valiais bastante para averiguar todo eso, y como ya lo sé, porque viéndolo estoy, podemos hablar de otra manera.

El hidalgo se sintió por algunos momentos aturrido, porque todo lo esperaba menos lo que estaba sucediendo.

—Acercaos—dijo el rey.

Dió algunos pasos Quirós.

—Más—añadió Felipe II—, aquí... escuchad. Se inclinó respetuosamente el hidalgo.

Si antes no lo había reconocido, tenía que reconocer que Felipe II era un hombre extraordinario.

—Esa historia de extravíos y de maldades la conozco, aunque todavía no han llegado á mi noticia muchos detalles. Sé que don Juan de Guevara se había olvidado de su hija; pero ahora debe buscarla con gran empeño.

—Sí, señor.

—Yo le mandé que me ayudase para averiguar el paradero de esa criatura.

—¡Ah!...

—¿Os sorprendéis?

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Y qué es lo que comprendéis?

—Lo que hace don Juan de Guevara.

—Escuchad aún, porque quiero que me conozcais, y si después de conocerme dudáis de que soy un rey justiciero, si después de conocerme os empeñáis en seguir por el camino en que antes donde dísteis el primer paso en hora desdichada para vos, hacedlo, señor Antonio de Quirós.

—Señor...

—Yo lo sé todo, absolutamente todo.

Estas palabras tenían una significación verdaderamente espantosa.

—Y porque lo sé todo—añadió Felipe II—he hecho justicia á vuestros nobles sentimientos. A nadie he hablado como os habló á vos.

—Ya lo sé—dijo el señor Antonio por decir algo.

—No ignoro que don Juan de Guevara es vuestro asesino, y tengo todas las pruebas, todas. No ignoro que vos protegéis á la viuda y á la hija de Vargas, y ocultas las tenéis... No ignoro que habéis hecho todos los esfuerzos imaginables para salvar al conde de Norringens, y que trabajáis para conseguir la regeneración de don Pedro de Carvajal; y sabiendo todo esto, y teniendo las pruebas, no debéis callar ni disimular, y

fingir que lo ignoráis. Pero el día de la justicia se acerca, y el desengaño será terrible para los criminales. Sí, justicia haré; pero no quiero que sufran víctimas inocentes, y si yo ahora hiciese caer la cabeza de don Juan, Consuelo se quedaría sin padre y sin nombre; y si me apresurase á castigar á don Pedro, no podríais realizar la difícil y noble empresa que habéis acometido. Conjuraciones contra mi persona, asesinatos, incendios... ¡Oh!... Son demasiados crímenes y no pueden quedar sin castigo; pero sabed que á pesar de todo mi rigor, prefiero el arrepentimiento de los criminales. Tal vez Dios quiera ayudaros para que se regenere don Pedro de Carvajal; pero en cuanto á don Juan de Guevara no esperéis de él más que maldades. Y guardaos, señor Antonio de Quirós, guardaos mucho, porque Guevara no debe ignorar que sois imprudente hasta el punto de ir á media noche solo y descuidadamente á la Cuesta de Santo Domingo para entrar en la vivienda de don Luis.

El hidalgo inclinó la cabeza.

No acertaba á responder.

Por primera vez en su vida se sentía confuso.

Para que un hombre como él se turbase, era menester que el monarca hiciese lo que estaba haciendo, hablar como hablaba.

¿Quién hubiera reconocido á Felipe II en aquellos momentos?

Nadie más que el doctor Olivares lo hubiera mirado sin sorpresa, porque el doctor era el único que lo conocía como nadie lo conoció, el único que había penetrado en el fondo de aquella alma tenebrosa.

Por algunos minutos guardaron silencio.

Por fin dijo el monarca:

—Ahora dadme cuenta de vuestras averiguaciones en cuanto se refiere á don Juan.

—Sirviéndose de uno de esos miserables que están dispuestos á todo para ganar algún dinero, ha conseguido descubrir el paradero de su hija.

—¿Cuándo?

—Muy pocos días hace.

—¿Y qué ha determinado?

—Fingiéndose un accidente repentino, pidió socorro en la vivienda de Antón ayer por la mañana, y así ha principiado sus relaciones con su hija.

—Intenta un nuevo abuso.

—Sospecho que lo que se propone es hacer que Consuelo desaparezca.

—No os equivocáis.

—Y esta mañana ha vuelto, ha referido la historia de la pobre niña, y le ha dicho al fin que iba en nombre de su padre, que está arrepentido y que quiere cumplir el deber de reconocerla.

—¡Oh!...

Afortunadamente el honrado Antón, dejándose llevar de su instinto, ha contestado que nada determinaría sin conocimiento de vuestra majestad.

—Corazón leal.

—Como ninguno.

—¿Y qué ha hecho don Juan de Guevara?

—La determinación de Cañamero ha desconcertado sus planes; pero es demasiado astuto, y como no ha de detenerse ante ningún obstáculo...

—Dará el golpe.

—Sí, señor.

—Peor para él.

—Leandro, advertido por mí, y poniendo en práctica mis consejos, escuchaba la conversación, y don Juan de Guevara, sin sospechar que hacía un beneficio al mancebo, interpelló á la pobre niña sobre los sentimientos de su corazón, y ella confesó ingenuamente que amaba al infeliz Leandro, y así es como él ha sabido que su pasión era correspondida.

—La mano de Dios.

—El pobre mancebo, que no tiene nombre ni fortuna, ni siquiera esperanzas de que mejore su situación, sufre horriblemente, porque su dignidad no le permite aspirar á la mano de una mujer que tiene derecho á un nombre ilustre y que debe ser rica.

—¿Y vos os habéis puesto en relaciones con Cañamero y la huérfana?

—Sí, señor.

—¿Y les habéis dicho?...

—Lo que era prudente decirles y nada más.

—Preciso es que averigüéis con todos sus detalles los antecedentes de ese pobre mancebo.

—Los conozco.

—Yo también quiero conocerlos.

—Señor, la historia es muy triste.

—No importa.

—Me la ha referido el infeliz después de vencerse de que su suerte me interesa mucho.

—Pues bien, esa historia habéis de referírmela, porque si no la conozco, nada podré determinar con acierto.

—Si vuestra majestad lo manda...

—Sí.

Forzoso le fué al señor Antonio cumplir esta orden.

Con la brevedad posible empezó á referir la triste historia de Leandro.

A los pocos minutos el rey arrugaba el entrecejo. Poco después escuchaba con ansiedad creciente.

¿Qué tenía la historia de Leandro que así llamaba la atención de todos?

¿Por qué despertaba interés tan vivo hasta en Felipe II, á quien nada conmovía?

No se le ocultaba al hidalgo el efecto que sus palabras producían; pero continuaba el relato sin mirar apenas al rey.

Lo que tenía aquella historia lo sabremos pronto; pero ahora volvemos á decir que aún no es tiempo de darla á conocer con todos sus detalles.

Cuando terminó el hidalgo, quedó Felipe II inmóvil como una estatua.

Después de algunos minutos cambió de postura, y dijo:

—Quisiera conocer á ese mancebo.

—Fácilmente se cumplirán las órdenes de vuestra majestad.

—Mañana á estas horas vendréis con él.

—Tendré esa honra, señor.

—Le diréis que me habéis hablado de sus desgracias y de sus vivos deseos de servirme como buen vasallo, y que quiero felicitarlo por su honradez para que no se desaliente y siga por el camino de la virtud, el camino del cumplimiento de sus deberes.

—Señor, disponga vuestra majestad de mi vida.

—¡Gracias á Dios!

—Cuando mañana á estas horas...

—No... Otra cosa pienso... ¿Encontraríais ahora al pobre Leandro?

—En la vivienda de Cañamero está.

—Pues id por él y traedlo inmediatamente.

—Señor...

—Y no os recatéis aunque por allí anden don Juan de Guevara ó ese miserable que lo sirve.

—Que Dios guarde á vuestra majestad—dijo el hidalgo.

Y salió de la cámara.

De bien extraña manera había terminado la conversación.

—Leandro—murmuró el rey cuando estuvo solo.

Y cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Aquí tenemos, lector, otro misterio que ahora no podemos penetrar.

CAPITULO XXI

LA DESGRACIA PARA LOS UNOS Y LA SUERTE PARA LOS OTROS

Del Alcazár real salió el señor Antonio, y con cuanta prisa le fué posible llegó al Arrabal.

Frente á la casa de Antón encontrábase el señor Antolín, que al ver al hidalgo hizo un gesto de disgusto; pero mayor y más desagradable fué su sorpresa cuando vió que entraba en la vivienda del veterano sin detenerse ni aun para llamar.

—¡Por el infierno!—exclamó el espía.—¿Qué significa ésto?... ¡Quirós!... ¿Acaso está en relaciones con esta gente?... Sí, debe estarlo, porque entra sin pedir licencia... ¡Y no hemos sospechado semejante cosa!... Pues casi me considero sobre un volcán... ¡Misericordia divina!... Desde anoche lueven las desgracias sobre mí... ¡El señor Antonio de Quirós!

Palido se tornó el rostro del señor Antolín.

Tenía miedo, y para evitar otra paliza como la que había sufrido, determinó retirarse, si bien ocultándose tras de una esquina para seguir observando.

Hablaban el veterano, Consuelo y Leandro, cuando de repente se abrió la puerta de la habitación, presentándose el hidalgo.

Resonó una exclamación de sorpresa.

No lo esperaban hasta el siguiente día, en que terminaba el plazo de los tres días que había fijado.

—¡Por los cuernos de Lucifer!—exclamó Cañamero.—Ya no le tengo miedo á nadie.

—¿Qué sucede?—preguntó el mancebo, cuya mirada se fijó ansiosa en el señor Antonio.

—Perdonad—dijo éste—; pero ahora no puedo detenerme á dar explicaciones, porque el rey me aguarda, y bien sabéis que sería muy peligroso hacer esperar á Felipe II.

—¡Que os aguarda el rey...!

—Y á vos también, señor Leandro.

—¡A mí...!

—¡Rayos y truenos!...

—¡Ah!—exclamó la huérfana.

Y otra vez y con tanta sorpresa como ansiedad miraron al señor Antonio.

Este, en vez de dar explicaciones, le dijo al veterano:

—Para vuestra satisfacción, os participo que anoche dí una paliza á ese bribón del rostro amarillento.

—¡Vive Dios!...

—Ignora quién le molió los huesos, y por consiguiente...

—Pero...

—Hablabamos después, ó mañana.

Consuelo miraba alternativamente á Leandro y al señor Antonio, porque le pareció que éstos no se trataban como si fuesen completamente extraños.

Ya sabemos que ella ignoraba las íntimas relaciones del mancebo y del hidalgo.

—Tendré paciencia y esperaré.

—Señor Antón, vuelvo á recomendaros la prudencia, la reserva y la vigilancia más constante, pues los peligros aumentan.

—¡Oh!...

—No ignoro que os ha visitado un caballero que se llama don Juan de Guevara.

—¡Por Satanás!...

—Y que os ha referido la triste historia de esta pobre niña, y que asegura que conoce á su padre...

—¡Caballero!...

—No miente en cuanto á lo de conocer al padre de Consuelo; pero guardaos, porque si os dejáis entusiasmar caeréis en el lazo que os han tendido.

—¡Cien mil legiones de condenados!...

—¡Dios mío!...

—Y basta por hoy, que bastante he dicho.

Con asombro miraba Consuelo y Antón al hidalgo.

Este le dijo al mancebo:

—Vamos, que el rey nos espera.

Leandro se puso en pie como el autómatas que obedece á sus resortes.

No estaba menos aturcido que Antón.

Sin pronunciar una palabra salió con el hidalgo.

El buen Cañamero se encogió de hombros, y dijo:

—Pues señor, no lo entiendo.

—¿Quién es este hombre que todo la sabe?— dijo María.

—Ya has oído las noticias que Leandro nos ha dado de él.

—Sí, es noble, rico, honrado, valeroso...

—Un gran hombre.

—Pero todo eso...

—Lo que todo eso significa es que no debemos fiarnos de don Juan de Guevara.

—¡Ah!...

—Y lo que más me gusta es lo de la paliza que dió anoche á ese bribón que tiene cara de lechuza.

—¿Y por qué hizo eso?

—Pues la cosa es muy sencilla: porque ese hombre es un desalmado y sirve á tus enemigos, y anda espiondo al pobre Leandro, y... ¡Vive el cielo!... Tanto se enreda este asunto, que será milagro de Dios si no me vuelvo loco... Espera-

El veterano fué á la puerta de la casa y miró á la calle por si allí se encontraba el señor Antón; pero éste, aunque á larga distancia, habia seguido al señor Antonio y al mancebo, mientras decía para sí:

—¡También ellos se conocen!... Tiemblo... ¡Oh!... La fortuna me vuelve la espalda.

Con mucho disimulo y ocultándose cuanto le era posible, siguió el señor Antón á los dos amigos.

Llegaron éstos al alcázar real.

Entraron.

Acrecentaba el miedo del espía.

Inmóvil quedó por algunos minutos.

Cuando levantó la cabeza y se volvió para empezar á pasearse, encontróse con don Juan de Guevara, que á palacio iba.

—¿Qué hacéis por aquí?— preguntó don Juan.

—¡Estamos perdidos!

—¿Pues qué sucede?

—Ahí los tenéis, acaban de entrar; se conocen, y han venido hablando como dos amigos...

—¿De quién habláis?

—¿De quién ha de ser sino del señor Antonio de Quirós y Leandro?

—¡Señor Antón!...

—Fué Leandro á visitar á sus amigos y luego llegó también el hidalgo y entró en la casa sin pedir licencia ni siquiera llamar...

—¡Por el infierno!

—Y han salido juntos y han entrado...

—¡Oh!...

—Ya lo veis, se conocen todos, están en relaciones íntimas, representan una farsa, y nos sucederá lo que el gato que queda preso en la ratonera.

El señor de Guevara reflexionó por algunos momentos, y luego dijo:

—¿Aún no sabéis quién os dió anoche la paliza?

—No.

—El señor Antonio de Quirós.

—¡Por Dios vivol...

—Seguid observando y esperadme aquí, ó en el Arrabal, ó en las cercantías de la casa de las mujeres misteriosas.

Y al decir esto don Juan, separóse del espía y en el alcázar real entró.

Temblaba el criminal como había temblado otras veces.

Subió, detúvose en una galería solitaria para reponerse algún tanto, y reflexionó.

—¡Oh!—murmuró.—Ese hombre ha nacido para mi tormento, para mi desdicha, para mi perdición; se encuentra en todos los caminos: amo á doña Luz, y se me presenta como rival; me meto en la intriga de la conspiración, y descubré mis planes; me ocupó de mi hija, y él se me adelanta y me pone en el mayor de los conflictos. ¿Adónde iré, y qué haré sin que tenga que entenderme con ese hombre á quien odio tanto?... Conoce á mi hija y á su protector, quizás tiene sobre ellos una gran influencia, y hoy va á buscar á ese otro mancebo á quien Satanás confunda, y lo trae á palacio... ¿Para qué?... No, no puedo estar tranquilo.

Don Juan hizo esfuerzos sobrehumanos para recobrar la calma, y cuando lo consiguió hasta donde era posible, entró en los salones donde se encontraban los cortesanos.

Bien pronto oyó que algunos de éstos manifestaban su extrañeza por lo que acababa de suceder, es decir, que hacían comentarios porque el señor Antonio de Quirós había pasado más de una hora en la cámara real, había salido y volvió con un soldado joven y vestido muy pobremente.

Empero nadie sabía dar explicaciones sobre sucesos tan extraños.

¿Quién era aquel mancebo?

Esta pregunta la repetían sin cesar los cortesanos.

Don Juan escuchaba y temblaba, porque en aquellos momentos no había para él nada tan espantoso como que el monarca supiese dónde se encontraba Consuelo.

Lo único que al criminal le tranquilizaba era que le parecía imposible que se averiguase que él era el seductor de la infeliz Rosalía.

Sin embargo, por las indicaciones que le hizo

el señor Antonio el día inolvidable que le devolvió la espada, debía creer que el noble y valeroso hidalgo conocía aquel secreto, si bien no era posible que tuviese pruebas.

Preciso era esperar para salir de dudas.

De un lado para otro fué don Juan de Guevara.

Los minutos le parecían siglos.

¿Qué sucedía en tanto en la cámara real?

La escena que allí tuvo lugar fué tan breve como interesante.

Felipe II fijó una mirada profunda y escudriñadora en Leandro, contemplándolo por algunos momentos sin pronunciar una palabra.

El joven inclinó la cabeza y quedó inmóvil como si se hubiera petrificado.

Su corazón latía con violencia.

Sentíase muy turbado.

No era posible que resistiese la mirada dominadora del tirano de dos mundos.

—Acercáos más—le dijo por fin el monarca.

El joven obedeció, volviendo a quedar inmóvil.

—Levantad la cabeza... Miradme... Así.

Y haciendo un gran esfuerzo, Leandro consiguió resistir la mirada de Felipe II.

—Bien—dijo éste.—Sois ambicioso, ¿no es verdad?

—Quiero ser algo, señor—respondió el mancebo.

—Y ese algo lo buscáis en el camino más peligroso, en el de las armas, es decir, que jugáis la vida para perderla ó ganar la fortuna.

—Juego la vida porque no tengo otra cosa.

—También tenéis el honor.

—¡Ahl... El honor se defiende, pero no se juega.

Otra vez el rey fijó su penetrante mirada en el mancebo.

—Según tengo entendido, habíais proyectado ir á Flandes.

—Porque me pareció que allí serviría mejor á vuestra majestad.

—¿Y por qué habéis desistido?

—Tengo aquí que cumplir un deber, y como soy muy joven y me queda tiempo para todo...

—Sí, después de lo uno podéis hacer lo otro.

—Y lo haré si Dios me da vida.

—No habéis conocido á vuestros padres.

—Esa es mi desgracia, señor.

—¿Qué habéis hecho para buscarlos?

—Cuanto es imaginable; pero todos mis es-

fuerzos han sido inútiles. Buscar á mi padre cuando no sé si existe, cuando no conozco su nombre ni su condición, ni siquiera sé dónde pueda encontrarse, es loca empresa.

—¿Y os habéis resignado?

—No, señor.

No necesitaba más Felipe II para conocer al mancebo y apreciarlo en lo que valía.

A pesar de su turbación, las respuestas de Leandro probaban su clara inteligencia.

Muy satisfecho debió quedar el monarca, porque dijo:

—Endulzaré cuanto sea posible vuestra desgracia.

—Señor...

—Por ahora no saldréis de Madrid, porque tenéis que cumplir un deber.

—Dos, señor, porque es otro deber la orden de vuestra majestad.

—Desde hoy quedáis agregado á mi guardia.

—¡Yo en la guardia del rey!—exclamó el mancebo.

—No es bastante tener valor para sufrir las desgracias, sino que también es preciso tener el alma grande para que no deslumbre la fortuna.

—Es verdad—murmuró el joven como avergonzado por el arrebató de su alegría.

—Sois alferez.

—Tanta honra...

—Quiero pagar anticipadamente vuestras pruebas de lealtad.

—Será muy poco hacer si por vuestra majestad sacrifico la vida: será muy poco.

—He dicho que sois alferez... Retiraos y cumplid vuestro deber.

Ni una sola palabra se atrevió á pronunciar el mancebo.

Se inclinó respetuosamente.

—Justicia—murmuró el hidalgo, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—Ya lo veis.

—Soy de vuestra majestad.

—Sí—dijo Felipe II, desplegando una leve sonrisa—, sois mto hasta donde podéis serlo de ningún hombre; sois mto con la conciencia de lo que hacéis, no incondicionalmente como lo son otros... Que Dios os guarde, y hasta mañana.

De la cámara salieron el señor Antonio y Leandro.

El primero iba tranquilo como siempre.

El segundo estaba muy conmovido.

Sus ojos brillaban con el fuego de su alegría inmensa.

—¡Ah!—exclamó.—No puede comprender el rey el beneficio que me ha hecho.

—Os equivocáis, porque lo comprende demasiado bien.

—Vamos, vamos.

—Idos, que para nada me necesitáis ahora.

—Presenciaréis mi dicha.

—Después me referiréis lo que ha sucedido, porque ahora tengo que hacer aquí.

—¡Cuánto os debo!...

—Al fin os convenceréis de que es posible el remedio para vuestros males.

—¡Oh!...

—Idos, que los minutos valen mucho... Y tened cuidado, observad.

Leandro, que todo lo veía confuso en aquellos momentos, atravesó por entre los cortesanos, sin reparar que la atención de todos se fijaba en él, y particularmente la de don Juan de Guevara. Salió del alcázar real.

Se detuvo algunos momentos para respirar el aire libre, y luego corrió hacia el Arrabal.

Jadeante, más que por la fatiga de su cuerpo por la agitación de su espíritu, entró en la morada del veterano.

No es posible tener idea de lo que expresaba el rostro del mancebo.

La huérfana exhaló un grito.

—¡Rayos!—exclamó el honrado Cañamero.

—¡Dios mto!...

—¡Fuego de Satanás!... ¿Qué sucede?... ¿Y el señor Antonio de Quirós?

Leandro miró alternativamente al veterano y á Consuelo.

Parecía gozarse con aquella sorpresa.

Al fin se acercó á la joven, la contempló, y le dijo:

—Consuelo, te amo, tuyo es mi corazón, tuya mi alma...

No pudo continuar, porque la huérfana exhaló un grito y fijó una mirana de estupor en el mancebo.

Y el señor Antón, envanecido porque había adivinado el amor del joven, se acercó á su protegida, y le dijo:

—¿Te convences ahora?... ¡Mil rayos!... La cosa estaba muy clara, porque aquello de mirarte mientras hablaba conmigo... ¡Cuernos de Lucifer!...

Y añadió, dirigiéndose á Leandro:

—¡Conque la amas!... ¿Y por qué no lo habías dicho?... La pobre Consuelo sufría, y tú también, y así hubiéramos pasado toda la vida...

Repentinamente cambió la expresión del rostro del mancebo.

—Aún debiera callar—dijo con grave tono— porque bien pensado, ¿quién soy?... ¡Pobre de mí!... Me he dejado arrebatar por la alegría; pero...

—¿Acabarás de explicarte?

—Perdonad—dijo tristemente Leandro.

Consuelo le miró con ansiedad.

—Sí, he ocultado mi amor, y debo ocultarlo todavía. ¿No habeis comprendido mi situación?

—Lo que no entiendo es lo que dices—replicó el veterano.

—Consuelo tendrá muy pronto un nombre ilustre.

—¡Leandro!

—Será rica...

—¡Por Satanás!...

—Y yo no tengo nombre, y mi pobreza...

—¡Rayos y truenos!...

—Señor Antón.

—Te has vuelto loco, Leandro, te has vuelto loco.

La joven elevó al cielo una mirada dolorosa, inclinó luego la cabeza, y el llanto empezó a correr por sus mejillas.

En aquellos momentos, que debieron ser para ella de júbilo sin igual, de inmensa dicha, sentía el alma destrozada.

—Ya ves lo que haces—dijo severamente el veterano— y si me equivoco, que lo diga Consuelo. Acabás de ofenderla, suponiendo que ella miraría esas vanidades del nombre y que tomaría en consideración tu pobreza.

—Ella me ama, ya lo sé, porque lo atestigua su dolor; pero mi dignidad, el mundo...

—Estás delirando.

—Y ahora, al encontrarme protegido por el rey, al cambiar mi situación y ser algo en el mundo, no he podido dominarme, y...

—Me aturdes con tantas palabras. Dí con claridad lo que ha sucedido, sepamos para qué te llamaba el rey, y así nos entenderemos.

—Ya no soy un pobre soldado.

—¡Qué no eres soldado!

—Sí lo soy; pero pertenezco á la guardia de su majestad, v...

—¡Mil rayos!

—¡Soy alférez!

—¡Alférez tú!...

—Sí.

—¡Que el infierno me traguel!

—Para eso me llamaba su majestad.

—¿Y qué has hecho para conseguir lo que yo no he podido conseguir en toda mi vida y después de romperme el alma por esos mundos de Dios?

—Nada, ya lo sabeis.

—Algo será.

—Ni siquiera he solicitado ver al rey, y ni he prestado ningún servicio de importancia... Supongo que todo esto es obra del señor Antonio.

—Bien decía yo que el tal hidalgo es un gran hombre.

—Su majestad me ha hecho algunas preguntas sobre mi situación y mis aspiraciones, y le he respondido sinceramente. Me miró y me dijo que lo mirase, y luego... Nada más, porque me nombró alférez y me despidió, y ya no pude pronunciar una palabra. Sorprendido, aturdido, trastornado, creí que había hecho mi fortuna, y sin pensar que aún me falta un nombre, aunque sea plebeyo, me consideré digno del amor de una mujer que fuese noble y rica...

—¡Vive el cielo! ¿Acaso no tienes corazón?

—Creo que sí.

—¿Y qué más necesitas para que te ame cualquiera mujer? ¡Tripas de Satanás!... Consuelo te amaba cuando no tenías esperanza de hacer fortuna, cuando ni remotamente podías sospechar que habías de ser alférez, y eso te prueba... ¡Cien mil legiones!... Si Dios me hubiese dado más entendimiento, yo me explicaría.

—Os comprendo.

—Pues bien, Consuelo te amaba, tú la amabas también... ¿Qué más pedís á la fortuna?... ¡Un nombre ilustre!... Muchos lo tienen y son indignos de que los ame la mujer más desdichada.

—Otra vez os pido perdón.

—Entiéndete con la pobre Consuelo... Mira cómo llora... De todo esto resulta que si yo fuese todavía soldado, tú serías mi jefe.

—Lo cual prueba que el rey ha cometido una injusticia.

—Es que hay mucha diferencia entre nosotros, porque tú tienes mucho entendimiento y yo no tengo ninguno. El rey hace siempre justicia, ¿lo entiendes? Has tenido ocasión de verlo. Y sobre todo, el resultado es que sin saber cómo y cuando menos lo esperabas, te encuentras he-

cho alférez, y lo mismo serás capitán, y Dios sabe lo que llegarás á ser.

—Sí, el resultado es que no he podido dominarme, y que de mi amor he hablado, y que me encuentro con la dicha inmensa de que Consuelo me corresponde.

—¿Deseas algo más?

—Cumplir mis deberes, porque ha principiado una lucha, cuyo resultado nadie puede prever.

—Leandro, estoy aturrido, porque suceden unas cosas muy raras, y me parece que ahora debes explicarlo todo con claridad.

—Las explicaciones os las dará el señor Antonio de Quirós, cuya nobleza de alma tendréis ocasión de conocer.

—Tu no conocías á ese hombre.

—No.

—Aquí te vió un instante, y ni siquiera habló contigo.

—Es verdad.

—Y sin embargo parece que estais en relaciones y que os conocéis muy bien. ¿Qué significa esto?

—Si habeis visto que me buscaba el señor Antonio, fué para cumplir las órdenes del rey.

—No lo entiendo, no lo entiendo.

—Con él hablasteis el otro día, y por consiguiente sabreis mejor que yo lo que se propone.

El veterano, queriendo cumplir su promesa de ser reservado en cuanto le había dicho Quirós, dió á la conversación nuevo giro, exclamando:

—¡Vive el cielo!... Si estos enredos no acaban pronto, perderé el juicio. Y para que nada falte, se nos presenta don Juan de Guevara, y...

—Desconfiad de ese hombre.

—¿Y por qué—preguntó Consuelo.

—Como no conocemos sus intenciones...

—Me promete lo que para mí tiene más valor.

—Eso lo promete también el señor Antonio.

—¿Es posible el engaño?

—Todo es posible, Consuelo, y esto no lo comprendes, porque no conoces el mundo. Sin embargo, recuerda la historia de tu pobre madre y te convencerás de que hay criaturas sin conciencia, hombres tan ruines que de todo son capaces para satisfacer sus pasiones. ¿Qué escrupulos puede tener el que fué causa de la muerte de tu madre?

—¡Ah!...

—Es preciso que desconfies de todo el mundo.

—Pero si yo conozco á mi padre y lo dejo en paz, si nada tiene que temer de mí, el mayor mal que puede hacerme es el de dejarme abandonada como hasta hoy me ha tenido. ¿Acaso es posible que me busque para hacerme mal? No, Leandro, eso no es posible, porque nadie echa sobre sí una responsabilidad grandísima, nadie arrostra grandes peligros por el sólo placer de ver sufrir á otro. Además, por malo que sea mi padre, y Dios me perdone esta suposición, es mi padre al fin, y si no me amo, tampoco es posible que me odie, porque ningún mal le hice.

—Consuelo—replicó Leandro tristemente—, hace dos días he tenido ocasión de conocer el mundo, de saber hasta dónde puede ir la criatura en sus horas de extravío, y... Nada más puedo decirte.

—Pero...

—Tienes enemigos, y yo los tengo.

—¡Tú también!...

—Y nuestros enemigos acechan, esperando la ocasión para descargar el terrible golpe.

—¿Con qué fin?

—Preguntadle al señor Antonio de Quirós, porque yo no sé más.

—Tú no dices lo que sabes—replicó el veterano.

—Pues bien, si queréis conocer mi opinión...

—Sí.

—Desconfiad de don Juan de Guevara.

—Conoce á mi padre.

—También lo conoce el hidalgo.

—¿Y por qué no me revelan el secreto?

—Lo ignoro.

—¡Dios mío!...

—Nos mortificamos en vano... ¡Ah!... Puesto que nos amamos, como no ama ninguna criatura, hablemos de nuestro amor.

Imposible fué conseguir que el mancebo diese más explicaciones.

Poco á poco fueron recobrando la calma.

El sentimiento de su amor inextinguible se sobrepuso á todo.

No podía suceder otra cosa.

Media hora después, Consuelo y Leandro se consideraban las criaturas más felices.

También el señor Antón gozaba.

¿Qué le importaba que los enemigos de Consuelo trabajasen, si él se consideraba con valor y fuerzas bastantes para aniquilarlos á todos?

Finalmente, resuelto estaba á no separarse un momento de su protegida, y mientras á su lado

estuviese, parecíale imposible que le hiciesen ningún mal.

Al fin se separaron.

El mancebo fué en busca del señor Antonio, á quien encontró en su casa, refiriéndole cuanto había hecho desde que salió del alcázar real.

—La situación ha cambiado—dijo Quirós—; pero no es más ventajosa para nosotros, porque los peligros son ahora los mismos que antes. El plan de Guevara lo adivino fácilmente, y como no ha podido ponerlo en práctica, porque encontró el inconveniente de la resolución adoptada por el veterano, apelará á otros medios, á la violencia, y hará cuanto es imaginable para apoderarse de Consuelo.

—Eso puede estorbarlo el rey con mucha facilidad.

—Si lo estorbase no tendría el placer de ver que don Juan acumulaba crímenes, ni tampoco tendría ocasión de apreciar lo que valéis. Su majestad sabía dónde estaba Consuelo, y sin embargo, me mandó que la buscara. Quizás conoce también á vuestro padre...

—¡Ahl...

—Pero os dejará.

—¿Acaso se complace el rey en ver cómo los demás luchan y sufren?...

—Nadie puede saber lo que le complace á Felipe II, porque nadie puede penetrar en su alma, y la prueba la tenéis en lo que con vos ha sucedido.

—Es verdad.

—Conviene, pues, que á todas horas estemos en comunicación.

—Sí.

—Y para evitar que nos sorprendan ó nos ataquen separadamente, debemos vivir reunidos.

—Señor Antonio...

—Una de dos, señor Leandro, y yo me voy á vivir á vuestra casa, ó vos venís á la mía. Elegid, porque me es indiferente.

Leandro quedó pensativo.

El hidalgo añadió:

—O nuestra amistad es verdaderamente íntima y sincera, ó no lo es. En el primer caso, es entre nosotros una ofensa decir lo tuyo y lo mío, porque la mezquina cuestión de intereses nada debe representar.

—Tenéis razón; pero...

—¿Qué duda os ocurre?

—En apariencia vivís solo con vuestros criados; pero en realidad estáis en compañía de dos

mujeres, una de ellas joven, con un amante, y...

—Vuestros escrúpulos son exagerados.

—Haré lo que dispongáis.

—Sin embargo, quiero ser prudente hasta la exageración.

—Espero vuestras órdenes.

—Ocuparéis la habitación que yo tuve en la hostería de maese Bonifacio, porque es preciso que estéis con el decoro que corresponde á vuestra nueva clase.

—Pensad que todavía no soy rico.

—Si otra vez volvéis á la cuestión mezquina del dinero...

—No, no.

—Ahora iremos á la hostería; y como yo sigo pagando aquel aposento, desde luego lo ocuparéis y ya no tendréis que pensar más que en trocar esa ropa miserable por otra mejor, pues es posible y aun probable que os llame el rey cuando menos lo esperéis, y le desagradaría que os presentáseis así, revelando la miseria, así como también vuestros compañeros os mirarán con desdén. Este es el mundo, y es preciso someterse á las consecuencias.

Ni debía ni podía el mancebo rechazar los ofrecimientos del señor Antonio.

Media hora después se encontraban en la hostería, y maese Bonifacio escuchaba respetuosamente las instrucciones que el hidalgo le daba.

Aquel mismo día el mancebo se vistió como á su clase correspondía.

¿Y don Juan de Guevara?

Escuchaba los comentarios que los cortesanos hacían, pues rápidamente cundió la noticia de que su majestad había nombrado alférez al pobre soldado, á quien todos vieron en compañía del señor Antonio de Quirós.

Esto nadie lo comprendía; pero el señor de Guevara se convenció de que sus adversarios estaban más prevenidos de lo que parecía, y, que por consiguiente, era preciso dar un golpe terrible y decisivo, pues las contemplaciones y miramientos no habían de producir más que nuevos conflictos. Esperó el señor de Guevara á que el rey se presentase á los cortesanos, y lo miró con atención profunda.

Nada consiguió, porque el semblante de Felipe II expresaba lo mismo que siempre, ó lo que es igual, nada expresaba; era la máscara de hielo á través de la que no podía verse su alma.

Muy preocupado salió del alcázar real el traidor.

Encaminóse al arrabal de San Martín.

Allí estaba el espía, que también estaba muy pensativo.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó el caballero.

—Ahí tenéis á Leandro.

—Sí, el rey lo ha nombrado alférez.

—¡Alférez!... Ahora comprendo por qué ha cambiado de ropaje.

—Tened presente que el señor Antonio de Quirós es muy rico.

El señor Antolín arrugó el entrecejo.

—Y he visto otra cosa más interesante: Consuelo se asomó á la puerta, y sonreía como si fuese completamente feliz.

—Lo cual prueba que se ha entendido con Leandro.

—Y él también sonreía.

—Peor para ellos—murmuró el señor de Guevara.

En aquellos momentos el señor Antolín sufría horriblemente.

Los celos destrozaban su alma.

—Venid, que tenemos que hablar.

—Antes decidme una cosa.

—¿Qué?

—Si pensáis dilatar mucho este negocio.

—¿Y qué os importa?

—Es que necesito cuanto antes tomar venganza, porque no olvido el ataque de que anoche fui víctima.

—¿Y si renuncio á mis planes?

—Haré por mi propia cuenta lo que parezca mejor.

—¿Pero qué haréis?

—Aún no lo sé.

—Sospecho que el señor Antonio de Quirós fué quien anoche os dió la paliza; pero bien puede suceder que me equivoque.

—Como la culpa de todo es este mancebo...

—¿Queréis herirlo?

—Sí, herirlo en el alma.

—¡Señor Antolín!...

—Si de este asunto os desentendéis, ¿qué os imprta lo que yo haga?

—Sin embargo...

—Caballero, ni perdono ni olvido.

—Yo tampoco.

—Pues bien, dexerminad lo que haya de hacerse, en la inteligencia de que os serviré de balde, y si algún dinero tomo, será para pagar gente que me ayude.

—Perdéis la paciencia.

—Por primera vez en mi vida.

—De lo que acabáis de decir deduzco que intentaríais apoderaros de Consuelo.

—Tal vez.

—Así me serviríais, bien lo sabéis.

—¿Y qué me importa hacerlos mal ó bien, si yo satisfago la sed de mi venganza?

—Señor Antolín, con mucha facilidad nos pondremos de acuerdo, pues si ya se ha interesado vuestro amor propio, haréis prodigios.

—Con la ventaja para vos de que no he de ser exigente.

—Pues venid y hablaremos.

—Idos á vuestra casa y esperadme, que quiero hacer las últimas observaciones cuando salga Leandro.

—No olvidéis que ya sois conocido.

—No puedo olvidarlo, porque sería olvidar el ultraje de anoche.

—Hasta luego.

—Y que Satanás nos proteja.

A su casa se fué don Juan.

El señor Antolín continuó paseando por los alrededores de la casa.

Su movimiento era siempre el mismo.

Trazaba los planes más horribles.

¿De qué no sería capaz ese miserable en los momentos de delirio de su pasión y en el trastorno de sus celos?

Cuando el sol acababa de ocultarse entró el señor Antolín en la vivienda de don Juan de Guevara.

Los dejaremos conferenciar y arreglar el asunto, cuyos resultados hemos de ver muy pronto.

CAPITULO XXII

DON JUAN DECIDE Y LEANDRO TEME

No necesitó reflexionar mucho el señor de Guevara para comprender todo lo grave, lo difícil, lo peligroso de su situación, pues bien claramente se veía que el rey había tomado parte en aquel asunto, entendiéndose con el señor Antonio de Quirós, de quien debía suponerse que de la mejor gana del mundo haría cuanto fuese menester, siquiera porque se trataba de su mayor enemigo, de su rival, del que había intentado asesinarlo.

Los criminales de más clara inteligencia, más astutos y más previsores, se ofuscan en los mo-

mentos en que se ven rodeados de muchos y grandes peligros, y entonces, para salvarse, hacen un supremo esfuerzo, y cometen todas las locuras, lo sacrifican todo para conjurar la tormenta.

Bien pudo el señor de Guevara ir al rey, decirle que había encontrado á Consuelo, que ésta era su hija y quería reconocerla, y así hubiera aparecido como el criminal que se arrepiente y es digno de consideración; pero esto ofrecía un inconveniente gravísimo para el miserable, pues hubiera tenido que renunciar para siempre á la mano de la encantadora doña Luz.

Para la hoguera del amor no hay combustible como los obstáculos y las contrariedades, y las que se le habían presentado á don Juan, algunas de ellas casi insuperables, encendieron más y más su pasión, llegando ésta en pocos días á constituir una verdadera necesidad, sin cuya satisfacción era casi imposible la vida.

Con frecuencia visitaba á don Luis, y muy rara vez y sólo por casualidad había conseguido ver á la bellísima joven.

Cuando pensamos constantemente en una mujer y la vemos muy poco, acabamos por idealizarla hasta el punto de que tiene un encanto, un atractivo irresistible, porque entonces y para los ojos de nuestra imaginación, se presenta la criatura con todas las sublimidades de lo espiritual y ninguna de las vulgaridades de lo material, entonces la mujer amada no es más que poesía, sin que absolutamente haya nada de prosa.

Alguna noche, y para convencerse de que el señor Antolín no se había equivocado, don Juan de Guevara fué á la Cuesta de Santo Domingo y vió á su rival que estaba en la casa, permaneciendo allí dos ó tres horas.

Lo que el criminal sintió no puede explicarse.

Los celos lo atormentaron horriblemente, y tuvo momentos de un vértigo espantoso que no puede concebirse.

¿Cómo había de renunciar á doña Luz?

Antes sacrificarla mil veces á la inocente criatura, fruto de su criminal seducción, lo sacrificaría todo, hasta su existencia.

Don Juan de Guevara llegó al período del verdadero delirio, y, por consiguiente, había de cometer todas las locuras, todas las torpezas, y había de ir á todos los extremos.

—Que sea mía doña Luz—había dicho—, y que perezca todo el mundo; que sea mía, y que

después me trague el infierno; que sea mía, y por una hora de goces con su amor, acepto todos los martirios del infierno en la eternidad.

Tal era su estado moral cuando tuvo la última conferencia con el señor Antolín, y sucedió lo que debía suceder, que hablase sin ninguna reserva, declarando terminantemente que Consuelo era su hija, y que necesitaba que desapareciese para que no fuese un estorbo á sus amorosas aspiraciones con respecto á doña Luz de Guzmán.

Cuando todo esto oyó el miserable Antolín, dijo para su colete:

—Nos encontramos, pues, con dos mujeres rubias, y si la una ha de ser para este bribón, justo es que la otra sea para mí. Celoso está él, y yo también estoy celoso. Resuelto está á sacrificarlo todo para satisfacer su pasión, y yo tampoco he de tener escrúpulos, ni detenerme ante ninguna clase de consideraciones. Oda al señor Antonio de Quirós porque es su rival, y yo también le aborrezco porque me ha ultrajado, y porque se me presenta como un obstáculo en el camino de mis goces. En cuanto al otro mancebo los dos lo odiamos igualmente; yo, porque ama á Consuelo y es correspondido, y este miserable porque lo considera un estorbo para sus planes. No quiere que muera su hija, ni que se vea deshonrada, porque esto le parece demasiado horrible, y no reacciona que él perdió á Rosalía sin que lo detuviese ningún escrúpulo. Engañar á quien engaña á todo el mundo, es hacer una buena obra, y, por consiguiente, yo engañaré á este bribón y conseguiré realizar mi deseo.

El señor Antolín hizo uso de toda su habilidad para fingir, y prometió ejecutar el plan trazado por don Juan de Guevara, haciendo de manera que éste no apareciese como actor en el drama.

Lo que pensaba hacer no tenemos para qué decirlo, puesto que hemos de verlo muy pronto.

Dinero abundante dió don Juan al señor Antolín, y éste principió inmediatamente á trabajar.

Tenía buenas relaciones con la clase de gente que necesitaba para cometer el abuso, le sobraba experiencia en aquella clase de negocios, y, por consiguiente, muy pronto preparó cuanto necesitaba.

Aquel día pasó y también el siguiente.

Don Juan de Guevara no volvió á la vivienda del veterano, sino que pasó todo el día en los lu-

gares donde podía ser visto por sus amigos, y con alguno de éstos concertó cenar aquella noche alegremente y como quien no tiene que hacer más que divertirse.

Entre tanto, el señor Antonio, reflexionando sobre la situación, creía que don Juan de Guevara se ocupaba en buscar medios para salir del apuro y que muy pronto adoptaría una resolución; pero no era posible que el hidalgo sospechase la verdad y que tan ciego estuviese el traidor que cometiese un nuevo abuso, el mayor de todos, con tanta prontitud.

Bien es verdad que de todas maneras Antón estaba prevenido, y como ni por un solo instante se separaba de Consuelo, era casi imposible una sorpresa. Además, el señor Antonio, y particularmente Leandro, no perdían de vista la vivienda del veterano, y pocas horas eran las que éste se encontraba enteramente á solas con su protegida.

Empero aunque fuesen pocas horas, eran algunas, y hay que tener en cuenta también que Antón necesitaba dormir, y que también dormía Consuelo aunque fuese poco, y este tiempo y estas circunstancias las aprovecharían los criminales para llevar á cabo su intento.

Según hemos dicho pasó también el día siguiente con aparente calma, y cerró la noche y se esparcieron las tinieblas.

Leandro, según su costumbre, fué á visitar á sus amigos, y aquella noche las horas pasaron para él como pasan los instantes, porque su amor era correspondido, y se consideraba feliz.

Hablaron de su situación, de los últimos sucesos, y particularmente de don Juan de Guevara, cuyo proceder inexplicable era sospechoso para el buen Antón.

—No ha venido—decía éste.

—Desconfiad—contestaba el mancebo.

—Juzgáis con ligereza—observaba tímidamente la joven.

—El tiempo te convencerá.

—Si para la desconfianza es motivo lo misterioso del proceder, también debíamos desconfiar del noble Quirós, porque misteriosamente se presentó en esta casa, porque asegura que sabe quién es mi padre, y no revela el secreto, á pesar del interés que dice le inspiro.

—Graves razones debe tener—replicó el veterano.

—En el mismo caso puede encontrarse don Juan de Guevara—dijo Consuelo.

—Sin embargo, mírales el rostro y te convencerás de que tienen el alma muy distinta. El señor Antonio de Quirós ha principiado por hacer beneficios, y el otro por atormentarnos; el señor Antonio no se oculta del rey para ocuparse de este asunto, y don Juan puso muy mal gesto cuando le dije que yo no haría nada sin conocimiento de su majestad.

—Si conociésemos la situación de mi padre...

—Quirós la conoce—dijo Leandro—, y por más doloroso que te sea, es verdad que tu padre, consecuente con su historia, que es horrible y...

—¡Ah!...

—No quiero herir tu noble corazón filial.

—Si mi padre cometió en su juventud una locura...

—Un crimen—interrumpió el veterano enérgicamente.

La infeliz Consuelo inclinó tristemente la cabeza y exhaló un penoso suspiro.

—Es preciso que lo sepas—dijo Antón olvidándose de que debía guardar la más absoluta reserva sobre lo que le había dicho el noble hidalgo—, es preciso que lo sepas, porque has de saberlo algún día tu padre, á pesar de toda la nobleza de su cuna, es un desalmado...

—¡Dios mío!...

—Ha cometido muchos crímenes y...

—Callad, callad.

—Eres un ángel y...

—Mi padre no puede ser para mí más que... ¡mi padre!

—Pero si no tiene conciencia y quiere sacrificarte, como á tu madre sacrificó...

—¿Por que ha de hacerme mal si yo en paz lo dejo? Mi madre infeliz, enamorada y deshonrada, exigía que su seductor cumpliera los juramentos que había hecho, y yo nada exijo, y por consiguiente no es posible que piense en librarse de una criatura que no lo persigue, que nada le reclama.

—Sin embargo—replicó el mancebo—, bien puede suceder, y esto no es más que una suposición, que al saber tu padre que otros han llegado á conocer el secreto de tu existencia, te mire como á un estorbo y haga cuanto es imaginable para librarse de tí.

—¿Y para qué puedo yo estorbarle?

—Hagamos más suposiciones.

—Son tan horribles las que has hecho...

—Consuelo, piensa que nadie te ama tanto como yo; pero...

—¡Si comprendieras lo que sufro!

—Dejemos, pues, esta conversación y esperemos á que en claro se ponga el misterio y que cada cual tenga su merecido; pero no abrigues esperanzas que pueden desvanecerse, porque el desengaño sería un nuevo dolor. De la sinceridad de sus intenciones, de la nobleza de su alma me ha dado pruebas inequívocas el señor Quiros, y yo estoy dispuesto á dar por él la vida.

—¡Bien, hijo mío!—exclamó entusiasmado Antón.

—Las deudas de corazón y de gratitud...

—Todo es poco para pagarlas. Lo que el señor Antonio de Quirós tiene, yo no lo sé; pero sí puedo decir que desde el primer encuentro que lo conocí me inspiró la más ciega confianza y que haré cuanto él quiera y sin necesidad de que me dé explicaciones, porque tengo la seguridad de que no puede cometer ningún abuso.

—¡Vive Dios!... Es demasiada nobleza.

—Y el asesino es además su rival...

—¡Por el inferno!...

—Fíad en el señor de Guevara, si fiar queréis; no escuchéis al señor Antonio de Quirós, si no queréis escucharlo; pero tampoco le hagáis la ofensa de poner en duda sus nobles cualidades.

—Ni yo haré eso, ni permitiré que nadie lo haga en mi presencia. ¡Rayos de Satanás!... Me ofendería el que ofendiese al señor Antonio de Quirós, y si al que me ofenda perdono, no perdonaré al que á él lo haya ofendido.

—Sí—dijo Consuelo—, á mí también el noble hidalgo me inspira confianza; pero dejadme con mi creencia de que mi padre se arrepintió de haber cometido el abuso que á mi madre le costó la honra y la vida, á dejadme creer también que puede amarme, que me ama y que me busca para estrecharme cariñosamente contra su pecho.

—Peor para ti si eso crees.

Así continuaron la conversación hasta después de las once.

Antón dijo que tenía sueño, y Leandro se despidió y salió de la casita.

No se alejó inmediatamente, sino que se detuvo y miró á todos lados; pero era la obscuridad absoluta y en las tinieblas se perdió su mirada.

Escuchó sin percibir el más leve ruido.

Dormían ya profundamente todos los vecinos

del Arrabal, y otras personas no transitaban por aquel sitio extraviado.

De repente Leandro sintió un malestar inexplicable y cuya causa no podía adivinar.

Era feliz, y sin embargo se entristeció como si las negras tinieblas de aquella noche envolviesen su espíritu y engendraran en él la melancolía.

—¿Qué me sucede?... No estoy triste porque me haya separado de Consuelo, pues he de verla mañana, y sin embargo... No sé, no sé.

Volvió á mirar a todos lados.

Pocos momentos después creyó percibir un ruido muy leve á poca distancia.

—¿Hay alguien por aquí?—murmuró.—¿Achará ese miserable que me ha espiado?

Leandro desenvainó la espada, y muy resueltamente se dirigió al sitio donde le pareció que el ruido había sonado.

Miró en los huecos de las puertas, y fué más allá.

No descubrió alma viviente.

—No estoy tranquilo—dijo.

Fué de un lado para otro, recorrió todos los alrededores de la casita, y por algunos momentos contempló la tapia del corral.

Por todas partes silencio y obscuridad, pues se habían extinguido hasta los destellos de luz que se escapaban á través de las rendijas de las ventanas de la vivienda de Antón.

Dió el mancebo algunos pasos para alejarse; pero como si una fuerza misteriosa lo detuviese en aquel lugar, retrocedió hasta la puerta de la casa. Miró por el ojo de la cerradura, y escuchó.

Ya debían haberse entregado al sueño el veterano y su protegida.

Otra vez se alejó Leandro, y otra vez retrocedió.

—¡Vive el cielo!—exclamó.—¿Qué me sucede?... Tengo miedo... ¿Por qué?

Inmóvil quedó por algunos minutos.

Avergonzose porque se dejaba dominar por aquellos temores vanos.

Pronunció el nombre de la huérfana.

Hizo un esfuerzo.

Se alejó y desapareció hacia el arroyo del Arenal.

Diez minutos después se encontraba en las Platerías y á la puerta de la hostería donde ya sabemos que tenía su morada.

Aún dudó y faltó muy poco para que retrocediese y volviese al Arrabal.

Al fin llamó.

Abrió maese Bonifacio, que muy respetuosamente saludó al mancebo y le preguntó:

—¿Queréis tomar algo?

—Nada—respondió Leandro.

—Os lo digo porque tengo algunos fiambres exquisitos.

—Gracias.

—¿Estáis indispuerto, señor Leandro?

—No.

—Me parece que vuestro semblante...

—Me duele la cabeza.

—Esa debe ser la causa de vuestra palidez.

Hablando así, subieron y entraron en la habitación que conocemos ya.

El hostelero dejó la luz sobre la mesa, dió las buenas noches y salió.

Sentóse el mancebo, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, y quedó inmóvil.

Su frente se había contraído.

Su mirada era sombría.

No conseguía recobrar la calma.

Bien pronto hemos de ver que no lo engañaban sus presentimientos.

CAPITULO XXIII

CÓMO DIÓ EL GOLPE EL SEÑOR ANTOLIN

Habían dado las doce, es decir, hacía una hora que Leandro había salido de la vivienda del honrado Antón.

La oscuridad era la misma, y el mismo el silencio en aquellos lugares.

Negro, confuso, como un gigante informe se levantaba y entre las tinieblas se perdía, el imponente monasterio de San Martín, cuyas feudales torres apenas se distinguían.

Valor era menester, mucho valor, para andar por aquellos sitios y á tales horas, pues era imposible descubrir al enemigo que acechase sino cuando encima estuviese y descargara el golpe.

Sin embargo, viéronse dos bultos, dos hombres que subieron desde el arroyo del Arenal, por lo que después ha sido calle de la Bodega de San Martín, y hoy está considerada como continuación de la de las Hileras.

Atravesaron una parte del arrabal, dirigiéndose hacia donde estaba el postigo, volviendo á la derecha, y se detuvieron á pocos pasos de la casa de Antón.

Pocos momentos después resonó el maullido de un gato.

Casi inmediatamente otro gato respondió.

Y muy pronto del hueco de una puerta se destacó un hombre y se acercó á los otros.

—¿Qué noticias nos das?—preguntó uno de los que habían llegado y cuya voz parecía ser la del señor Antolin.

—¡Mil rayos!... El mancebo es receloso.

—¿Se fué?

—Poco después de las once.

—Pues si se ha ido...

—Faltó muy poco para que se quedase, pues sin duda sospecha, teme, y anduvo por aquí dando vueltas y revueltas, y retrocedió dos ó tres veces, y lo peor del caso fué que en grandísimo apuro me vi, y aun no sé cómo no me descubrió.

—Ello es que se ha ido, y como no volverá hasta mañana, podemos estar tranquilos.

—Si otro no viene...

—Otro pudiera venir; pero muy ocupado está con la señora de su corazón, y en lo que menos piensa en estos momentos es en el Arrabal de San Martín.

—Entonces...

—El golpe se dará.

—¿Y los otros?

—Pronto vendrán, si cumplen su palabra.

—Sí la cumplirán.

—Pues esperemos.

Silenciosos quedaron.

Aún no habían transcurrido cinco minutos, cuando otros dos hombres entraron en el Arrabal.

Detuviéronse.

Resonó entonces el graznido lúgubre de la lechuza.

Y otra vez se oyó que un gato maullaba.

Estos ruidos no eran casuales, sino señales convenidas, pues no había tales gatos ni lechuzas.

Los dos hombres que últimamente llegaron se acercaron á los otros, diciendo:

—Os habéis anticipado.

—Y estábamos impacientes.

—¿Es buena la ocasión?

—Nos favorece la fortuna.

—Tiempo tenemos de sobra.

—Pero no hay negocio más seguro que el que ya se ha hecho.

—Aquí nos tienes.

—No os pregunto si estáis dispuestos.

—¡Mil rayos!...

—Pero os recordaré lo que ya os he dicho.
 —No lo hemos olvidado.
 —Habéis de cuidar ante todo de que la joven no grite.

—Si está despierta, ¿quién puede evitar el primer grito? Pero eso nada importa.

—Dos serían peligrosos.

—El segundo no lo dará.

—La trataréis con todo el respeto posible.

—Sí, hasta cierto punto, porque será preciso ponerle las manos encima.

—Quizás cuando se convenza de que tiene que tiene que someterse, procurará seguirdos de buena voluntad.

—¡Buena voluntad!... ¡Por el infierno!...

—En fin, hacéis lo que convenga.

—Descuidad.

—Y vuelvo á deciros que el protector es una fiera.

—Pero en cambio, como nos has dado facultades para todo...

—Sí, las más amplias en cuanto al viejo.

—Pues bien, si ella grita y él despierta, no nos quedará más que un recurso.

—Sí, lo mataréis sin vacilar, porque si algunos momentos lo dejáis con vida, allí la perderéis vosotros.

—Eso no.

—Soy leal, y nada os oculto. Así, en caso de desgracia, no podréis acusarme.

—Ya te conocemos, Antolín, y aunque eres un bribón muy zorro y muy cobarde...

—Cobarde soy, nunca lo he negado; pero lo que vosotros tenéis de valor, á mí me sobra de astucia. Ella es una tímida paloma, y él un león de cuyas garras debéis guardaros. Me espanta la sola idea de encontrarme frente á ese hombre, y por eso me quedaré en sitio conveniente y esperaré hasta que deis el golpe.

—¿Y á dónde hemos de ir con esa tímida paloma?

—Ya tiene preparada la jaula.

—Pero si está lejos...

—¿Creéis que hago las cosas á medias?

—No; pero...

—Todo eso es cuenta mía.

—Ciertamente.

—Cerca y muy cerca de aquí hemos de encontrar una silla de manos, y á la nueva jaula será conducida la paloma con todos los miramientos.

—Eres un gran hombre.

—Ocupaos solamente de lo que habéis de ha-

cer, que en sacándola de su nido no habrá poder humano que me la arrebate.

—Debe ser bonita.

—¿Y qué te importa?

—Nada, pues ya sabes que en estos casos á todas las mujeres las miramos con la misma indiferencia que á los hombres.

—Perdemos el tiempo.

—Pues manos á la obra.

—Examinad el terreno cada cual por su lado.

—¿Y dónde nos reuniremos?

—En la puerta de la casa.

—Está bien.

Alejáronse en distintas direcciones.

No quedó rincón que no examinasen detenidamente.

Luces llevaban en linternas sordas; pero no abrieron ninguna, porque temían llamar la atención de algún vecino que pudiera estar despierto.

Cinco minutos después se encontraban otra vez reunidos junto á la puerta de la casa.

El señor Antolín miró por el ojo de la cerradura y escuchó.

Sus víctimas debían dormir.

—Por aquí—dijo.

Pusieronse en marcha sin que sus pasos produjesen ni el más leve ruido.

Llegaron al pie de la tapia del corral.

Volvieron á detenerse y á escuchar con atención.

—Somos afortunados—dijo el señor Antolín.

—Así parece—respondió uno de los bandidos.

—Pues en nombre de Satanás...

—¿Principiaremos?

—Sí.

No hablaron más.

La tapia presentaba muchas grietas y desconchados, que á tientas buscaron los criminales.

Pocos momentos después empezaron á escalar la tapia, lo cual hicieron con mucha facilidad.

En el corral penetraron, quedando solo el señor Antolín.

Con desigual violencia latía el corazón de éste.

Había llegado el momento terrible, y su ansiedad era tan violenta como grandes sus temores.

Bien pronto debía ser la más feliz de las criaturas ó la más desdichada.

¿Y don Juan?

En aquellos momentos cenaba alegremente con sus amigos.

Creía que el golpe no había de darse hasta la noche siguiente.

Colocado junto á la tapia, escuchaba el señor Antolín, conteniendo la respiración.

Hubiera querido entrar para que ningunas manos más que las suyas se pusiesen sobre Consuelo; pero no se lo permitió su cobardía.

Los otros cinco criminales atravesaron el corral y se detuvieron junto á una puertecilla.

Uno de ellos empujó.

Por un olvido imprudente, ó por un descuido tan propio de los hombres de valor, el veterano no se cuidaba de cerrar con llave aquella puerta, y aunque Consuelo lo hacía casi todas las noches, aquélla, preocupada y agitada profundamente, no pensó en echar la llave.

La puerta cedió, pues, al primer empuje, girando sobre sus goznes, y queriendo la casualidad que no crujiese.

Entonces uno de los criminales abrió su linterna, y la luz se esparció de repente, esclareciendo el interior de un pasillo.

Nada más podían pedir á la fortuna.

Escucharon, y duda no les quedó de que dormían los habitantes de aquella casa.

El de la linterna entró en el pasillo, avanzando con lentitud.

Los demás lo siguieron.

Al final del pasillo había tres puertas, una al frente y dos á los lados.

La primera estaba de par en par, y las otras entreabiertas, una más que otra.

Cerró la linterna el que la llevaba.

Volvieron á detenerse.

Miraron á uno y otro lado, y vieron que por una de las puertas laterales se escapaban algunos rayos de luz.

Aquella puerta era la del dormitorio de Consuelo.

Esta no se había acostado, porque entregada á sus pensamientos y recordando cuanto había dicho su amante del señor Antonio y de don Juan, pasó para ella el tiempo sin sentir.

Empero en fuerza de cavilar empezó á sentirse aturdida, sus ideas empezaron á ser confusas, y se pasó las manos por la frente mientras murmuraba:

—No, no puedo penetrar en este misterio...
¿Cuándo se disiparán mis dudas?

Exhaló un penoso suspiro.

—Debe ser muy tarde—dijo después de algunos momentos.

Parecía próxima á extinguirse la luz que había dejado sobre una pequeña mesa que estaba junto al lecho.

Determinó la joven acostarse y hacer lo posible para conciliar el sueño.

En pie se puso para desnudarse.

En aquellos momentos llegaban los asesinos.

El que delante iba se acercó á la puerta, y por la pequeña abertura que quedaba miró, viendo á Consuelo que empezaba á desatar los cordones de su corpiño.

Se inflamaron los ojos del criminal.

Retrocedió para dejar que los demás mirasen y se hiciesen cargo de la situación.

Todos ellos, y á pesar de lo que habían dicho, sintieron vivamente impresionados al contemplar aquella belleza prodigiosa.

¡Pobre Consuelo!

¿Cómo había de sospechar que tan de cerca le amenazaba un peligro tan horrendo?

Otra vez abrió la linterna el bandido, pues como no podían hablar, tenían que entenderse por señas.

Dudaban entre dar el golpe inmediatamente ó retroceder para aguardar á que la joven se acostase y se durmiese, facilitando así la sorpresa.

Acercáronse á la otra puerta, y, con el auxilio de la luz y abriendo algo más, pudieron examinar el interior del aposento.

Era el dormitorio del veterano.

Éste dormía profundamente.

Cerca del lecho, y pendiente de un clavo, tenía la espada gloriosa de que se había servido tantas veces.

Uno de los asesinos pensó que, ante todo, debían aprovechar el sueño de Antón para asesinarlo; pero otro expresó con señas que esto produciría ruido y la joven gritaría.

Decidieron dejar al veterano y dar, desde luego, el golpe apoderándose de la encantadora rubia.

¿Para qué habían de perder el tiempo y dar ocasión á que algún nuevo incidente les estorbase?

Aquellos miserables no necesitaban hablar para ponerse de acuerdo.

Ocultaron la luz.

Desenvainaron los puñales.

Inmóviles quedaron algunos momentos.

De repente, todos á la vez empujaron la puerta y se precipitaron en el interior del dormitorio de Consuelo, cayendo sobre la pobre niña.



La escena que entonces tuvo lugar apenas puede describirse.

Consuelo exhaló un grito desgarrador, mientras los criminales la sujetaban brutalmente.

Uno de ellos quiso ponerle las manos en la garganta para evitar que siguiese gritando, y, entre tanto, otro sacaba un pañuelo anudado que debía servir de mordaza; pero por uno de esos esfuerzos de la desesperación, y sin que ella misma supiese cómo, la desdichada logró desasirse, revolverse, y volvió á gritar, diciendo:

—¡Socorro! ¡Padre mío!... ¡¡Socorro!!

—¡Por el infierno!—exclamó uno de los asesinos levantando el puñal.—Que te mataremos.

Y los otros volvieron á sujetar á la joven y le taparon la boca.

Nadie hubiera creído que aquella niña débil tuviese tanto valor.

No se dió por vencida.

Aceptó la lucha con aquellos cinco hombres de hercúleas fuerzas, pero las suyas eran las de la desesperación, las del vértigo.

Resistió, se revolvió...

Téngase en cuenta que todo esto sucedió instantáneamente.

Cuando la desigual lucha se entabló, el veterano, medio desnudo, levantando la espada, dejando escapar corrientes de fuego por los ojos y con aspecto terrible, se presentó gritando:

—¡Cobardes! ¡Asesinos!...

Resonó una exclamación de sorpresa y de espanto.

La situación cambiaba.

No perdió Antón el tiempo en amenazar y pedir explicaciones, sino que, desde luego, dejó caer la espada y hendió el cráneo de uno de los bandidos.

Éste, muerto ó gravemente herido, cayó.

Todos abandonaron á Consuelo.

El veterano volvióse y dirigió una estocada á otro de los criminales, hiriéndolo en el pecho; pero, entre tanto, uno de los tres que ilesos estaban lanzóse sobre Antón y le clavó en la espalda el puñal.

El veterano exhaló un grito, más que de dolor, de reconcentrada ira.

Volvióse para acometer á los que tras él estaban.

Tuvo que detenerse.

Vaciló su cuerpo.

La espada se le escapó de la diestra.

El infeliz cayó pesadamente.

Entre tanto la desdichada niña se había quitado el pañuelo que tapaba la boca, volviendo á gritar; pero al ver que sin vida caía su generoso protector, sintió que sus fuerzas disminuían.

Ahogóse la voz en su garganta.

La luz huyó de sus ojos.

Perdió el conocimiento y cayó.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó uno de los criminales.

—Esto ha concluído—añadió otro.

—¿Y ahora?—preguntó el tercero.

—Mirad...

—Se ha desmayado...

—Y nuestros dos compañeros...

—¡Rayos!...

—Para eso hemos venido.

—Y si yo no acabo con el viejo, hubiera él acabado con todos nosotros.

—¿Qué hemos de hacer?

—Ha gritado tanto esta criatura, que probablemente habrán despertado algunos vecinos.

—Yo no me atrevo á sacarla.

—Yo tampoco.

—Que venga Antolín.

—Saldremos por la puerta.

—Y en seguida, porque no nos conviene estar aquí.

No hablaron más.

Los tres criminales que con vida quedaban, fueron á la puerta de la casa, la abrieron, porque puesta estaba la llave, y salieron.

Detuviéronse para escuchar y mirar; pero ningún ruido sonaba.

Corrieron, dando la vuelta, y llegaron junto á la tapia.

Allí permanecía el señor Antolín, inmóvil, anhelante, temblando y poseído de pavor.

Había oído, no solamente los gritos de Consuelo, sino las voces del veterano y de los bandidos.

Comprendió que una lucha se había entablado.

Seguro era el triunfo de los criminales, porque un hombre solo no puede defenderse contra cinco; pero el ruido que producían había de despertar á algunos vecinos, y si éstos acudían ó acertaba á pasar alguna ronda, todo se habría perdido.

Lo que en aquellos momentos sufrió el cómplice de don Juan, no puede concebirse.

Esperaba con ansiedad angustiosa.

—¡Ahl!—exclamó al ver á los tres bandidos.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó uno de éstos.

—¿Y ella?—preguntó ansiosamente el señor Antolín.

—Desmayada.

—¡Mía!...

—Y muerto el viejo.

—Mejor.

—¡Rayos!... También han quedado sin vida Blas y Lorenzo.

—Que Dios los perdone... pero ella...

—No nos hemos atrevido á sacarla...

—¡Oh!—exclamó Antolín.

Y sin escuchar más, corrió, llegó á la puerta de la casa, seguido por sus cómplices, entró y no se detuvo hasta encontrarse junto á Consuelo, que continuaba sin sentido entre los cadáveres.

El cuadro no podía ser más horroroso.

La sangre corría en abundancia por el pavimento.

El miserable Antolín se estremeció violentamente.

Su rostro lívido se contrajo más y más, y se desfiguró.

Abriánse sus ojos como si á saltar fuesen de sus órbitas, y se dilataban sus pupilas.

Las condiciones de su organización no le permitían mirar tranquilamente la sangre.

El primer criminal que había sucumbido, estaba más horroroso, porque la herida de la cabeza se extendía por su frente, desfigurando así el rostro, que cubierto de sangre tenía.

Ninguno de aquellos tres cuerpos daba señales de vida.

Los tres criminales que servían al señor Antolín hubieran pensado ante todo en examinar detenidamente á los que en el suelo estaban; pero no pudieron hacerlo porque el cómplice de don Juan, más horrorizado cada instante, temeroso de una sorpresa y anhelando ante todo hacerse dueño de la infeliz huérfana, se inclinó, la contempló un instante, la tomó en sus brazos y dijo:

—Ayudadme... Pronto, que es un tesoro cada instante que se pierde.

Lo que los otros deseaban era concluir cuanto antes.

Uno de ellos le ayudó al señor Antolín, y todos salieron de la casa con cuanta prisa les fue posible. ¿Había salvación agn para consuelo?

Mientras esto sucedía, Leandro, impulsado siempre por una fuerza misteriosa, se ponía en pie y exclamaba:

—¡Oh!... ¿No debo ir?

Si determinaba volver al Arrabal, y lo hacía corriendo, tal vez á tiempo llegaría para salvar á la infeliz Consuelo.

En la calle se detuvieron los asesinos.

Ante todo les convenía observar para convenirse de que ningún vecino se había apercibido del suceso.

El silencio era el mismo que antes, y la misma la oscuridad.

Si alguien había oído los gritos de la huérfana, no había querido prestar el socorro que se pedía.

Pocas veces Satanás dispensa tan decidida protección á los criminales.

Se tranquilizaron éstos hasta donde la tranquilidad era posible en aquella situación.

—¿Por dónde?—preguntó uno de ellos.

—Por aquí—respondió Antolín.

Y sin cuidarse de cerrar la puerta de la casa, se alejaron.

Pocos minutos después se encontraban en el laberinto de estrechas calles que rodeaban el convento de Santa Catalina de los Donados.

Allí habían dos hombres con una silla de manos.

Consuelo fué colocada en el vehículo.

Volvieron á taponar la boca por si recobraba el conocimiento y gritaba.

El señor Antolín se colocó junto á una de las puertecillas, y uno de sus cómplices junto á la otra. El bandido que llevaba la linterna debía ir delante.

Como los que tenían la silla habían recibido instrucciones, no necesitaron preguntar.

—En marcha—dijo el señor Antolín.

Y en marcha se pusieron.

Llegaron al arroyo del Arenal.

Lo atravesaron.

Tomaron por la calle de las Fuentes.

Pocos minutos después vieron a un hombre que en dirección opuesta avanzaba con tanta prisa que casi iba corriendo.

Era Leandro.

No pudo reconocerlo su rival.

El infeliz mancebo miró maquinalmente á los que la silla llevaban; pero no se detuvo, porque ¿qué le importaban aquellos pacíficos transeuntes?

Lo que le interesaba era llegar cuanto antes al Arrabal para convencerse de que sus vagos presentimientos no se habían realizado.

¡Tan cerca de Consuelo y la dejaba!
 Siguió, pues, el mancebo.
 Desapareció al llegar al arroyo del Arenal.
 Los otros continuaron calle arriba.
 A las Platerías salieron.

Pasaron por frente á la puerta de la hostería de maese Bonifacio,

Dejaron á la derecha la iglesia de San Miguel, y entraron por la Cava, llegando en pocos minutos á quera Cerrada.

—Por aquí—dijo el señor Antolín.

Antes de un cuarto de hora se encontraban cerca de Puerta de Moros, volvian á la derecha y se metían por la tortuosa y estrecha calle del Almendro.

Cuando llegaron junto á una pequeña casa de un solo cuerpo y de apariencia miserable, dijo el señor Antolín:

—¡Alto!

Detuviéronse.

El cómplice de don Juan dió algunos golpes en la puerta.

—¿Quién es?—preguntaron desde el interior de la casa.

—La persona á quien esperais—respondió el señor Antolín.

Se abrió la puerta.

Entraron con la silla los que la llevaban.

Entonces el señor Antolín les dijo á los otros:

—Todo ha concluído.

—Para nosotros muy bien; pero nuestros pobres compañeros...

—A más tocáis—replicó el miserable Antolín desplegando su sonrisa.—De todas maneras, si habían de morir en la horca, como era muy posible, debemos considerar que han sido afortunados.

—No has pensado en una cosa.

—¿En qué?

—Si no estuviera muerto el padre de la novia...

—¿Qué importa, si no os conoce?

—Eso es verdad.

—Sin embargo, si os atreveis á saber...

—¡Vive Dios!

—Os daré un par de escudos más.

—Ni por doscientos.

—Pues tomad lo que os debo—repuso el señor Antolín.

Y entregó una bolsa á los bandidos.

—Y ahora—añadió—olvidaos de cuanto ha sucedido, y particularmente de esta casa, pues

aunque soy cobarde, como el dinero me sobra...

—Somos leales.

—Pues que el diablo os proteja.

Los tres bandidos contaron el dinero y se alejaron calle arriba.

El señor Antolín entró en la casa.

Pocos minutos después salieron los otros dos.

Y nada más sucedió entonces.

El silencio más profundo reinó en la calle.

CAPITULO XXIV

DE CÓMO LEANDRO LLEGÓ AL ARRABAL Y LO QUE SUCEDIÓ

Leandro, que casi corría, acabó por correr, y anhelante, sin poder apenas respirar, llegó á la morada del honrado Antón.

Detúvose.

Se acercó á la puerta para escuchar; pero exhaló un grito y quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Había visto que la puerta estaba abierta.

Sintió el mancebo como si su sangre dejase de circular y se helase su corazón.

No era posible que adivinase lo que había sucedido; pero no le quedó duda de que algún abuso espantoso se había cometido, alguna desgracia tremenda había caído sobre las nobles criaturas á quienes tanto amaba.

Se quedó inmóvil, y no fué porque el valor le faltase, sino porque la sorpresa lo aturdió, y no le espantaban los enemigos que en la casa pudiera haber, sino lo que hubiera sucedido y no podría ya remediarse.

—¡Dios mío—exclamó al fin.

Y recobrando la energía, llevó la diestra á la empuñadura de su daga y entró en la casita.

—¡Consuelo!—gritó.

Atravesó el primer aposento, entró en el pasillo, volvió á la derecha, dió un paso y exhaló un grito de horror y de desesperación.

Otra vez quedó inmóvil como una estatua y con la mirada fija en aquellos tres cuerpos que yacían entre charcos de sangre.

La luz, próxima á extinguirse, esparcía como trabajosamente sus rayos rojizos, y daba un tinte lúgubre y más espantable al cuadro:

¡Pobre mancebo!

¿Quién hubiera podido comprender lo que en aquellos momentos sufría?

Y cuando se desaturdiese había de ser mucho mayor su sufrimiento.

¡Y Consuelo no se encontraba allí!
¿Qué había sido de ella?

Leandro retrocedió, pronunciando otra vez desesperadamente el nombre de la huérfana.

Bien pronto recorrió la pequeña casa.

No necesitaba explicación para comprender lo que había sucedido.

Allí se había sostenido una lucha; Antón había sacrificado su vida para defender á Consuelo, y á ésta debieron llevársela los demás criminales que hubiesen penetrado en la casa.

Todo esto estaba claro.

¿Haría mucho tiempo que se había consumado el crimen? Esto no era posible adivinarlo.

El mancebo salió de la casa, corrió en distintas direcciones impulsado por el vértigo de su dolor y de su desesperación.

Gritaba llamando á la huérfana, y cuando iba á retroceder para entrar otra vez en la casa, vió confusamente el brillo de algunas luces y el bullo de algunos hombres, y oyó que le decían:

—¡Tenéos á la ronda!

—¡Justicia, justicia!—gritó Leandro.

El alcalde y los alguaciles se acercaron y lo rodearon, y el primero, con sólo mirarlo, comprendió que no era un criminal, sino la víctima de algún crimen, pues así lo decía bien claramente el rostro lívido y descompuesto del joven desdichado y su agitación violenta.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el alcalde.

—¡Justicial... ¡Venganza!...

—Sosegaos...

—¡Oh!...

—Explicáos, porque de otra manera nada podremos hacer.

Sobrehumanos esfuerzos hizo Leandro para dominarse, y si lo consiguió, fué por anhelo de salvar á la huérfana y de castigar á los criminales.

—Venid—dijo con reconcentrada voz y conculso por la ira.—Venid... Se acaba de cometer un crimen el más espantoso...

—¿Y quién sois?

—Un alférez de la guardia de su majestad.

—Mucho me alegro—dijo el alcalde.

Y añadió volviéndose á los alguaciles:

—Preparáos.

Y como éstos fuesen á desnudar los aceros, Leandro les dijo:

—Desgraciadamente han desaparecido los criminales, que si así no fuese, no necesitaría yo vuestra ayuda para aniquilarlos á todos.

—Vamos, vamos...

—Por aquí.

A la casita fueron y sin detenerse entraron, porque vieron que sin vacilar entraba el mancebo. Una exclamación de horror exhalaban al ver los tres cuerpos que en tierra había y la sangre que en tanta abundancia había corrido.

El alcalde palideció.

—¡Dios misericordioso!—exclamó...—Tres cadáveres...

—Esos dos—interrumpió Leandro—, deben ser de los criminales que han penetrado aquí, y supongo que han muerto en la lucha valientemente sostenida por este otro, que es el dueño de esta casa.

—De manera que conocéis...

—Sí, conozco hace mucho tiempo á ese hombre honrado, que se llama Antón Cañamero, porque fué soldado conmigo, y conozco también á una infeliz huérfana, una criatura angelical á quien amparó, y que ha desaparecido.

—¿Y cómo habéis tenido conocimiento de este crimen?

—Señor alcalde, daré explicaciones; pero ante todo debemos ver si ha dejado de existir este desgraciado, porque si conserva alguna vida...

—Razón tenéis... ¡Oh!... Tan aturdido estoy... Esto es horroroso.

Ya el mancebo se sentía con fuerzas y valor para todo, y de su razón era dueño.

Se arrodilló, se inclinó, puso una mano sobre el pecho de Antón, y exclamó:

—¡Aún vive!...

—¡Bendito sea Dios!

—Ante todo debemos socorrerle...

—Sí, sí—dijo el alcalde—, en busca de un médico irán.

—Si fuese posible avisar al doctor Olivares...

—Eso no, porque Olivares tiene su vivienda en palacio, y á estas horas nadie puede entrar allí; pero vendrá otro y hará lo que sea menester... Dos de vosotros en busca de un médico, y otros dos por el escribano... Y vosotros ved si alguno de los supuestos criminales tiene vida... Corred...

—Si—dijo Leandro—, corred, porque el señor Antón Cañamero, aunque humilde y pobre, es un protegido de su majestad, y, por consiguiente, el crimen tienen mayor importancia de la que parece.

—¡Protegido por su majestad—exclamó el alcalde.

Estas palabras produjeron el efecto que era consiguiente.

Cuatro de los alguaciles salieron de la casa.

Los otros vieron que el bandido que tenía en el pecho la herida no había muerto.

—Pues debemos considerar esta circunstancia gran fortuna, porque las declaraciones de este hombre nos serán muy útiles para hacer justicia.

—Pero la pobre Consuelo...

—Tranquilizáos, señor alférez, que la situación no es tan desesperada, y si á bien lo tenéis, y como ahora nada podemos hacer, porque hemos de esperar al médico, saldremos de esta habitación y me daréis las explicaciones convenientes para que la justicia pueda proceder con acierto. Habéis hablado de su majestad, pertenecéis á su guardia, habéis nombrado también al doctor Olivares, y...

El alcalde se interrumpió, hizo un gesto de disgusto, y dijo luego:

—¡Rara coincidencial

—¿A qué os referís?

—¿No habéis dicho que se llama Consuelo la protegida de este hombre?

—¿Y qué encontráis en eso de particular?

—Nada, pero... El mismo nombre, lo recuerdo bien—murmuró el alcalde.

—Caballero...

—No puedo daros ahora ciertas explicaciones, sino que debo escuchar las vuestras. Me diréis vuestro nombre, vuestra vivienda, vuestra edad... En fin, si algo hemos de adelantar, necesito antecedentes sobre las personas que aquí habitaban, porque parece claro que el objeto del crimen no era otro que el de apoderarse de esa mujer á quien llamáis Consuelo.

—Sí; os daré cuantas explicaciones me permita dar mi situación.

—A la justicia se le dice todo.

—Mañana os llamará el rey y os dirá lo que bien le parezca, pues sin su expresa autorización yo no puedo decir mucho.

—¡Que me llamará el rey!...

—Sí,

Otro gesto de disgusto hizo el alcalde.

—¿Tendremos otro como...

No dijo más.

Para que sus reticencias se comprendan, advertiremos que la casualidad había querido que el alcalde fuese el mismo que entendió en el gran asunto del intento de asesinato de que fué víctima el señor Antonio de Quirós.

Ann recordaba el severo juez todos los disgustos que le había costado aquel negocio, los compromisos en que se vió y sus fatigosos viajes al Escorial, y no era extraño que temblase al pensar que podía encontrarse nuevamente en situación parecida.

Leandro lo miraba con extrañeza; pero no se atrevió á repetir sus preguntas, porque no podía corresponder con franqueza.

De la habitación salieron, instalándose en la que pocas horas antes hemos visto á Consuelo defender al señor de Guevara.

El mancebo se concretó á decir que tenía motivos para recelar que ciertos enemigos de Antón y de Consuelo intentasen hacer mal á esta última, y que aquella noche, sin otra razón que la de sus presentimientos, había ido para saber si alguna novedad ocurría, encontrándose con lo que el alcalde acababa de ver.

—¿Y en qué fundabais vuestros temores?—le preguntó el juez.

—Esa es una de las cosas que no puedo decir sin expresa autorización de su majestad.

—Tened por seguro que el rey os mandará declararlo todo.

—No lo dudo; pero mientras no me lo mande, no lo haré—respondió con firmeza Leandro.

—¿Y sospecháis quién ha cometido el crimen?

—Adivino quién es el autor.

—Su nombre.

—No puedo pronunciarlo.

—Señor alférez, vuestra reserva es excesiva y resulta que no decís que lo que hubiera podido decir un vecino cualquiera, un transeunte que por casualidad viese la puerta abierta y hubiera dado aviso á la justicia.

—Disponed lo que os parezca mejor, porque todo lo sufriré; pero no diré una palabra más.

—¿Y no comprendéis que así perdemos el tiempo y que nada podré determinar para que se busque á esa pobre niña, que es el principal objeto del crimen?

—Nada podríais hacer esta noche, aunque yo dijese todo lo que sé.

No quiso el alcalde amenazar á Leandro, porque en aquella delicada situación podía costarle muy cara la menor ligereza.

Reflexionó, recordando otra vez las palabras que en los momentos de delirio pronunciaba el señor Antonio, y después de algunos minutos, le preguntó á Leandro:

—¿Sabéis si este hombre ó su protegida tenían

alguna clase de relaciones con un muy noble hidalgo que se llama Quirós?

—¡Señor alcalde!

—Veo que sí.

—Peo...

—Lo siento mucho, muchísimo... ¡Vive el cielo!... Me hice la ilusión de... Basta, basta... Habéis dicho que su majestad... ¡Oh!... Está bien... Socorreremos al herido, es decir, á los dos heridos, y mañana, si su majestad me honra preguntándome lo que ha sucedido...

Como si el alcalde se hubiera propuesto hablar á medias, volvió á interrumpirse.

Cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y empezó á pasearse por la habitación.

El mancebo permaneció silencioso y sombrío.

Preguntábase por qué el alcalde había nombrado al señor Antonio; pero no era posible que lo adivinase.

Así permanecieron hasta que el médico llegó.

También era el mismo que había cuidado del señor Antonio.

Saludó al alcalde, y éste le dijo:

—Venid, reconoceréis á dos heridos que esta casa se encuentran, y nos diréis lo que debe esperarse.

Llevaron al señor Antón á su lecho, lo desnudaron y el médico reconoció la herida diciendo:

—Es grave, y en estos momentos no puedo pronosticar.

—Curadlo, y veamos al otro.

El médico hizo la cura.

El señor Antón empezó á recobrar el sentido.

Abrió los ojos, miró á todos lados, y exclamó:

—¡Cobardes!... ¡Asesinos!... ¡Cinco hombres contra una niña!...

No pudo hablar más.

—Eran los cinco criminales—murmuró el juez.

Al bandido que aún conservaba la vida, lo reconoció el médico.

—Esto me parece peor—dijo.

—¿No podrá declarar?

—Lo dudo; pero haré cuanto sea posible.

—¿Puede ser llevado á la cárcel sin que peligre su vida?

—Moriría en el camino.

—Entonces aquí se quedará con buena guarda, porque interesa mucho que viva para que declare.

Colocaron al criminal en la cama de Consuelo.

Cuando el médico examinó al otro, exclamó:

—¡Tremenda cuchillada!... Debió morir instantáneamente... ¡Oh! Le destrozaron el cerebro.

El escribano llegó, cumpliendo inmediatamente su deber.

Su declaración firmó Leandro, y luego dijo:

—Señor alcalde, como me interesa mucho la vida del señor Antón Cañamero, permitiréis que vengan y estén á su lado personas que lo cuiden con esmero.

—Pero en todo lo que se haga habrán de intervenir los que aquí queden para vigilar.

—No me opongo.

—El que parece criminal está preso, y por consiguiente con nadie ha de tener comunicación.

—Pero el protector de Consuelo...

—Eso es otra cosa.

—Pues bien, me permitiréis salir y dar aviso de esta desgracia al señor Antonio de Quirós.

El alcalde desplegó una maliciosa sonrisa.

—Parece que conocéis al señor Antonio—le dijo Leandro.

—Desde que lo hirieron en la cuesta de Santo Domingo.

—¡Ah!...

—¿Comprendéis ahora la coincidencia?

—Sí, sí, lo comprendo todo... ¡Oh!... Por eso os ha llamado la atención el nombre de Consuelo, y por eso también...

—Señor Leandro—interrumpió el alcalde—no toqueis los extremos.

—¿Por qué me haceis esa advertencia?

—Porque antes no queráis decir nada y ahora parece que vais á decir demasiado.

—Descuidad.

—En libertad estais y podeis salir, pues yo me quedaré esperando á que el criminal herido recobre el conocimiento.

—Su declaración nos interesa mucho.

—Como que lo obligaré á que nos diga quiénes son los otros tres criminales, y á quién obedecían.

—Y me parece, y perdonad la observación, que no debeis consignar en la causa lo que ese criminal declare, sino después de haber hablado con su majestad.

—Vuestro consejo es prudente.

—Sin embargo...

—Descuidad, que á este asunto le doy todo el valor que desgraciadamente tiene.

Nada podía hacer allí Leandro en aquellos momentos.

Necesitaba el auxilio del señor Antonio, y además el consuelo de las palabras de éste.

Se había dominado bastante tiempo el joven, y otra vez pronunció algunas palabras que revelaban su desesperación.

No quiso ya perder un instante.

Salió de la casita, y corrió.

Antes de diez minutos llegaba á la vivienda del hidalgo.

Llamó con muy recios golpes.

—¿Quién es? —le preguntaron desde el portal.

—Abrid, que soy Leandro.

Se abrió un ventanillo dejando ver el rostro del portero, que dijo:

—Señor Leandro, si quereis entrar, podeis hacerlo; pero mi noble señor no vendrá probablemente antes de dos horas.

—¡Oh!...

—Lo siento mucho, pero...

—Voy á buscarlo, y por si no lo encuentro y viene antes que yo vuelva, decidle que vaya inmediatamente al Arrabal, y que corra cuanto pueda.

—Repetiré vuestras palabras, señor Leandro.

El mancebo se alejó con cuanta prisa le permitían sus fuerzas.

Atravesó la plaza del Arrabal, las Platerías y la calle de Milanese, y por Santiago bajó á los Caños del Peral, y subió por la cuesta de Santo Domingo.

Detúvose frente á la morada de don Luis.

Suponía que allí se encontraba el hidalgo, aunque también era posible que hubiese salido poco antes.

Siglos le parecían los minutos al mancebo.

Esperó con creciente impaciencia.

Media hora pasó.

Ya pensaba volverse al Arrabal, cuando oyó crujir la puertecilla.

Dió algunos pasos y se encontró frente al señor Antonio.

—¡Oh! —exclamó éste al reconocer á su amigo.

—¡Se ha consumado el abusol —gritó desesperadamente Leandro.

—¡Por el infernal...

—Consuelo ha desaparecido...

—¡Oh!...

—Y el honrado Antón está herido muy gravemente... Corred... No, no es menester que os deis prisa, porque los criminales han desaparecido.

Por algunos momentos se sintió aturdido el

señor Antonio; pero ya sabemos con cuánta facilidad se dominaba, y dijo:

—Calma, pobre mancebo, calma, porque nunca la habeis necesitado como en estos momentos terribles.

—Si pudiérais penetrar en mi alma...

—Os enloquece el dolor, os trastorna la desesperación y la ira...

—¡Consuelo!..

—La encontraremos pronto, descuidad.

—Su padre...

—Se ha empeñado en sufrir el castigo que merece, y lo conseguirá.

—¡Miserable!..

—No cometerá otro crimen, os lo aseguro.

—Pero entre tanto...

—Vamos, amigo mío, y decidme con detalles lo que ha sucedido.

Otra vez se esforzó el desdichado mancebo para referir cuanto sabía mientras se encaminaba al Arrabal.

Con atención profunda escuchó el noble hidalgo, diciendo luego:

—Os prometo otra vez que encontraremos muy pronto á la criatura angelical á quien amáis.

Leandro hizo un gesto de duda.

Llegaron á la casa y entraron.

CAPITULO XXV

EL ALCALDE SUDA Y TIEMBLA, Y QUIRÓS AVERIGUA

El señor Antonio de Quirós había recobrado la calma que le daba tanta superioridad en los más apurados lances.

Don Diego de Pantoja, pues debemos recordar que así se llamaba el alcalde, lo recibió con todas las demostraciones imaginables de consideración y de respeto.

Antes de entrar en explicaciones, quiso el hidalgo ver á los heridos y examinar la habitación donde el crimen se había consumado, haciéndose cargo así de todos los detalles.

El veterano se encontraba en aquellos momentos bajo la influencia del sopor de la fiebre, y el criminal herido, aunque había recobrado el conocimiento, no se había despejado lo suficiente para poder declarar.

Toda la casa la recorrió el señor Antonio, y examinó detenidamente la tapia del corral, encontrando las señales del escalamiento.

Lo que había sucedido estaba bien claro, y

sólo faltaba averiguar á dónde se habían llevado á Consuelo, pues esto era entonces lo más interesante.

En cuanto al autor del crimen, no le quedaba duda al señor Antonio de que era don Juan de Guevara, así como que se había servido del miserable Antolín.

Debemos tener presente que el noble hidalgo había adivinado que la belleza de Consuelo encendió una pasión en el pecho de Antolín.

Esta circunstancia complicaba la situación, pues era posible que el espiá, cometiendo un doble abuso, hubiera engañado á don Juan con el fin de satisfacer su anhelo impuro.

Todo esto lo tuvo presente el señor Antonio, y partiendo de todos los antecedentes, discurrió y calculó con el acierto que siempre lo hacía.

Fácil le hubiera sido dar desde luego mucha luz á la justicia; pero no olvidaba que el rey tenía un plan, y que por consiguiente, para no contrariarle, era preciso proceder con mucha prudencia.

Nada más podían hacer entonces, porque tenían que esperar á que declarasen los heridos, y el alcalde le propuso al hidalgo emplear el tiempo en hablar del asunto para proceder con el acierto posible.

--Sí, conviene que hablemos—dijo el señor Antonio.

—Por lo que viendo voy, señor de Quirós, sucede en este asunto algo parecido á lo que en el vuestro sucedía, y como entonces pude comprometerme con la mejor buena fe, temo que ahora me suceda lo mismo, y andar quiero con pies de plomo. Hay cosas que á nadie pueden decirse; pero nosotros sí podemos hablar con franqueza. Siglos han de parecerme las horas que faltan para el nuevo día, pues declaro terminantemente que nada haré, que representaré la farsa de aparentar que hago, mientras que su majestad no se digne darme instrucciones.

—Tenéis miedo, ¿no es verdad?

—Y mucho.

—No sin motivo, señor Pantoja.

—¿Creeréis que aún no he podido entender del todo lo que sucedió cuando os hirieron?

—Lo entenderéis algún día; pero ahora no, porque no estoy autorizado para daros explicaciones, y lo único que os diré es que el autor de este crimen es el mismo que intentó asesinarme.

—¡Señor Antonio!—exclamó el alcalde fijando una mirada de estupor en el hidalgo.

—Sí.

—El mismo habéis dicho...

—¿Lo dudáis?

—¡Que Dios me asista!...

—Don Diego, si antes necesitábais ser muy prudente y muy discreto, ahora habéis de serlo mucho más, porque si aquel asunto era grave, mucho más grave es éste, muchísimo más.

—¡Desdichado de mí!—murmuró el alcalde, sacando un pañuelo, y limpiándose el sudor que empezaba á correr por su frente.

—Las dos cosas son una—dijo Quirós.

—No lo entiendo.

—Y cuando profundicéis...

—Es que no profundizaré.

—Si de vos dependiese...

—¡Ah!...

—Cuando profundicéis, os digo, os encontraréis con el mismo secreto de Estado...

—Callad, callad—interrumpió vivamente el alcalde.

Y miró como recelosamente á Leandro.

—Este mancebo—dijo Quirós—puede escucharlo todo, y para que empecéis á comprender su situación y no os quede duda de que es algo más de lo que parece, os diré que hace muy pocos días era un simple soldado, sin más fortuna ni más influencia que su valor y su espada, y de repente y sin que nadie sepa cómo ni por qué, su majestad llamó al pobre soldado, le hizo algunas preguntas, lo nombró alferez y lo agregó á su guardia. El secreto lo conoce, y...

—Entiendo, entiendo.

—En su presencia podéis hablar con el más completo descuido.

—Señor Leandro, me perdonaréis, porque...

—No me habéis ofendido.

—Volvamos á nuestro asunto, señor de Quirós.

—Como bien os parezca.

—Aconsejadme.

—Os daré á conocer mi opinión, y luego determinaréis lo que bien os parezca.

—Os escucho.

—En vuestro lugar, y sin perder un instante, yo emplearía todos los medios que á mi alcance estuviesen para apoderarme de ese hombre que se llama Antolín, y que habita en la calle de Segovia. Ese hombre, que de hidalgo presume, es uno de tantos bribones desalmados que no se sabe cómo viven, y que á todas horas están dispuestos á servir á quien les pague, sin que les importe la clase de servicio.

—Entendido.

—Es cobarde, muy cobarde; pero astuto y hábil para cierta clase de intrigas, y por consiguiente en un asunto como éste ha podido ser muy útil.

—En la calle de Segovia hay más de una posada.

—La primera á la derecha.

—Continuad.

—Hace poco tiempo el tal Antolín me espío con el fin de hacer cierta clase de averiguaciones que no son del caso, y después me encontré con que á todas horas andaba en acecho por estos sitios y espía también al señor Leandro.

—¿Y no sabéis á quién obedecía?

—Sí, porque á mi vez me convertí con su espía y vi que en íntimas relaciones estaba el miserable con una persona á quien conocéis demasiado bien.

—Tiemblo.

—¿Por qué temblais?

—Si esa persona...

—Es don Juan de Guevara.

—¡Otra vez ese hombre!

—Aún no ha llegado la hora del castigo, y sobre este punto es preciso someterse á las determinaciones de su majestad, cuyos secretos planes no conocemos.

—Ni podemos adivinar.

—Lo que piensa Felipe II no lo adivina nadie.

—Don Juan de Guevara—murmuró el alcalde sordamente--vuestro asesino...

—Sí.

—Y yo tengo las pruebas y...

—También—replicó el señor Antonio, desplegando una sonrisa—tuvisteis en vuestro poder, si no las pruebas, algo parecido en cuanto á mis relaciones con los conspiradores flamencos.

—Señor Antonio!...

—No os alteréis, don Diego, porque cumplisteis vuestro deber, y me consta que nada hicisteis para agravar mi situación.

—Os juro...

—Entregásteis á su majestad la carta del conde de Noringens, y todo concluyó. Ahora, si en algo pudiérais favorecerme, lo haríais.

—No os equivocais, porque un hombre como vos...

—Voy á continuar.

—Sí, sí.

—Su majestad protege al señor Antón Cañamero, para recompensarlo por haber amparado

á la infeliz huérfana á quien encontró en los bosques del Escorial al lado del cadáver de su anciano abuelo, que era el único apoyo que la pobre niña tenía.

—Noble proceder.

—Y más noble, porque Antón, soldado entonces, para proteger á la huérfana, tuvo que declararse en abierta rebeldía contra su jefe, y arrostrar las iras de sus compañeros, que querían hacer con la desamparada joven lo que con otras muchas habían hecho en aquellos días de espantosa tribulación.

—He ahí un acto de justicia de su majestad.

—Entre aquellos soldados se encontraba este mancebo.

—Empiezo á entender.

—Y además la circunstancia de que el rey sabe quién es el padre de Consuelo, lo cual ella ignora, y yo lo sé también.

—Otro secreto.

—Que os voy á revelar.

—Pues os agradecería que no lo hiciéseis.

—Es preciso.

—Lo siento mucho, señor Antonio.

—El padre de esa niña, cuyo nombre pronuncié tantas veces en mis horas de delirio, es don Juan de Guevara.

—¡Misericordia divina!—exclamó el alcalde.

—Don Juan ignoraba la suerte de su hija, y al apercibirse de que su secreto era conocido por mí, y sospechar que lo conocía el rey, buscó á la criatura fruto y testimonio de su seducción criminal, y no la buscó para ampararla, sino para hacer que desapareciese.

—¡Horror!

—Su hija es para el miserable un gran estorbo, pues bien sabéis que pretende casarse con doña Luz de Guzmán, y...

—Basta, señor de Quirós, basta.

Y el buen alcalde volvió á sacar el pañuelo y limpiarse el sudor que su rostro inundaba.

Aquel asunto le infundía ya verdadero terror.

No basta—replicó el señor Antonio—porque aún no sabéis algo de mucho interés, y que os servirá de luz, de guía para apreciar los sucesos.

—Los secretos me asustan.

—Pero si habéis de cumplir vuestros deberes, tendréis que aceptar todas las responsabilidades. Además, ¿qué haríais si camináseis á ciegas? ¿Qué os hubiera sucedido cuando me hirieron si no hubiérais tenido la luz de los consejos y advertencias del doctor Olivares?

—Es verdad, es verdad; pero...
 —Seguid escuchando.
 —Decid cuanto se os anteje, pues ya que habéis principiado es preciso que concluyáis.
 —Ha sucedido que el tal Antolín, en fuerza de contemplar á la pobre niña, se ha enamorado de ella.
 —¡Ah!...
 —Y bien puede ser que á su vez haya engañado á don Juan de Guevara, fingiendo que lo servía, mientras que su intención es satisfacer su impura pasión.
 —Una complicación más.
 —Y otras muchas que han de presentarse.
 —Lo último que he dicho son suposiciones.
 —Bien fundadas.
 —En cuanto á la pasión de Antolín, no tengo más pruebas que mis observaciones, pues me ha parecido ver en sus ojos la llama impura que arde en su pecho. Quizás me equívoco...
 —No, un hombre como vos no puede equivocarse en estas cosas.
 —Tal vez no ha penetrado en esta casa Antolín, porque es demasiado cobarde, y sus cómplices deben ser los que han consumado el abuso.
 —Es igual.
 —Ya lo sabéis todo, y ahora os aconsejaré.
 —Me haréis el más señalado favor.
 —Debéis presentaros al rey como ignorante de todo.
 —Así lo haré.
 —Y si conseguís apoderaros del llamado Antolín, os conviene encerrarlo, evitar que tenga comunicación hasta con el carcelero, y no hacer constar en el sumario nada, ni siquiera lo de la prisión hasta que habléis con su majestad.
 —Libreme Dios de escribir ni una sola letra.
 —Exigid declaraciones á los heridos para que os sirvan de gobierno, pero nada más.
 —¡Desdichado asunto!... Cuando el otro no ha terminado todavía, principia este para complicarlo, y si después de todo se combinan las circunstancias contra mí ó cometo una torpeza, como pueden cometerla todas las criaturas, resultará...
 —Tranquilizaos, que muy satisfecho está el rey de vuestra lealtad y de vuestros servicios.
 —Si yo pudiera adivinar sus pensamientos...
 —Ni siquiera lo intentéis.
 —Que Dios me proteja.
 —He concluido, don Diego.

—Y yo voy á principiar, dando las órdenes para que busquen á ese bribón.
 —Y no estaría demás que se averiguase con cierto disimulo dónde se encuentra don Juan de Guevara esta noche y qué es lo que hace.
 —Difícil es averiguarlo sin que se aperciba de que se ha hecho sospechoso.
 —Yo me encargo de eso.
 —Os lo agradeceré mucho, porque en realidad couvendría saber lo que hace.
 —Pues mientras vos os armáis de paciencia y esperáis á que los heridos pueden declarar, el señor Leandro y yo iremos en busca de don Juan de Guevara.
 —Bien me parece.
 Así pusieron fin á la conversación.
 El señor Antonio y Leandro salieron.
 El primero le dió al segundo las instrucciones convenientes sobre lo que debía hacer.
 Llegaron á la vivienda de don Juan.
 El hidalgo se ocultó en el hueco de una puerta de enfrente, y en la de la casa del padre de Consuelo llamó el amante de ésta.
 Pocos momentos después se abrió una ventana, asomándose el criado de don Juan, y preguntando:
 —¿Quién llama?
 —Abrid—respondió el mancebo.
 —¿Pero quién sois?
 —Vengo de parte del señor Antolín para hablar á don Juan de un asunto tan interesante como urgente.
 —¡El señor Antolín!—exclamó el criado.
 —¿Acaso no sabéis quién es?
 —Sí... esperar.
 —Cerróse la ventana.
 Poco después se abrió la puerta, presentándose el sirviente, que miró de pies á cabeza al mancebo; pero éste se recataba el semblante con el sombrero.
 —¿Duerme vuestro señor?
 —No debe dormir, porque...
 —¡Vive el cielo!... Responded á derechas, porque el negocio es demasiado grave, y además urgente, ya os lo he dicho.
 —A derechas respondo, pues ya sé que así debo hacerlo, viniendo, como decís, de parte del señor Antolín.
 —Pues bien, necesito ver á don Juan.
 —Aún no ha venido, ni vendrá probablemente hasta el amanecer.

—¡Oh!—exclamó el mancebo, como si se sintiese vivamente contrariado.

—Esta noche ha ido á cenar con algunos caballeros amigos suyos, y como todos son de genio alegre, supongo que él hará que la diversión dure toda la noche.

—No puedo esperar hasta mañana.

—Si queréis ir á buscarlo...

—¿Sabéis dónde cena?

—En casa del ilustre don Carlos de Saavedra; y siendo el asunto tan urgente como es...

—Sí, sí.

—Conste que por mi parte os franqueo la entrada por si queréis aguardar.

—Iré á buscarlo.

—Como el señor Antolín vino por la tarde, tal vez mi señor no lo esperaría esta noche.

—No lo esperaba.

—Si algo tenéis que mandarme...

—Nada más quiero... Que Dios os guarde.

Se alejó el mancebo.

Cerró el criado.

—¿Habéis oído?—preguntó Leandro al señor Antonio.

—Sí.

—¿Y qué opináis de esta circunstancia de encontrarse don Juan tranquilamente cenando con sus amigos? Bien puede ser que esto lo haga para alejar toda sospecha y tener un medio más de justificar su conducta.

—Sí, bien puede ser eso; pero me parece que no lo es.

—¿Creéis?...

—Sigo creyendo que don Juan trataba de apoderarse de Consuelo, y que para cometer este abuso se servía del señor Antolín; pero creo también que éste, abusando á su vez, se ha llevado á la hija de don Juan, y con ella ha desaparecido.

—En ese caso...

—La situación sería doblemente difícil, lo reconozco, y no quiero que os hagais ilusiones.

—¡Vive Dios!...

—Vamos á observar frente á la casa de don Carlos, pues si don Juan de Guevara sabe lo que debía suceder, irá inmediatamente en busca de Consuelo, ó el señor Antolín irá á buscarlo para participarle que el golpe se dió felizmente.

—Vamos, pues.

No era posible discurrir con más acierto que lo hacía el hidalgo, y con su auxilio adelantaría mucho la justicia.

A la suntuosa morada de Saavedra se encaminaron, y poco tuvieron que observar para ver la luz que se escapaba á través de los vidrios de algunos balcones.

Escucharon, y aunque muy confusamente, oyeron ruido de voces y de carcajadas.

Lo del festín era verdad, y más pruebas no necesitaban nuestros amigos; pero ¿se encontraba allí don Juan de Guevara?

Interesaba mucho averiguar esto.

Para conseguirlo no podían hacer el señor Antonio y Leandro más que esperar y observar.

Afortunadamente no faltaba mucho para que llegase el nuevo día.

En la calle se pasearon mientras hablaban de la situación, calculaban y se ponían de acuerdo en todo lo que debían hacer.

Media hora después cesaba el ruido en el interior de la vivienda de don Carlos.

Los alegres caballeros debían haberse fatigado ya.

—No tardarán en salir—dijo el señor Antonio.

—Debemos ocultarnos.

—Aquí lo haremos.

Y se colocaron junto á una puerta de otra casa. Otra media hora pasó.

Dos hombres salieron de la morada de don Carlos.

Eran un caballero y su criado.

El primero andaba con poquísimas seguridad.

El segundo llevaba una linterna.

Se alejaron y desaparecieron.

Aun no habían transcurrido cinco minutos cuando otro caballero salió.

Era don Juan.

También llevaba luz.

Cuando estuvo en la calle desvainó la espada, aunque ya sabemos que en caso de apuro para nada había de servirle.

También se alejó.

—Es él—dijo en voz baja el mancebo.

—Sí.

—¿No hemos de seguirlo?

—Sin perderlo un instante de vista.

Y así lo hicieron.

—Cuando llegue á su casa—dijo el señor Antonio—, le preguntaré su criado si ha visto al hombre que lo buscaba de parte del señor Antolín.

—Y si don Juan ignora que esta noche era la destinada para dar el golpe...

—Le sorprenderá, deseará ante todo salir de dudas, porque temerá algún contratiempo, y para saber á qué atenerse, irá en seguida al arrabal con el fin de hacer observaciones.

—Calculais con acierto.

—Veremos si me equivoco.

No..

—Y si el abuso se ha cometido de acuerdo con él, comprenderá que el hombre que le buscaba no iba de parte del señor Antolín, ó creerá que éste se encuentra en algún apuro, y no irá al arrabal, porque tendrá miedo de comprometerse.

Así hablando siguieron hasta que vieron que el señor de Guevara llegó á su vivienda, llamó y entró.

—Esperemos—dijo el hidalgo.

Y volvieron á ocultarse.

Entre tanto el sirviente le preguntó á don Juan:

—¿Habéis visto á un hombre que os buscaba de parte del señor Antolín?

—¡De parte del señor Antolín!

—Parecía muy agitado, y aseguraba que el asunto era muy grave y urgente.

—¿Y no habéis dicho dónde podría encontrarme?

—Se lo dije, y á buscaros fué; pero quizá los criados del señor de Saavedra no hayan querido hacerle caso.

—¡Oh!—murmuró don Juan, cuya frente se contrajo.

—También le dije que podía entrar y esperar; pero no quiso.

—Dices que está muy agitado...

—Mucho.

—¿Qué puede haber sucedido?—murmuró el señor de Guevara como si hablase para sí.

Y reflexionó, añadiendo después de algunos minutos:

—Necesito salir de dudas... Si ese hombre vuelve, que me aguarde, porque no tardaré, y si esperar no quiere, le dirás que he ido al Arrabal.

—Así lo haré, señor.

Ni un instante más se detuvo el caballero.

Muy preocupado volvió á salir de su casa.

Ni siquiera sospechó que podían espiarlo.

Tomó calle arriba muy presurosamente.

Nuestros amigos lo siguieron.

—No estoy tranquilo—decía mientras al Arrabal se encaminaba.—¿Por qué no ha venido Antolín? ¿Qué le ha sucedido? ¡Oh!... Quizá mi alegría de esta noche me cueste cara... No he debido dejar de ir al Arrabal para hacer observaciones.

Entretanto el señor Antonio le decía al mancebo:

—Ya no dudo.

—Yo tampoco.

—No solamente ignora don Juan lo que ha sucedido, sino que ni lo sospecha.

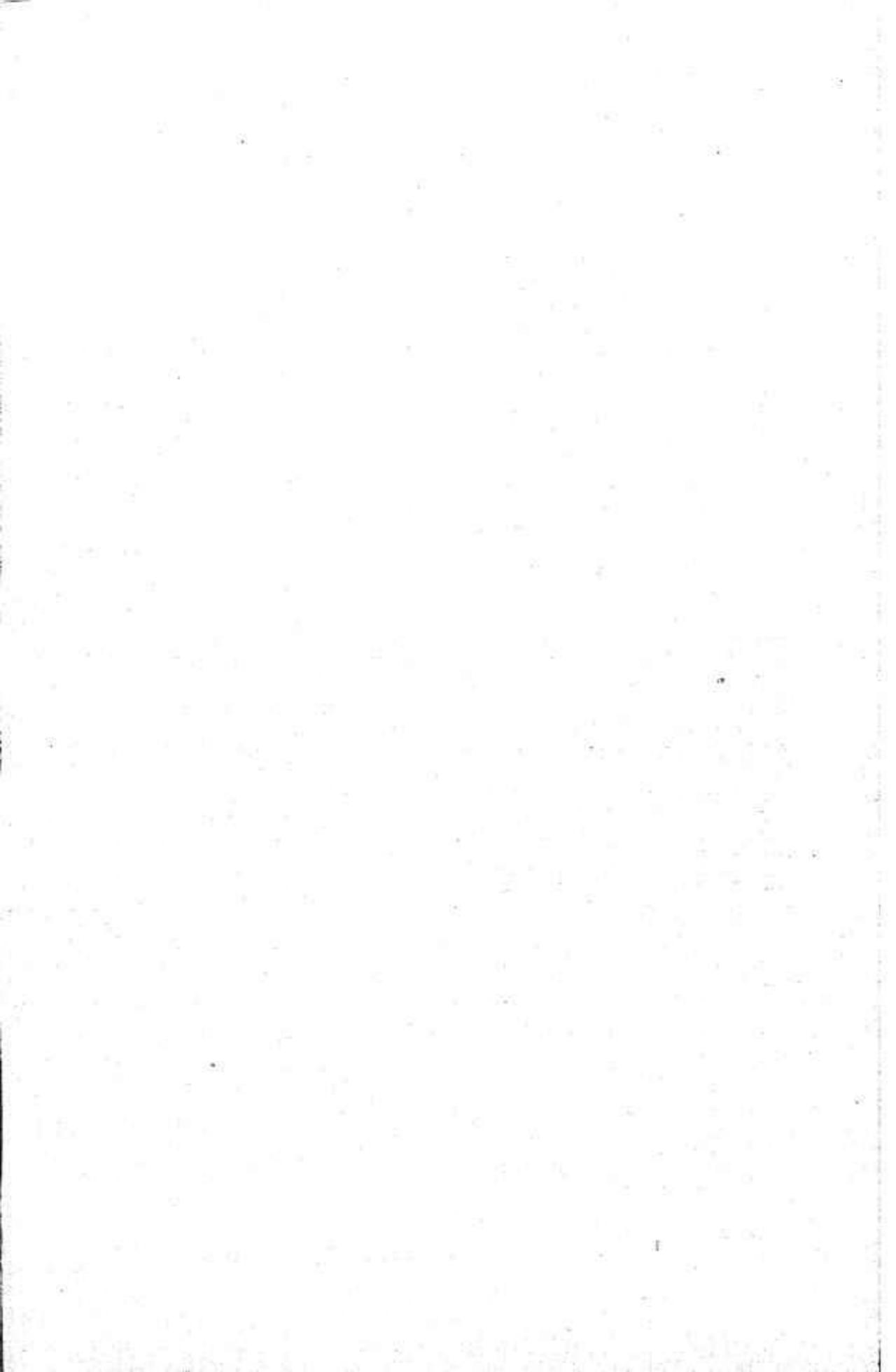
Llegaron al Arrabal.

Sin vacilar acercóse el traidor á la morada del veterano; pero se detuvo y exhaló una exclamación de profunda sorpresa al ver que abierta estaba la puerta, y que luz había en el interior de la casa.

La prudencia le aconsejó retroceder; pero al hacerlo así, presentósele un corchete, que le preguntó:

—¿A quién buscáis?

FIN DEL TOMO CUARTO



PROLOGO DE EL ARTE DE LEER

Por EMILIO FAGUET, de la Academia Francesa, una de las obras más hermosas que se publicado recientemente y que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

"Se lee demasiado poco—decía Voltaire—; y, aun entre los que lo hacen para instruirse, la mayoría lee muy mal."

También un epigramista desconocido—al menos yo le desconozco—decía á principios del siglo XIX:

He aquí la suerte de los hombres:
Muchos los llamados y pocos los elegidos.
He aquí la suerte de los libros:
Muchos los deletreados y pocos los leídos (1).

De aquí se deduce que el saber leer constituye un verdadero arte. Pensando en ello escribió Sainte-Beuve que "la crítica no es más que un hombre que sabe leer y enseña á leer á los demás".

¿Pero en qué consiste este arte?

He aquí una pregunta difícil de contestar.

Puesto que todo arte ha de definirse según el objeto que aspira á conseguir, debemos, antes de nada, preguntarnos por qué y para qué leemos.

¿Es para instruirnos? ¿Es para juzgar las obras? ¿O es, por el contrario, para simple deleite ó regocijo?

En el primer caso debemos leer lentamente, con la pluma en la mano, anotando todo cuanto nos enseñe el libro, todo lo que haya en él de desconocido para nosotros. Después debemos releer muy despacio cuanto hayamos escrito.

Se trata, por lo tanto, de un trabajo serio y grave, donde no hay otro placer que el de sentirse cada vez más instruido.

En el segundo caso, cuando se leen las obras para juzgarlas ó, dicho en otros términos, cuando se lee *en crítico*, también hay que leer lentamente, tomando notas á cada momento é incluso sobre fichas ó tarjetas de índice.

Fichas relativas á la invención, á las ideas nuevas; referentes á la disposición, al plan ó especial manera con que el autor desarrolla su tema, é intercala en éste los pensamientos y las imágenes; fichas acerca del estilo y dominio del idioma, y fichas, por último, que se refieran á la diferencia ideológica entre el autor y el lector, acerca de su criterio comparado con el nuestro y el de su generación frente al de la nuestra.

(1) Beaucoup d'appelés, peu d'élus.

Beaucoup d'epelés, peu de lus.

De todas estas notas surge el concepto en que debemos tener al autor, y ya sólo nos resta reunir y generalizándolas, las ideas particulares que hemos ido observando y anotando para hacer, si no un buen artículo, por lo menos un artículo que se da leer.

Sin embargo, hay que reconocer que este arte tiene el inconveniente de enseñar á leer *como* y no sirve para gozar con la lectura. Pero eso debemos destruir la afirmación de Sainte-Beuve.

El crítico que no lee gozando con la lectura incapaz de enseñar á los demás ese placer.

Podrá enseñar á leer como crítico, y por lo tanto no enseñará sino un placer muy relativo, algo y árido.

Recuerdo que pocos meses antes de su muerte me decía Sarcey: "Estoy ya cansado de leer libros para hablar de ellos. Esto no es leer, abandonarse á la lectura. Es reaccionar, leer uno mismo en vez de leer al autor."

¿Tenía razón.

¿Para qué sirve la crítica? Para hacernos leer de un punto de vista determinado.

Los artículos críticos son como introducción y prólogos de la obra criticada. Y algunos hasta ven de algo.

Según que el lector haya leído ó no al autor crítico ejerce sobre él una influencia distinta, dándole á leer en la misma disposición ó á leer otra nueva y desconocida.

En el primer caso dice: "Piense usted sobre esto" y en el segundo: "¿Ha pensado usted sobre esto?"

Del mismo modo que Bonald veía siempre cosas y los seres bajo un triple aspecto y para cada una de ellas tenía siempre un agente intermediario, toda lectura se compone de tres personas: el lector, el autor y el crítico.

El crítico es el intermediario; es un hombre que no sabe leer más que como crítico y sólo sabe enseñar, por lo tanto, lectura crítica.

Nada más lejos de mi ánimo que censurar la clase de enseñanza; pero, no obstante, al leer esta obra me propuse todo lo contrario.

Es decir: enseñar el placer de la lectura. Que el lector aprenda el arte de leer como se aprende cualquier arte, el de tocar un instrumento musical, por ejemplo, para obtener con él la mayor satisfacción de espíritu goce.

Pedidos á la EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 2 pesetas.